

ÁNGELES DE SANGRE

RAFAEL ESTRADA

Lectulandia

En una localidad costera del Mar Menor aparece el cuerpo decapitado de una niña de trece años. No muy lejos del lugar de los hechos, la policía encuentra a un muchacho dormido, con claros signos de embriaguez y la camiseta ensangrentada. La solución parece tan evidente que asignan el caso a un inspector novato para que... practique y lo zanje lo antes posible. Así es como, de la noche a la mañana, Juanito Proaza, acompañado de personajes como Paco Garrido, policía viejo de métodos heterodoxos, o el doctor Luzón, brillante forense y gran dominador de la puesta en escena, se ve a la cabeza de un proceso que se complica por momentos y que acaba por convertirse en una investigación a tumba abierta donde se destapa una sórdida red con muchos tentáculos, entre ellos una misteriosa asociación literaria dedicada al culto... de los ángeles.

Lectulandia

Rafael Estrada

Ángeles de sangre

Inspector Proaza - 1

ePub r1.1

Titivillus 23.06.15

Título original: *Ángeles de sangre*
Rafael Estrada, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«No duermas de noche y ayuna de día...
Piensa que tus niños fueron más dulces de lo que fueron,
y quién los mató más espantoso de lo que es».

WILLIAM SHAKESPEARE (*Ricardo III*)

1

La sabiduría de las gaviotas

Las gaviotas levantaban el vuelo y volvían a caer sobre lo que fuera que las tenía atareadas; acudían desde las salinas y los carrizales, graznando frenéticas cuando descendían. El agente Quintana conocía demasiado bien su voracidad, de manera que supuso que no podía ser otra cosa que comida. Estas aves buscan su alimento por la banda de tierra que circunda el mar Menor y las cinco islas volcánicas que salpican su interior. Como no se zambullen, se limitan a comer lo que roza la superficie, devorando los desperdicios de los puertos y playas. Demasiada comida a repartir, para andar peleándose.

—¿Por qué paras, Quintana? —preguntó Jiménez.

—Esas gaviotas me inquietan.

—Ya sabes que el sargento no quiere que pasemos más allá del molino.

No era habitual que la policía local se adentrara por los caminos de tierra de los humedales. No solía hacerlo porque los motoristas del Seprona patrullaban toda La Manga, incluyendo los accesos a las Salinas y Arenales de San Pedro del Pinatar, al norte de Lo Pagán.

—Mira lo excitadas que están. —Quintana señaló el saladar, golpeándose el dedo contra el cristal del parabrisas—. ¿No te parece que hay demasiadas?

—Habrá un perro muerto.

—Deberíamos echar una ojeada —dijo apagando la radio.

Aunque a Jiménez no le hizo demasiada gracia, el coche patrulla abandonó la carretera asfaltada, rodando lentamente por el polvoriento camino. Eran las siete de la mañana y la playa de Villananitos se encontraba silenciosa y desierta, al igual que los Baños del Lodo. Los únicos sonidos los producían las enloquecidas gaviotas y las ruedas del vehículo al aplastar la tierra. Cuando el coche se detuvo, algunas levantaron el vuelo; las más atrevidas aguardaron a que el agente estuviera más cerca, para elevarse sin mucho entusiasmo.

A primera vista parecía que no había otra cosa que la basura habitual: botellas vacías, bolsas de plástico, periódicos y restos de comida entre las algas negras. Sobre todo comida. Movié la cabeza a un lado y a otro, haciendo un gesto de profundo desagrado: «menos mal que las gaviotas se lo zampan todo», pensó. Murmurando maldiciones, se paró en la orilla. Con las manos en la cintura y el cuello estirado, Quintana se asomó a uno de los conductos que comunican las Salinas con el mar Menor y la impresión que recibió estuvo a punto de tirarlo de espaldas.

—¡Joooder...!

—¿Qué pasa, Quintana?

Pero Quintana no fue capaz de responder. Después de respirar profundamente, se obligó a mirar de nuevo con cierto recelo, aunque ya intuía lo que iba a encontrar. El

sargento había transmitido por radio la descripción de Susana Montón, una niña que a las tres de la mañana aún no había regresado del cine. Su compañero de patrulla, alertado, salió del coche y se acercó lentamente, intentando disimular su inquietud. El cuerpo que estaba sumergido entre la costra de sal, taponando el conducto, era el cadáver de una chica. Se hallaba todo cubierto de picotazos, con los brazos abiertos en un gesto inútil que el policía no supo interpretar. La descripción coincidía: delgada, vaqueros y camiseta de tirantes bajo una blusa amarillenta de manga larga manchada de sangre. Con los puños apretados, Jiménez cerró los ojos, se llevó la mano derecha a la boca y mordió la falange del dedo índice, conjurando el dolor para saborear una realidad más accesible y familiar. Una bocanada de aire fresco y salitre inundó sus pulmones y, poco a poco, fue recuperando el control. Unos metros más allá, con el pelo enredado entre unos matorrales de taray, había una cabeza cubierta de moscas, que también coincidía con la descripción: cabello largo, rubio y dos pendientes en el lóbulo de la oreja izquierda.

Todavía mareado, se dirigió hacia el coche. Con una mano temblorosa que se negaba a obedecerle, consiguió conectar la radio e informó al sargento.

Siete minutos tardó la patrulla del Seprona en acudir a la charca y dieciocho en aparecer el todoterreno de la Guardia Civil, que acordonó la zona con la cinta blanca de plástico con letras verdes:

NO PASAR GUARDIA CIVIL NO PASAR GUARDIA CIVIL...

Mientras se efectuaba el reportaje fotográfico, numerando las pistas sobre el terreno para enlazarlas con el inventario de pruebas, llegaron la ambulancia y el furgón del juzgado. En apenas una hora, las Salinas del Coterillo bullían de uniformes, batas blancas e inspectores de paisano tomando notas y conversando en murmullos entre el crepitar de las radios.

Para evitar la destrucción de posibles pruebas, los agentes se movían con sumo cuidado mientras un inspector de la Científica, con su mono blanco, su maletín abierto y en cuclillas, hacía un minucioso acopio de pelos, muestras de sangre, saliva y demás secreciones que introducía en bolsitas con cierre hermético. Después, le introdujo las manos en bolsas de plástico para resguardar cualquier evidencia que pudiera encontrarse bajo las uñas, realizó el vaciado de algunas pisadas y buscó colillas con maniática obsesión. Cuando parecía que había terminado se incorporó, se deshizo de los guantes de látex y empezó a levantar un croquis del lugar de los hechos, con un cigarrillo entre los labios.

El último en llegar fue Luzón, el médico forense, un hombre maduro de piel clara, alto, encorvado, con abundante pelo negro y las sienes salpicadas de canas. El doctor saludó a la comitiva judicial y al teniente de la Guardia Civil, pero sólo se detuvo a charlar con el juez de instrucción, mientras extraía del bolsillo una funda, de la cual

sacó unas gafas que limpió a conciencia. Cuando estuvo satisfecho con la transparencia de las lentes, se aclaró la garganta, intentó espantar las moscas sin conseguirlo e inició el reconocimiento del cadáver con estudiada parsimonia.

Sabía que todos estaban pendientes de sus movimientos precisos e imbuidos de ciencia, mientras analizaba las heridas en busca de equimosis, hemorragia y tejido graso, para determinar las que habían sido producidas antes y después de la muerte. Conectó la grabadora sin darse demasiada prisa y murmuró sus primeras impresiones para que la audiencia pudiera cazar al vuelo algunos retazos. Así pudieron conocer de primera mano que el cuerpo se encontraba en la primera etapa del *rigor mortis*, que el espasmo cadavérico mostraba la postura de la víctima cuando le sobrevino la muerte entre las tres y las cuatro horas de la madrugada, que no se apreciaban contusiones y que la decapitación se había producido cuando ya estaba muerta. Eso era todo, señoras y señores, eso era todo por el momento: «Hasta que se proceda a la autopsia para determinar con exactitud cualquier otro daño que hubiera dejado huella material y poder precisar tanto las lesiones externas como las internas».

Sólo entonces se procedió al levantamiento del cadáver. Los camilleros, con cara de circunstancias, metieron el cuerpo en la bolsa negra, lo acomodaron sobre la camilla, ajustaron las correas y lo introdujeron en la ambulancia, que se marchó proclamando con todo tipo de aullidos una urgencia que ya no era necesaria. Cuando los radio patrullas emitían los primeros informes, llegó un comunicado afirmando que habían detenido al asesino. El conductor del tractor encargado de rastrillar la playa lo había encontrado durmiendo en el área infantil, apestando a cerveza y cubierto de sangre. Los términos sospechoso y presunto fueron descartados de inmediato.

Era lunes, un lunes soleado de finales de junio allí en Lo Pagán, una tranquila pedanía de pescadores que albergaba poco más de tres mil habitantes. En los meses de verano se convertía en la zona turística del municipio y la población se multiplicaba, porque pocas regiones tienen la fortuna de contar con un lago de agua salada junto al mar Mediterráneo, una albufera de aguas tranquilas, transparentes y poco profundas. Como todos los años, los periódicos hablaban ya de la ola de calor que se avecinaba. Estaba a punto de comenzar la temporada alta en el mar Menor y todos deseaban que ese inoportuno suceso se perdiera en el olvido.

El inspector Proaza

Mientras aguardaban a que hiciera su aparición el comisario De la Mata, el Grupo de Homicidios de la comisaría de Cartagena charlaba animadamente bebiendo café, bromeando sobre los últimos acontecimientos. Juanito, el inspector más joven, paseaba la mirada por la estancia, donde se reunían cada mañana para comentar la evolución de los casos que cada uno llevaba y recibir sugerencias y órdenes, eso que algunos pedantes llamaban el *briefing*. Como era el más joven y todavía no le habían asignado ninguno, se sentía como un intruso, admirando el desorden de papeles y carpetas con el membrete de la Jefatura Superior de Murcia tras los que se parapetaban los agentes. Juanito imaginaba lo que debía de sentirse ante la obligación del informe diario, con su firma estampada a pie de página, como había simulado tantas veces en la Academia de Policía de Ávila. Por el momento, su única satisfacción era el olor a cuero y aceite que subía de la funda pistolera, y la presión algo molesta del arma bajo la axila. Pero lo que más le gustaba, lo que hacía que se sintiera orgulloso era la placa. De no haber sido porque sin duda todos le mirarían como a un novato, la habría sacado para recrearse de nuevo.

Cuando el comisario entró en la sala, las conversaciones se convirtieron en murmullos hasta desaparecer por completo. Octavio de la Mata era un hombre enérgico de mirada imperturbable, al que todos admiraban por su fama de policía honesto. Se movía con la seguridad del que no teme a nada, un investigador íntegro e implacable con tan sólo una manía: no soportaba los casos abiertos. Era el policía de la región que más casos había resuelto. Siempre iba al grano, gritando sus impresiones sin importarle quién estuviera delante o a quién pudiera ofender. Y jamás sentía la necesidad de justificar su sinceridad y aparente falta de tacto.

El comisario soltó sobre la mesa un montón de expedientes, se sentó y solicitó los informes, que introdujo en sus respectivas carpetas cuando los hubo leído. Después, entregó a la inspectora Marín un informe de balística, dio algunas indicaciones a los inspectores Barba y Utrero sobre el caso que llevaban juntos, y echó una bronca de cuidado a Paco Garrido por pegarle una bofetada a un menor en la puerta de una discoteca. Por último, separó del montón de expedientes el de la niña asesinada, extrajo un considerable número de fotos y las repartió por la mesa como si se dispusiera a jugar una partida al mus. Nadie se reía, ya nadie hizo chistes mientras fueron pasando de mano en mano y De la Mata comentaba los pormenores del suceso, solicitando opiniones para analizarlas en equipo. Cuando todos, a excepción de Juanito, expusieron sus conclusiones, el comisario encendió un cigarrillo.

Para Octavio de la Mata era un misterio cómo se las había arreglado Juanito para estudiar una carrera, completar su formación policial y aprobar las oposiciones. No es que el chaval fuera tonto, pero todos sabían que era callado, algo distraído y un poco

lento a la hora de entender las cosas, o al menos esa era la impresión que daba. Se trataba de un tipo tranquilo, con la tensión baja, que prefería escuchar a hablar y observar a ser observado, porque la humedad y el calor lo dejaban tirado. Allí estaba con su perilla ridícula, sus vaqueros raídos y los auriculares del mp3 sobresaliendo del bolsillo de la camisa, tocándose una y otra vez la funda de cuero bajo el sobaco. En esos momentos, la atención de Juanito se encontraba repartida entre los desconchones de las paredes, el calendario con el escudo del Cuerpo, el tablón de incidencias y las volutas de humo de los cigarrillos, porque habían decidido por mayoría, con el consentimiento de De la Mata, que en la sala del grupo se podría fumar a pesar de la prohibición. Estaba siguiendo mentalmente el estribillo de «Breaking the Law», el tema de Judas Priest que iba escuchando al entrar en la comisaría. Cuando comprobó que la mirada del comisario estaba clavada en él, tuvo un sobresalto que le hizo removerse en su asiento.

—Tú eres de Lo Pagán, ¿no?

—No, señor. Vivo en San Javier.

—En tu domicilio pone calle del Doctor Fleming, número 11, Lo Pagán.

—Porque antes de ingresar en la academia, vivía allí con mis padres.

—Pues te ha tocado, Juanito. —Y le tendió la carpeta con el montón de fotos, el atestado de la Guardia Civil y una copia del acta de la inspección ocular.

—¿Por dónde empiezo, comisario? —preguntó azorado.

A pesar de su juventud, no le hacía gracia que le llamara Juanito; de haberse atrevido, le habría dicho que su nombre era Juan y su apellido Proaza. Inspector Proaza sonaba muchísimo mejor.

—Este es tu caso. Así que revisa los apuntes y llévalo como te dé la gana. —Hizo una pausa, mientras atravesaba al inspector con la mirada—. Eso sí, me gustaría que este asunto estuviera zanjado lo antes posible.

Dicho esto, se levantó sin más ceremonias y abandonó la sala seguido por el resto de los agentes. Antes de salir, Utrero le dio un codazo a Garrido y ambos sonrieron con un gesto contenido de complicidad; Marín y Barba captaron el significado, aunque Juanito no se enteró. Estaba encogido en su asiento, mirando el expediente como si este fuera a saltar sobre él de un momento a otro.

Cuando leyó el acta de inspección ocular empezó a dar vueltas por el despacho, inquieto, pensando que no iba a ser capaz de cumplir su cometido. Justo en ese momento de inseguridad ante su primer caso, la pregunta de por qué se había hecho policía se formó en su mente. Pero más que una pregunta recriminatoria era un desahogo, porque Juanito lo sabía más allá de toda duda. Podría decirse que era una de las pocas cosas de las que estaba totalmente seguro. No había sido motivado por ideales de justicia o sentido del deber, ni por un impulso altruista. Se había hecho policía por su afición a los libros y a las películas policíacas. Dicho así, podía parecer

una tontería, y Juanito se guardaba de hacer confidencias sobre el tema a otras personas. Sospechaba que la mayoría de la gente no elegía su profesión sino que tropezaba con ella a lo largo de su vida. Los que la elegían, los que decidían su destino, era muy probable que se encontraran influenciados por una película, un libro, la opinión de un amigo o la manera de desenvolverse de un personaje carismático. ¿Cuántos paleontólogos habían descubierto su vocación a través de *Parque Jurásico*? ¿Cuántos arqueólogos se iniciaron después de ver *En busca del arca perdida*? ¿Cuántos astronautas y astrónomos tenían como libros de cabecera *2001: Una odisea del espacio* y rendían un culto secreto a la saga cinematográfica de *Alien*?

Juanito eligió su profesión después de ver *El silencio de los corderos*, y cuando tres años más tarde proyectaron *Seven* en el cine Brasilia de Lo Pagán, ya estaba convencido de que sería policía. La admiración que sentía por la perseverante Clarice y el impulsivo Mills, acabó por hipotecar su futuro. Verlos tan concentrados, él que no conseguía concentrarse, admirar su dedicación, él que no sabía a qué dedicar su tiempo aparte de releer una tras otra las novelas de Ed McBain, con el sonido machacón de Metallica golpeándole el cerebro. Le gustaba la lógica del detective, le gustaban Carella, Carvalho y Marlowe, le gustaban la serenidad de Somerset y el aplomo de fray Guillermo de Baskerville. Lo que Juanito ignoraba era que la decisión de hacerse policía germinó el día que, al regresar del colegio, encontró sobre la mesa de la cocina su tirachinas hecho pedazos. Tenía diez años. El padre debió de mirar la cara de su hijo en ese momento, no de sorpresa sino de extrañeza, antes de arrearle una bofetada sin añadir explicación alguna. Jamás olvidaría ese momento: la cortina de lunares flotando, el olor de las empanadillas recién hechas, su madre con los labios pintados y una expresión de lejanía que la hacía inalcanzable y borrosa debido a las lágrimas. Tuvo que vivir con el enigma toda la tarde y dormir con él, los ojos hinchados de tanto llorar sin comprender, porque nadie le dijo nada. Se enteró al día siguiente, por la vecina que le había acusado de romper el cristal del cuarto de baño de esa ridícula ventana que no le permitió ver al que había lanzado la piedra, una piedra que nunca apareció. A esa mujer se le ocurrió que podía ser Juanito, puesto que le había visto jugando con el tirachinas la tarde anterior, causa y efecto, de manera que esa injusticia infantil que padeció fue el primer caso sin resolver al que tuvo que enfrentarse. Dos días después, se enteró de que el Guille lo había roto desde su casa de un perdigonazo. Nada cambió, porque sus padres no le creyeron. El tirachinas se encontraba roto, la bofetada ya estaba dada y el castigo había sido justo, porque los chicos suelen hacer esas cosas y los padres siempre tienen razón. No se hable más. Así fue el asunto y así quedó grabado en su mente, y los ojos de Juanito se volvían de cristal cuando miraba a su padre y nunca más derramó una lágrima desde aquel día. Cuando cinco años después cayó en sus manos *Otoño de terror*, quedó fascinado y enganchado para siempre al género policíaco.

Ahora que tenía un caso de verdad, un auténtico caso de asesinato, estaba asustado porque no sabía cómo hacerle frente y, mucho menos, debatir sobre el

asunto ante el comisario y todos los inspectores. Tal vez debería haberse conformado con un trabajo rutinario, desechando así sus fantasías. Pero ahora ya no podía volver atrás. No podía elegir y lo sabía. Si no lo hacía bien, al día siguiente tendría que soportar las risitas de Garrido y las burlas solapadas de sus compañeros.

Se plantó ante la mesa donde tenía desparramadas las fotos, como había visto hacer tantas veces a los detectives de las películas. La imagen de esa chica partida en dos, como una muñeca abandonada, daba vueltas y más vueltas en su cabeza, sin acabar de encajar con esa cara simplona que el supuesto asesino llevaba con orgullo. ¿Cómo se llamaba? Juanito leyó bajo la foto: Pablo Villacorta. «Lo llevas bien, Pablo, dieciséis años y ya eres un presunto descuartizador fichado por la poli», pensó. Era como un engranaje mal ajustado al que hubieran engrasado con tierra en lugar de aceite. No sabía por dónde comenzar. Estaba a punto de ponerse más nervioso de lo que ya estaba, cuando irrumpió la inspectora Marín luciendo una sonrisa impecable. Le habría gustado tener su experiencia para saber lo que habría hecho ella o, por lo menos, tener el valor de preguntarle, sin parecer un pardillo, cómo creía que debía encarar el caso y por dónde tenía que empezar.

—Oye, Proaza —le dijo—, ¿puedes dejarme en la Asamblea Regional? Te pilla más o menos de paso.

—¿De paso hacia dónde?

—Supongo que irás a ver al forense, ¿no? Es que tengo el coche en el taller.

—Ah, claro. ¡Por supuesto! —dijo recogiendo la chaqueta del perchero.

Abandonó la comisaría contento, con el expediente bajo el brazo, y al llegar al pequeño aparcamiento situado a la derecha del edificio casi podría decirse que se sentía eufórico, sin terminar de creerse lo sencillo que había resultado salir del punto muerto en el que se encontraba. Arriba, en el despacho, quedaron la tensión y las dudas, disipadas por la milagrosa irrupción de Marín. Subió a su Opel Corsa seguido por la inspectora, que no paraba de hablar de la suerte que tenía por haberle tocado un caso tan sencillo: un primer caso ideal, según afirmó.

Al pasar junto al polideportivo, Juanito no pudo evitar sonreír. Fue allí donde conoció a Aurora Marín un año antes, durante un curso de aikido que impartió el maestro Nobuyoshi Tamura a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad de la región. Un fin de semana de entrenamiento intenso, en el que la inspectora dejó su impronta en la memoria de todos los participantes, que pudieron comprobar, debido a un suceso en el que se vio envuelta, que la efectividad del aikido no depende de la fuerza bruta o de la envergadura del *uke*. A pesar de que Juanito llevaba tan sólo unos meses practicándolo, fue allí donde descubrió la elegancia de ese arte marcial, del que se enamoró por completo y que no había dejado de practicar desde entonces.

Fue un sábado por la mañana, cuando el entonces aspirante a inspector tuvo la ocasión de entrenar con ella, de aprender y afinar su técnica gracias a la paciencia con

que Aurora trataba a sus compañeros de *dojo*. Era bajita, rápida y precisa como un felino, te llevaba a donde quería y, al contrario que otros, respetaba a los principiantes, cuidándolos en todo momento y procurando no estamparlos contra el tatami. A la hora de comer decidieron ir a una terraza ubicada en el puerto, junto al submarino de Isaac Peral. Sentados al aire libre, en el paseo marítimo jalonado de palmeras, Juanito no paró de preguntarle compulsivamente, porque cuando vio esa película de Steven Seagal... «Sí, hombre, ¿cómo se llamaba?».

—Mujer —le corrigió ella. Sonrisa de Marín, dientes muy blancos y ojos verdes —. *Por encima de la ley*.

—Esa. Hasta el momento de ver a Tamura, pensaba que se trataba de trucos y exageraciones propias del cine.

—Esto es entrenamiento puro y duro —afirmó Marín—. El *sensei* lo ha practicado toda su vida, y su maestro fue Morihei Ueshiba, el fundador.

—Todo un privilegio, supongo.

—Más bien una pesadilla, según sus propias palabras.

—¿Cuánto tiempo llevas tú?

Marín puso cara de hacer cálculos y respondió:

—Unos catorce años.

—¡Joder!

Como vio que el dato le impresionaba, añadió:

—Pero no te desanimes, Tamura dice que *sho* significa inicio. Se comience en lo que se comience, el inicio siempre es lo más importante.

—Menos mal, eso me tranquiliza.

Echaron unas risas. «¿Tienes novia?». «No exactamente». Comieron la paella de marisco, especialidad de la casa, mientras ella le miraba con curiosidad, como si intentara descubrir algo detrás de su timidez, de esos ojos abiertos de par en par, inocentes, confiados. Y se contaron sus vidas y milagros, bajo una sombrilla beis, rodeados de turistas, de camisas blancas de marineritos y de balanceantes arboladuras mecidas por la brisa y la marea.

A las cinco de la tarde se reanudó el entrenamiento. La inspectora salió de los vestuarios con cara de mala leche, cosa que desconcertó a Juanito. Empezaron con proyecciones, en las que Marín intentaba provocar el mínimo dolor durante la inmovilización. Entonces, de repente, la inspectora le aconsejó que era conveniente cambiar de *uke*, para aprovechar el curso y comprobar con otros la efectividad de lo aprendido. Juanito eligió a un pelirrojo que parecía estar a medio cocer y pasó con él la siguiente hora.

Estaba ejecutando un *kotegaeshi*, técnica que utiliza la luxación controlada de la muñeca para neutralizar un ataque con cuchillo, cuando se oyó un alarido descomunal.

Se hizo el silencio.

A una voz de Tamura todos adoptaron la postura de *seiza*, de rodillas y sentados

sobre los talones. Juanito vio entonces a un gigantón tirado en el suelo, agarrándose el antebrazo derecho con la mano izquierda y la muñeca torcida en un ángulo que revolvió el estómago sólo de verlo. Junto a él, Aurora Marín en *seiza*, de espaldas, en actitud de respeto, diminuta al lado del gigante. Un par de voluntarios lo llevaron al hospital y el entrenamiento se reanudó. «Un accidente», pensó Juanito. Las lesiones en las artes marciales son algo que hay que asumir. Siguieron practicando, aunque todos la evitaban como la peste, porque a un 2.º Dan se le presupone un elevado control y eso no debería, no tendría que haberle pasado a ella. Cuando terminó la clase, la estuvo buscando, pero no la encontró, como dice la canción de Radio Futura, y a la mañana siguiente no apareció.

No volvió a verla hasta un año después, cuando a Juanito le destinaron a la comisaría de Cartagena. Sólo entonces se enteró de lo que realmente había sucedido esa tarde.

—¿Por qué sonrías? —preguntó la inspectora cuando ya habían dejado atrás el polideportivo y las emociones de los recuerdos se fueron diluyendo.

—Por nada. Sencillamente estoy contento.

Su primer día de servicio estuvo repleto de inseguridades, nervios contenidos y medias sonrisas. Una comisaría guarda muchas similitudes con un ambulatorio, sobre todo si tenemos en cuenta que Juanito mostraba todos los síntomas de haber pillado un resfriado. Afortunadamente, allí estaba ella, alguien que se mereció una sonrisa completa, la doctora de mentirijillas que lo arropó y atenuó sus temblores. Después de las presentaciones de rigor, y en vista de que compartían algo así como un pasado, De la Mata le concedió a Marín el honor de mostrar al novato los entresijos de la comisaría.

Recorrieron pasillos, dependencias, despachos, subieron y bajaron escaleras, apretones de manos y palmadas condescendientes, bromas, anécdotas, vitrinas con copas, arropadas por suntuosos banderines y elegantes diplomas, visitas a la galería de tiro y a los calabozos. Cuando llegaron a la cafetería, se sentaron a la mesa para saborear un café y rellenar lagunas temporales.

—¿Dónde hiciste las prácticas? —preguntó Marín.

—En la comisaría de Yecla. Y a ti, ¿dónde te tocó?

—Aquí en Cartagena.

—Y ya te quedaste, ¿no?

—Pude elegir, porque fui de las primeras de mi promoción.

—Oye, Aurora, ¿qué fue lo que sucedió en el curso de aikido? Te lo pregunto, porque siempre que paso por el polideportivo no puedo evitar recordar la escena.

—Yo tampoco he olvidado al gilipollas ese.

—¿El de la UIP?

—¿Cómo lo sabes?

—Tenía tatuado en el antebrazo el león rampante de la Unidad de Intervención Policial.

—Eres observador.

—No tiene mérito. Le quedó la mano colgando, justo encima del tatuaje. Parecía que estuviera señalándolo.

Marín asintió.

—¿Sigues entrenando? —preguntó ella.

—Voy a un gimnasio en San Pedro del Pinatar.

—¿Es bueno el profe?

—No está mal, aunque no tiene tu nivel.

—Eres muy amable.

—Es la verdad.

Marín encajó los halagos ladeando la cabeza y arqueando las cejas. Ella entrenaba en el Fudôshin, a seis manzanas de la comisaría.

—Bueno, qué, ¿me lo vas a contar?

Marín arrugó la nariz, hizo un movimiento con la cabeza, dando a entender que se lo estaba pensando, porque hay sucesos a los que resulta difícil ponerles un comienzo, hay hechos que se pierden en la noche de los tiempos, que germinan mucho antes de que uno tenga conciencia de lo que va a suceder.

—¿Te fijaste en que las paredes de los vestuarios no llegaban al techo?

—Sí.

—A ese tío le gustaba tirarse el rollo. Mientras me cambiaba, oí cómo se jactaba a gritos de su actuación en la manifestación de 2010, esa en la que tiraron huevos contra el edificio de la Asamblea Regional. Estaba la mar de orgulloso de cómo zurraron y patearon a los antisistema, como él los llamaba.

—Los antidisturbios suelen cargar cuando reciben órdenes. ¿No es lo que se espera de ellos?

—Seguramente. Pero hay muchas maneras de hacer la misma cosa. —La inspectora tenía los labios apretados y la mirada encendida—. Lo que me jodió es la sobrada chulería con la que contó cómo le había pisado las gafas, intencionadamente, a un manifestante, antes de levantarlo del suelo con una sola mano, el muy machote.

—¿Por eso saliste mosqueada de los vestuarios?

—Más o menos.

—Y por eso estabas algo distante cuando entrenábamos. Lo estuviste buscando, ¿verdad?

—Tenía que estar segura, porque no le había visto la cara, y no quería equivocarme. Cuando reconocí su voz fui hacia él, le saludé, valoró mi envergadura, me sonrió con cierta indulgencia y empezamos a entrenar. El tipo era muy brusco y su técnica dejaba mucho que desear; utilizaba la fuerza e intentaba estamparme

contra el tatami cuando hacía de *tori*, pero yo amortiguaba la caída y recuperaba casi instantáneamente la posición de equilibrio. Por más que él lo intentaba no lo conseguía, y eso terminó agotándolo. Estábamos haciendo *tanto dori* y la técnica para neutralizar el arma era *kotegaeshi*.

—Lo recuerdo.

—Manejaba el *tanto* como si quisiera clavármelo el muy cabrón, pero era tan torpe que me entró la risa, cosa que le enfureció. Resoplando, hizo la trampa que nunca se debe hacer: modificar la trayectoria del ataque cuando el *uke* ya lo ha esquivado. Le agarré la manaza, efectué un giro de ciento ochenta grados hacia fuera, le dejé pasar, giré de nuevo hacia dentro y le apunté con su propia arma a los ojos. Se asustó, perdió el equilibrio, fue incapaz de saltar por encima de la presa y se partió la muñeca. Qué pena.

—¿No te pasaste un pelín?

—¿Te parece que me pasé? Hay vídeos de la carga policial colgados en YouTube, por si quieres verlos.

—Bueno, Aurora, no me gustaría llevarte la contraria precisamente ahora.

Ambos rieron de buena gana.

—Me molestan las injusticias, los abusos y las arbitrariedades —le confesó Marín—. Me molestó que pudiera salir impune de la falta que cometió, porque esa acción merecía, por lo menos, un parte. Y me molestó que le rieran las gracias, que los policías que había allí se callaran la boca. Además, ese tipo de actuaciones degrada la imagen que la gente tiene de nosotros.

A Juanito le dio la impresión de que había algo más. Uno no anda por ahí rompiendo muñecas en plan justiciero por unas cuantas hostias y unas gafas rotas. Después, supo que el padre de Aurora había participado en la manifestación del 23 de diciembre de 2010, en Cartagena, que le habían zurrado de lo lindo y le habían detenido.

Al llegar a la sede de la Asamblea Regional, situada en el paseo de Alfonso XIII, Marín se apeó y Juanito se quedó observando el edificio Braquehais, mientras la inspectora se perdía en su interior. Siempre le había parecido una maravilla, por arriba y por abajo, por dentro y por fuera. Un edificio bajito de estilo gaudiano soportado por columnas, casi vivo, que abandonaba la línea de las fachadas y se introducía entre la gente.

No era momento para ponerse cursi. Había que centrarse en el trabajo, así que Juanito puso el CD de Judas Priest y enfiló hacia el Palacio de Justicia, un edificio verde y blanco, situado en el número 21 de la calle Ángel Bruma, donde se encontraba el Instituto de Medicina Legal.

3

Lo dicen los muertos

La sala de autopsias n.º 1 estaba situada en el sótano del edificio. Aunque había un ascensor, Juanito prefirió bajar por la escalera, saboreando el frescor y el extraño olor que emanaba de la semipenumbra hacia donde se dirigía, acompañado por el reverberar de sus propios pasos. Una vez abajo, tuvo que recorrer un largo y angustioso pasillo, donde un solitario sofá de skay y un extintor se enfrentaban a las paredes tachonadas de antiguas láminas de anatomía, que mostraban las secciones, misterios y miserias del cuerpo humano. Después de bajar cuatro escalones y cruzar una puerta batiente se encontró en el interior de la sala de tallado y en el laboratorio de patología.

Sorprendió al doctor Luzón hablando solo, o eso le pareció a Juanito, que no reparó en el micrófono suspendido sobre la mesa de autopsias. Con el otoscopio en una mano, el forense examinaba los oídos de la víctima, creando la impresión de que el dictamen se lo estaba comunicando directamente a esta. Levantó la cabeza para observar al policía, pero volvió rápidamente a su tarea, como si estuviera a punto de perderse algo.

Juanito contempló el cuerpo lívido de Susana Montón tendido sobre la mesa de acero inoxidable, con la cabeza colocada en su sitio como la última pieza de un rompecabezas. El color azulado de la cianosis estaba más acusado en lo que quedaba de los labios, en las mejillas y en las uñas. La etiqueta de identificación colgaba del dedo pulgar del pie izquierdo. La ropa, todavía húmeda, se encontraba en el interior de una bolsa de papel, junto a otra de plástico transparente que contenía los escasos efectos personales de la niña: una entrada del cine Acapulco, tres euros, ochenta céntimos y un billete de diez, una pulsera trenzada hecha con hilos de colores, un reloj digital marca Casio, un anillo de plata, una llave, dos pendientes de aro, un *kleenex* usado, la boquilla de un *spray* de pintura roja, una barra de cacao, el envoltorio de un chicle y dos cintas elásticas para sujetar el pelo. Sobre un estante, bajo multitud de frascos con residuos orgánicos, se hallaba la ropa del supuesto asesino dentro de una bolsa de plástico con un número, utilizado para preservar su identidad cuando pasara al laboratorio biológico para su posterior análisis. En los bolsillos del pantalón encontraron siete euros, dieciséis céntimos y un billete de diez, el DNI, cuatro boquillas y una bola de *spray*, un bolígrafo, un teléfono móvil, unas llaves, un paquete de Fortuna con seis cigarrillos, un encendedor negro, un libro de papelillos y una piedra de hachís que pesaba ocho gramos.

—¿Es usted el inspector encargado del caso? —Sin darle tiempo a responder, continuó hablando—: Acaban de traerla de rayos y me disponía en este momento a practicarle la autopsia. ¿Quiere acompañarme?

—¿Puedo?

—Eso depende de su estómago —respondió colocándose la mascarilla y las gafas protectoras.

De los oídos pasó a las cavidades nasales y, después de levantarle los párpados, le inspeccionó el repliegue bucal. El forense examinó todo el cuerpo, muy despacio, haciendo recuento de cicatrices, lunares y otras marcas identificativas. Con la lámpara de Wood identificó una luminiscencia blanco amarillenta que denominó «fluorescencia espermática», enmarcando con rotulador la zona donde fue visualizada; después, raspó y recogió la muestra que introdujo en una bolsita de plástico transparente con cierre hermético, en cuya etiqueta escribió el número de identificación para el laboratorio de analítica forense y el Instituto Nacional de Toxicología de Madrid. Se detuvo a observar las manos minuciosamente, prestando especial atención a las uñas, que recortó y colocó junto a las otras muestras, ya que podían contener escamas de la piel del agresor. Unas incisiones muy precisas que aparecían en la parte interna de sus muñecas las denominó *ante mortem*, al igual que dos heridas profundas y simétricas ubicadas en la espalda a la altura de los omoplatos.

—¿Ve usted? —Introdujo el dedo índice en una de las heridas—. Los cortes penetran desde los omoplatos en un ángulo muy ajustado, y fueron producidos con un instrumento afilado de hoja curva.

Entonces Luzón reparó en una diminuta pluma insertada en la herida que fue a hacer compañía al resto de las muestras.

—¿Una pluma de gaviota? —preguntó Juanito, y en la ansiedad de su voz casi había una afirmación.

—Ya veremos —respondió sin inmutarse el forense—. La analítica nos sacará de dudas.

Cuando Juanito le vio seleccionar un escalpelo de la bandeja para trazar la línea de incisión primaria, se echó hacia atrás instintivamente, golpeándose el codo con la puerta de la cámara frigorífica. Los cortes que hizo el forense sobre la caja torácica y el cuello hicieron que un sudor frío le recorriera la espina dorsal. Pero no contempló lo que el facultativo pretendía hacer con unas monstruosas tijeras sobre el esternón porque cerró los ojos. Luzón sonreía satisfecho. Cuando separó las costillas con el retractor, los órganos quedaron al descubierto, con sus brillantes y vívidos colores; un líquido seroso de una tonalidad rosada serpenteó por la mesa hasta el desagüe. Comprobó el peso del corazón y los pulmones en una báscula y recogió sangre con una jeringuilla. Después, tomó muestras líquidas de todos los órganos para su posterior análisis.

Hay que reconocer que Juanito aguantó heroicamente todo el proceso, a pesar de que estuvo a punto de salir corriendo para vomitar cuando el forense, con movimientos rápidos y precisos, le desprendió toda la cara, quedando al descubierto el pálido rostro de la muerte. Por último, utilizando una sierra eléctrica, hizo un corte en la parte superior del cráneo para examinar el cerebro por si había algún tipo de

lesión.

Después de quitarse la mascarilla y los guantes de látex, dictaminó ante el micrófono, a la espera del resultado de los análisis toxicológicos de sangre, orina y bilis, que: «Susana Montón Tena, de trece años, ha sido violada, muriendo como consecuencia de las heridas producidas por el objeto u objetos punzantes, a la altura de ambos omoplatos, que le perforaron los pulmones. Gonzalo Luzón Alonso, patólogo forense del Instituto de Medicina Legal de Cartagena, 13 horas, 45 minutos del día 28 de junio de 2012».

A Juanito le sorprendió la precisión y limpieza del forense. Era un hombre ordenado que trabajaba con pulcritud, satisfecho con lo que hacía. Parecía que se reía por dentro de cosas que sólo los forenses y los muertos entendían. Le llamó la atención, y así se lo dijo, que después de efectuar tantos cortes y extraer numerosos órganos apenas se hubiera manchado la bata blanca.

—La limpieza es importante. —El forense espantó una imaginaria mosca—. ¿Sabía usted que el exceso de sangre puede encubrir pruebas evidentes y llevarnos a un diagnóstico equivocado?

Como Juanito no lo sabía negó con la cabeza, pensando que ese razonamiento era estupendo, sencillo y fácil de entender.

Mientras Luzón comprobaba el libro de entradas, Óscar Piédrola, el ayudante del forense, sin mediar una palabra, se puso a la tarea de anotar el contenido de las bolsitas herméticas que su jefe había depositado en el contenedor de recogida de pruebas. La continuidad de la prueba era esencial, para poder efectuar el seguimiento y preservar la integridad de la muestra.

—Si nos saltamos el procedimiento, las pruebas se invalidan y ya no sirven —dijo Piédrola, sin que nadie le preguntara, al observar que Juanito intentaba leer lo que estaba escribiendo.

—Interesante —respondió Juanito para no desanimarle.

La mirada del forense se clavó en la cabeza afeitada de su ayudante, levantó una ceja y se volvió para contemplar el cuerpo de una mujer a la que su marido había maltratado por última vez. La simetría del rostro se había desbaratado: un ojo abierto y otro cerrado, la nariz desplazada hacia la izquierda, la mandíbula colgando, la hinchazón de la lengua escondida tras una batería de dientes rotos; aquí y allá, numerosos moretones y arañazos, como si el maquillaje para la fiesta de la muerte se hubiera aplicado apresuradamente. Después de memorizar la estrategia a seguir, dijo a su ayudante que la preparara para la autopsia, antes de coser el cadáver de Susana.

Luzón echó un vistazo al reloj de la sala y apareció como por arte de magia en sus manos una suave gamuza, con la que limpió a conciencia los cristales de sus gafas, echándoles el aliento.

—Y bien, inspector, ¿cómo dijo que se llamaba?

El forense llevó a Juanito hasta la máquina que había en el pasillo, junto a los ascensores, para invitarle a un café, pues había en este caso algunos puntos oscuros

que no acababa de entender.

—No sé lo que pensará usted —Luzón removía el azúcar, como si la cucharilla de plástico fuera el objeto más interesante del mundo—, pero este cadáver no para de enviarme mensajes contradictorios.

—¿A qué se refiere?

—Creo que aún es pronto para ir sacando conclusiones, pero le prometo que usted será el primero en recibir una copia del informe preliminar.

Como vio que al inspector le decepcionaba la respuesta, añadió:

—Verá, esto es a título confidencial. —El forense entrecerró los ojos, mirando hacia la puerta de la sala de autopsias, como si sospechara que alguien pudiera estar espíándolos—. No me cuadra que el chaval, borracho como una cuba, cargara con la chica muerta hasta las Salinas, después de abusar de ella, para regresar a la playa y tumbarse a dormir la mona.

—Tal vez fueron juntos hasta allí, mantuvieron relaciones sexuales y luego la mató por algún motivo.

—No hay señales de forcejeo, ni se han encontrado indicios de que le cortaran el cuello en ese lugar, y créame si le digo que cortar una cabeza deja restos. ¿Ha interrogado ya al detenido?

—Iré a hablar con él cuando acabe con usted.

—¿Piensa acabar conmigo? —dijo el forense poniendo cara de sorprendido, y el inspector soltó una carcajada—. Sin embargo, lo que más me ha desconcertado es no encontrar el teléfono móvil de Susana entre sus pertenencias.

—¿Una chica de trece años que sale de marcha sin su móvil?

—Exacto. Es algo insólito, en los tiempos que corren.

Antes de marcharse, al inspector se le ocurrió una última pregunta.

—¿Por qué cree usted que le cortaron la cabeza después de matarla?

—Una buena pregunta, sí, señor —dijo el forense—. A mí también me gustaría conocer la respuesta. Sherlock Holmes solía decir que una vez eliminadas todas las explicaciones imposibles lo que queda es la verdad, por improbable que pueda parecer.

El forense tiró en la papelera el vaso vacío, dio una palmada en la espalda a Juanito, empujándole ligeramente hacia la salida, y se despidió de él.

Mientras subía la escalera en dirección al coche, todavía llevaba en la nariz el olor a descomposición. El policía no dejaba de pensar en Luzón, un hombre cálido, de fuerte personalidad y un excelente sentido del espectáculo. Decididamente le gustaba ese hombre. ¿Qué motivos le habrían inducido a elegir la medicina legal, abandonando otros campos de más reconocimiento y más lucrativos? Si se acordaba, tendría que preguntárselo algún día.

Fuera de cobertura

Cuando pasó por la plaza de Bastarache con la intención de tomar la N-332 en dirección a La Manga, eran casi las dos de la tarde y hacía un calor sofocante. Juanito no llevaba aire acondicionado en su desvencijado Opel, pero tenía un lector de CD aceptable que había instalado cuando estaba en la Academia de Policía. Introdujo un CD de Iron Maiden, y la voz abierta y desgarrada de Bruce Dickinson atronó en el interior del vehículo. Atravesó Algar, Torre del Negro, Los Alcázares y San Javier sobre una gloriosa ráfaga de heavy metal. Cuando llegó a la calle Sancho Panza número 8, en San Pedro del Pinatar, donde estaba emplazada la Casa Cuartel de la Guardia Civil, aguardó a que terminara «Wased Years», porque era incapaz de apagar el lector dejando una canción a medias.

Al transponer la cancela, Juanito no sabía aún cómo le iba a entrar al chaval. «¿Has matado tú a Susana Montón?». Eso parecía el título de una película de Almodóvar. «Vamos, tío, escupe ahora mismo por qué la mataste», le habría quedado bien a Torrente, pero no a él precisamente. La verdad es que no tenía ni idea de lo que le iba a preguntar. Podía entrar, haciendo una mueca burlona y no decir nada, hasta que el muchacho se derrumbara y terminara por contarle todo; al fin y al cabo tan sólo era un chico de dieciséis años. Mientras subía la escalera hacia la puerta del achaparrado edificio, continuó ensayando frases más o menos afortunadas, pero todas le sonaban falsas.

En el Cuarto de Puertas, la guardia examinó sus credenciales, apuntó su nombre en el libro de entradas y le indicó, con voz de GPS y su mejor sonrisa, el itinerario que debía seguir hasta llegar al despacho del sargento Román. Juanito agradeció el frescor de la estancia. Tras su escritorio le recibió un hombre recio que, al cruzar su mirada con la del inspector, hizo que este sintiese que acababa de chocar contra un muro. Ese hombre no había estado aquella mañana en las Salinas del Coterillo, no había leído el expediente que De la Mata le había entregado a Juanito, ni conocía el dictamen previo del médico forense, pero miró al inspector como si este se encontrara allí para meter las narices en un puchero al que no había sido invitado.

—¿Qué es lo que quiere exactamente, inspector? —dijo «exactamente» de una manera que sugería que la policía se traía algo turbio entre manos que no deseaba mostrar a la Guardia Civil—. A ese chaval pensábamos interrogarle cuando apareciera su abogado. Eso es lo que dicta la ley.

—No se trata de un interrogatorio formal —puntualizó ante la mirada burlona del sargento. Le habría gustado añadir «a pesar de que oficialmente estoy encargado del caso», pero no se atrevió—. Sólo quiero preguntarle un par de cosas. —Juanito se sentía incómodo—. ¿Necesita una orden superior? Siempre he creído que trabajábamos en el mismo bando.

—Por supuesto. A pesar de que usted representa a un cuerpo civil y yo a uno militar, sobre eso no hay dudas. —El guardia civil efectuó con las manos un gesto, como si espantara todas las confusiones habidas y por haber—. Cuando le tomemos declaración en el juzgado, le enviaremos una copia del acta del interrogatorio que aparecerá en el sumario. Lo que sucede es que el chico tal vez se encuentre rendido, después de una noche tan agitada. Piense que el pobre estaba borracho, y ya sabe cómo son las resacas.

Juanito no sabía lo que era una resaca porque nunca se había emborrachado, pero dijo que sí, siguiéndole la corriente, para ganarse la complicidad del sargento.

—No es una cuestión de celo, inspector —aclaró el sargento, utilizando el dedo como instrumento admonitorio—, sino de respetar las competencias de cada cual en aras de la eficacia.

—Cosa que comparto, aunque todavía no está demostrado que sea el asesino —afirmó como si se tratara de un chiste.

—Es verdad, había olvidado decir la palabra mágica. —Le hizo un guiño a Juanito sin dejar de reír—. Además, el «presunto» asesino es menor y, como el pobrecillo había bebido, todo eso le servirá de atenuante.

No le apetecía reírle las gracias, de manera que el inspector cambió de tema comentándole en tono de confianza que acababa de presenciar la autopsia de la chica y que al forense todo el asunto le parecía un poco turbio. El guardia civil respondió con vaguedades que sugerían revelaciones o noticias reservadas, sin contar nada pero dando a entender que todo cuanto podía decirse ya estaba dicho. Cuando el sargento Román le llevó ante la puerta del calabozo donde se encontraba Pablo Villacorta ya eran amigos de toda la vida, y es que Juanito tenía la virtud de despertar ese tipo de sentimientos.

La puerta de hierro del calabozo rechinó al abrirse y Juanito no pudo evitar que le viniera a la mente el anuncio de 3-en-uno, el milagroso aerosol. Le sorprendió que Pablo no se encontrara tumbado y encogido sobre el jergón, ni llorando avergonzado, como se suponía que debía estar un culpable de asesinato ante lo que se le venía encima. Parecía más mayor, con su indumentaria rapera y el pelo largo hasta los hombros. En lugar de la camiseta manchada de sangre, que en esos momentos estarían analizando en el laboratorio, llevaba una camisa tres tallas más grande con los botones desabrochados y un pantalón con la culera tan baja que le llegaba casi a las rodillas. De espaldas a la puerta, miraba hacia el aparcamiento por el ventanuco enrejado, preguntándose, tal vez, cómo se las había apañado para estar en aquella celda en lugar de en la playa. Y lo peor era que todo el mundo parecía saberlo mejor que él.

—¿Eres Pablo Villacorta?

Sólo cuando hizo la pregunta se dio cuenta de lo estúpida que era.

—¿Y quién coño quiere que sea? —dijo el chaval mirándolo con cara de mala hostia.

Juanito pensó que todavía podía arreglarlo.

—Imaginé que iba a encontrar a alguien asustado. Por eso cuando te he visto tan chulo pensé que me había equivocado de celda.

—¡Qué ingenioso! Me parto de la risa.

—Vamos a empezar de nuevo. Cuéntame lo que pasó ayer con Susana. Ya sabes.

—¡Pues no, no sé!

—¿Qué es lo que no sabes?

—No sé de qué me habla usted, ni de lo que me hablan los picoletos.

—Entonces, háblame de lo que sabes. ¿Conocías a Susana Montón?

—¿Dónde está mi abogado?

—Ah, pero ¿tienes abogado?

—Ese guardia civil con cara de paleta me ha escupido a la cara que he matado a Susi. —Sus ojos estaban encendidos y sus gestos convulsivos parecían formar parte de una danza estudiada. Estaba mosqueado, de eso no había duda, pero lo que le impulsaba a descargar su ira contra ese policía disfrazado de colega no era el miedo a encontrarse atrapado allí dentro, sino la frustración y la rabia—. ¡Eso es una puta mentira...!

—Sí, ¿verdad? —Juanito hizo el gesto previo de quien se va a echar a reír en cualquier momento.

—Pero también me ha leído mis derechos —amenazó Pablo, estirando el cuello y apuntándole con el dedo meñique y el índice al estilo rapero—. De manera que puedo guardar silencio hasta que aparezca mi abogado.

—¿Y qué pretendes conseguir con eso? —replicó Juanito—. Sólo he venido para conocer tu versión sobre lo que ha pasado, porque a ti te interesa aclararlo más que a mí. Yo puedo seguir investigando por ahí, puedo ir a las Salinas, tomarme una Coca-Cola, hablar con tus padres... Pero tú vas a estar aquí encerrado hasta que sepamos con toda seguridad quién lo hizo.

—¿Qué quiere decir?

—Que no te conviene que perdamos el tiempo, porque si tú no has sido, quien asesinó a tu amiga debe de estar descojonándose de ti en estos momentos.

—¿Cómo? —El chaval no acababa de creerse lo que había dicho el policía. Seguramente era un truco. Una forma sutil de hacer que bajara la guardia y empezara a charlar por los codos.

—De momento contra ti sólo hay pruebas circunstanciales, pero nada concluyente —dijo Juanito, haciendo acopio de la jerga policial—. Tu detención es preventiva, lo que quiere decir que durará el tiempo que tardemos en realizar las averiguaciones que nos lleven a aclarar los hechos.

—¿Y eso cuánto es?

—La ley marca un plazo máximo de setenta y dos horas. Pero si nos demuestras que no tuviste nada que ver, saldrás antes. ¿Por qué no me cuentas con todo detalle lo que hiciste anoche?

Pablo se rascó la cabeza, resoplando, miró al guardia civil que estaba plantado ante la puerta y le pidió un cigarrillo. Este se lo encendió, después de que el mechero le hiciera la guarrada de fallarle tres veces. Dio una calada, dos caladas, con la mirada perdida en las suelas de zapatos y los manchones de humedad que adornaban la pared. Juanito casi deseaba ver cómo el humo se le escapaba por el agujero del *piercing* que tenía bajo el labio, pero eso no sucedió. Después de decidirse, el chico suspiró, echó una nueva ojeada a Juanito y le dijo:

—Anoche estuve en La curva.

—¿Qué hacías allí? —Juanito sacó su bloc y empezó a tomar notas.

—Estaba con unos colegas tomando el aire.

—¿Has dicho fumando porros?

—Todo el mundo fuma canutos.

—Está bien. ¿Fumando porros y bebiendo cerveza?

—Habíamos pedido un mini.

—¿Dónde os lo sirvieron?

—En el Tela.

—Así que en el Tela sirven alcohol a menores. ¿Estaba Susana?

—No, Susi llegó algo más tarde.

—¿A qué hora?

Pablo dio una calada.

—Sobre las once.

—Eso no puede ser, porque a esa hora estaba en el cine.

—No. Estaba en La curva.

—Su madre ha declarado que había ido al cine.

—Eso es lo que siempre le decía a ella.

—Tenía en el bolsillo una entrada del Acapulco.

—Porque primero se pasaba por el cine, cogía del suelo la entrada y se iba para La curva.

—¿Sola?

—No, con Silvia.

—¿Siempre estabais en el Tela?

—O en el Coyote. Los dos se encuentran al final de La curva, junto a la playa.

—¿Qué pasó entonces?

—Estuvimos charlando un rato.

—¿Quiénes?

—Álex, Protasio, el Mico, Silvia, Susana y yo.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las once y media o doce menos cuarto.

—¿Qué hiciste luego?

—Me fui a tajar con Susi.

—¿Sabes que Susi tenía trece años?

—Ella decía que tenía quince.

—Era demasiado joven para ti.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que darte el lote con una niña de trece años podría considerarse abuso sexual. ¿No te parece?

—No sabía que tuviera trece años.

—¿Ah, no?

Pablo abrió la boca con la intención de decir que Susana parecía mayor, pero en lugar de eso miró al policía con ojos interrogantes.

—¿De dónde ha sacado que yo me daba el lote con Susi?

—Acabas de decir que te fuiste a tajar con ella.

—Tajar es hacer grafos con *spray*, colega: hacer piezas, firmar... —Como a Juanito se le quedó cara de sorpresa, Pablo añadió—: Dibujos en las paredes.

—Ya, ya... —Se aclaró la garganta para recomponer cierto gesto de dignidad, apuntó algo en el bloc y preguntó—: ¿Adónde fuisteis a tajar?

—Más allá de la feria. Frente a la sucursal de la CAM hay una pared limpia. —Sonrió abiertamente, tirando la colilla al suelo—. Bueno, ya no.

—¿Os vio alguien?

—No. —Pareció recordar algo y rectificó—. Sí, Binio.

—¿Quién es Binio?

—El portero del Jony.

—¿El Jony es un bar?

—No, es un *pub*.

—¿Hasta qué hora estuvisteis tajeando?

—No sé. —Hizo un gesto de fastidio—. Hasta las doce y media más o menos.

—¡Vamos, tío! —exclamó de pronto Juanito, perdiendo la paciencia por las escuetas respuestas de Pablo—. ¡Cuéntamelo de un tirón, que parece que estás leyendo un telegrama!

—Está bien. Regresábamos hacia el Tela, satisfechos, porque la pieza había quedado realmente bien. Íbamos por la parte de atrás de la pizzería La Boheme, la que está junto al estanco, y al pasar por el Tommy's nos llamó un señor muy elegante.

—¿Qué quería?

—Tenía el maletero abierto y estaba colocando unas cuantas botellas, de manera que no chocaran entre ellas. Eran bebidas caras, etiquetas negras, grandes reservas y todo eso. Pero no sabía cómo meter una caja de vino. «¿Podéis ayudarme, chavales?», nos dijo. Susi y yo levantamos la caja con facilidad y pensábamos colocarla dentro del maletero cuando nos dijo muy alterado: «¡Cuidado, cuidado, que es un Château-no-sé-qué realmente caro! Creo que es mejor que lo pongamos en el asiento de atrás». Cuando lo acomodamos a su gusto, el hombre nos dio diez euros a cada uno, que nos obligó a coger casi a la fuerza, y nos dijo que le completaríamos el favor si le ayudábamos a descargarla en su casa. «Tenemos prisa, lo siento», dijo

entonces Susi. El hombre nos contó que vivía unas calles más allá, a menos de cinco minutos, que tenía una fiesta y que quería darles a sus amigos una sorpresa con el vino, de manera que le dijimos que bueno, que le ayudaríamos si nos llevaba de vuelta. Dentro del coche abrió un mueble bar repleto de botellas diminutas y nos ofreció una copita del «Château-no-sé-qué», para que lo probáramos y le diéramos nuestra opinión. «No me gusta el vino», le dije, pero el tío no escuchaba. «Mira que a lo mejor en toda tu vida no tienes otra oportunidad de probarlo». Así que tuve que bebérmelo para que se callara, porque Susi ya le había dicho que no bebía alcohol. Arrancó el coche contándonos no sé qué historia sobre la temperatura del vino y ya no recuerdo nada más.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo lo que recuerdo, hasta que me despertaron los picoletos de una patada en las costillas.

Bonita historia. A Juanito le recordó *El silencio de los corderos*. Con algunas variantes, era similar al episodio en el que Buffalo Bill raptaba a Catherine, la hija de la diputada, y se la llevaba en la furgoneta. Lo curioso era que tanto Susana como Pablo tenían un billete de diez euros entre sus pertenencias.

—¿Cómo era el hombre?

—Viejo, elegante, llevaba bigote, el pelo de la cabeza repleto de canas y engominado; era más bien bajo y vestía una chaqueta azul marino.

—Veo que te fijaste bien. ¿Recuerdas la marca del coche o la matrícula?

—No. Tal vez fuera un Mercedes, un Audi o algo así.

—¿De qué color?

—Negro, azul marino..., no sé.

—¿Algo más?

—No se me ocurre nada.

Juanito le hizo repetir a Pablo todo el relato de lo ocurrido, por si recordaba algún nuevo detalle y decidió no insistir más. Cuando estaba a punto de salir del calabozo, el muchacho gritó como si se hubiera acordado de algo:

—¿Va a ir a mi casa para hablar con mis padres?

—Pensaba acercarme a última hora. ¿Por qué?

—Por si podía hacerme un favor.

—Si está en mi mano...

El inspector recordó entonces un detalle, a propósito de la conversación que había tenido con Luzón.

—¿Llevaba ayer Susana su teléfono móvil?

—Sí, claro.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque, cuando terminamos, estuvimos haciéndole fotos a la pieza.

Mientras saboreaba un café, después de comer en un restaurante cercano a las Salinas, Juanito marcó el número de móvil que le había dado Pablo: «El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento; por favor, inténtelo de nuevo más tarde». Lo intentó de nuevo, con el mismo resultado. Entonces echó una ojeada a la lista que le había dado Pablo: el iPod, los auriculares, el cargador, tres paquetes de tabaco, más el libro que había sobre la mesita de noche, cuyo título era *Sueño del Fevre*. Guardó el bloc de notas y echó una mirada a la playa. Desde la ventana se veía perfectamente el área infantil donde el conductor del tractor había encontrado dormido al muchacho. Una valla de troncos, en cuyo interior los niños pasaban de los columpios a un tobogán techado, para lanzarse frenéticos a escalar una jaula y concluir su periplo en una rueda que giraba impulsada con tremendo entusiasmo. Así una y otra vez, sin desfallecer ni chocar entre ellos. Ante la sorpresa de Juanito, ninguno se cayó ni se golpeó. Nada de accidentes, en ese torbellino perfectamente descontrolado.

Pagó la cuenta y se dirigió hacia la banda de tierra que separa la playa de las Salinas. Cuando pasó junto al molino ya había contado cuatro quioscos y un puesto de la Cruz Roja. La policía local había tomado declaración a sus dueños, pero los establecimientos se encontraban cerrados a esa hora de la mañana y nadie había visto nada. Aún no habían llegado las hordas de bañistas con sus sombrillas, sus gigantescas toallas y sus bolsas repletas de viandas domingueras y cremas protectoras. Al llegar al conducto donde habían encontrado el cuerpo sin vida de Susana, le asaltó el pensamiento de que nadie sabe ni cómo ni cuándo acabará su vida. Se preguntó si la muerte le pillaría desprevenido también a él o si, por el contrario, conseguiría verle el rostro. Trató de imaginar la escena que había tenido lugar allí mismo unas horas antes, pero el agua del mar, el sol, los colores chillones de las sombrillas, la música de los quioscos y la gente gritando y nadando a unos metros de él hicieron imposible aquel esfuerzo mental. Al otro lado, los viejos, rebozados en barro, se cocían a fuego lento al sol, ahuyentando momentáneamente sus temores a la enfermedad y a la muerte.

No tenía nada que hacer allí, nada que buscar que no hubiera aparecido ya en la inspección ocular. El inspector decidió que era el momento de hablar con los padres de Susana.

La habitación de Susana

La señora Montón se quedó mirando la placa del policía como abstraída, con la expresión sumisa de quien no puede escapar de una pesadilla y los ojos salpicados de lágrimas secas. A pesar de todo, la mujer consiguió invocar con tremendo esfuerzo el remedo de una sonrisa, cuando oyó a ese joven inspector decir que investigaba el caso de su hija. Los eufemismos están para eso, pensó el policía, que deseaba evitar siempre que fuera posible otros términos más duros. Con un gesto suave, la mano temblorosa de la madre le hizo pasar al recibidor, donde le sorprendió la fotografía de Susana encajada en el marco de un espejo. En la imaginación de Juanito aparecieron enfrentadas dos expresiones distintas de la misma niña, la que sonreía confiada y feliz ante la cámara y la que supo que estaba experimentando su propia muerte. ¿Cómo soporta una niña esa terrible revelación? ¿Cuánto puede durar un segundo de intenso dolor? No tenía respuestas para esas preguntas, aunque sabía que el pánico intenso, a veces, puede sedar la conciencia.

A través del espejo sus ojos se encontraron y cuando la mujer le preguntó si su hija había sufrido, el inspector le mintió, le contestó que todo había sido demasiado rápido, que debió de morir antes de saber lo que estaba ocurriendo, que su rostro estaba relajado cuando la vio en el depósito. Nada de eso serviría para tranquilizarla, porque el arte de ser padres consiste en dosificar adecuadamente los sentimientos de cariño y culpabilidad que despiertan los hijos.

—Yo no sabía que ella me engañaba, que era otra a mis espaldas —dijo con la mirada perdida—. Silvia, su amiga, me lo ha contado todo. Cómo iba a saber yo... — La madre empezó a desvariar—. Mi marido opinaba que había que tener mano dura. Decía que en la educación de los hijos unos cuantos bofetones hacen milagros. Pero yo no estaba de acuerdo. Él la insultaba, la llamaba payasa cuando se encerraba en su habitación y empezaba a pintarse. Me daba vergüenza que la humillase de esa manera, que la obligara a lavarse la cara delante de él antes de salir a la calle. Siempre he pensado que hay que tener en cuenta los sentimientos de un niño. Para las niñas de su edad es como un juego, ya sabe usted, un día están jugando con sus muñecas y al día siguiente las ves maquillándose, porque creen que ya son mayores. —La mujer no pudo reprimir un sollozo—. Mi zagalina, mi niña...

Ante tanto dolor, el inspector no supo cómo reaccionar. Allí plantado, como un pasmarote, veía llorar a la madre y no se atrevió a decir nada. No supo hacer lo que había visto en tantas películas, cuando el policía consuela a la madre dejándola desahogarse sobre su hombro. Juanito, incapaz de verter lágrimas, envidió la facilidad con que esa mujer desahogaba su dolor, para después emitir un suspiro entrecortado y rehacerse a sí misma, sin ninguna ayuda.

—Tal vez mi marido estaba en lo cierto. Debería haberla vigilado más de cerca.

Tendría que haber husmeado en sus cosas, haber leído su diario como he hecho hoy, aunque se hubiera alejado de mí. De haber sabido que se iba a La curva, no lo habría permitido de ninguna manera y ahora estaría viva. Si hubiera ido a menudo a recogerla a la salida del cine... Una madre debe ser como un perro guardián, aunque les moleste y te llamen policía. —Ante la metedura de pata intentó disculparse—. Perdona, no quería ofenderle. Cuando suceden estas cosas, una se da cuenta de lo difícil que resulta ser madre, porque cada decisión que tomas puede ser errónea. Ahora mismo no sé si mi marido llevaba o no razón, pero tendré que vivir con la duda y soportar que me lo eche en cara durante toda la vida.

—Pero usted no tuvo la culpa. Lo mismo pudo haberle sucedido saliendo del cine. —Aunque no dijo nada, se sintió aliviada con el comentario de Juanito—. ¿Conocía usted a sus amigos, a Pablo, a Protasio y a los demás?

—Conocía a los de siempre, a los del colegio y a alguno nuevo del instituto, pero no a esos salvajes que le hicieron eso.

—Debo decirle que todavía no hay pruebas inculpativas contra ese chico.

—¿Quiere decir que lo van a soltar como si nada? ¡Ustedes, los policías, son unos irresponsables y unos sinvergüenzas! Estoy harta de ver en la televisión cómo se pasean por la calle los violadores mientras sus víctimas están en el cementerio. No puedo creer que les permitan burlarse de la justicia después de provocar tanto dolor y tanto sufrimiento.

—No me malinterprete, señora. Lo que he querido decir es que es posible que el asesino fuera otro.

—¿Otro?

—Tenemos indicios. Lo que le hicieron a Susana deja rastros, y esos rastros pueden ser identificados.

—Se refiere a... —La mujer puso cara de asco, pero Juanito no la dejó terminar.

—Huellas y evidencias biológicas, que en estos momentos se están analizando en el laboratorio. Antes de acusar a alguien, debemos tener una certeza absoluta. Pero puede estar segura de que atraparemos a la persona que le hizo daño a Susana.

La explicación apresurada de Juanito pareció calmar a la mujer. Aprovechó ese momento para pasar a otra cosa.

—¿Podría hablar con su marido?

—Esta mañana ha tenido que ir a Cartagena a reconocer... —Dejó la palabra en el aire—. Yo no he tenido fuerzas. Quiero recordarla sonriendo. Quiero conservar ese momento, cuando me besó por última vez, antes de ir al cine.

—¿Puedo ver la habitación de Susana?

—Por supuesto. —Le condujo hasta una puerta en la que había pegada una foto sobre una cartulina escrita con rotulador: «Leer atentamente las instrucciones antes de entrar...». Juanito señaló la fotografía, donde Susana y una amiga con las cabezas muy juntas sacaban la lengua a la cámara.

—Esa es Silvia. Se conocieron en la guardería y desde entonces han estado

siempre juntas. —Hizo un gesto que expresaba contrariedad—. Perdone que no le haya ofrecido nada, pero es que estoy destrozada.

—No se preocupe.

—¿Quiere un café, una cerveza o alguna otra cosa?

—Un café me vendría bien. Muchas gracias.

Entró directamente sin leer las instrucciones. Era una habitación pequeña en la que competían elementos infantiles y juveniles, aunque estos últimos parecían llevar una clara ventaja. Aun así, el conjunto resultaba agradable y vivificante: sobre la cabecera de la cama, el gato Silvestre estaba a punto de tragarse a un indiferente Piolín que se miraba las uñas; el resto de las paredes se lo disputaban *Los Simpsons*, la saga *Crepúsculo* y multitud de grafitis firmados por ella. En el techo, había una especie de santuario dedicado a Leonardo DiCaprio, donde reinaba un gigantesco póster de la película *Romeo y Julieta*. Un espejo con el marco de mimbre mostraba abundantes huellas y la marca de unos labios estampados en el cristal. La atención de Juanito se sintió atraída por una estantería repleta de perfumes, colorettes, barras de labios, pintaúñas de todos los colores y toallitas y esponjas que emitían la hechizante fragancia del misterio femenino. Sobre la mesita de noche, junto a una vela con aroma de vainilla, el diario que la madre había estado leyendo tenía arrancadas las solapas que todavía sujetaba el candado; sobre sus páginas abiertas había un paquete de Fortuna casi entero, dos papelillos y un pequeño encendedor. En el suelo, junto a la mochila, había un libro que Juanito recogió, *La ciudad de las sombras*, y lo abrió por la primera página donde aparecía la dedicatoria del autor: *Para Susana, con cariño*; sin duda se trataba del libro recomendado en el instituto. Lo colocó sobre la mesita de noche, junto al diario. Estaba curioseando el bloc de dibujo que se encontraba abierto sobre la minicadena, cuando entró la madre con una tacita de café humeante que dejó sobre una cajonera vertical de madera de pino.

—Se le daba muy bien dibujar. Siempre sacaba sobresalientes en plástica. —Apretó fuertemente los labios, intentando contener un temblor fugaz de la barbilla—. Últimamente discutíamos porque se le había metido en la cabeza que al terminar la ESO iba a hacer el Bachillerato de Artes. «¿Para qué sirve eso?», le preguntaba yo, y ella me contestaba que en su momento lo sabría.

—¿Está todo tal y como ella lo dejó? —preguntó el inspector.

—Pues no, verá usted —la madre no intentó justificarse, era su casa y hacía lo que le daba la gana. Señaló el diario—, he estado fisgando entre sus cosas y ya ve lo que he encontrado. Después de hablar con Silvia he querido conocer a esa extraña que era mi hija. ¿He interferido de alguna manera en su investigación?

—No, señora. —Juanito cogió el diario—. ¿Lo ha leído entero?

—Sí.

—¿Hay alguna cosa que pueda servirme de ayuda?

—No lo sé. —Meditó unos segundos y añadió—: En las últimas páginas que escribió sale a relucir el nombre de ese. —En su gesto parecía como si la mención del

nombre fuera suficiente para hacerla vomitar.

—¿De Pablo?

—Sí. —La madre le arrebató el diario y empezó a hojearlo con nerviosismo—. Aquí —dijo señalando con el dedo.

Pablo besa muy bien. Kuando terminamos de besarnos me dio un susto. Se puso a decir: ¡tía ke bien besas!, y lo dijo gritando. Después se levantó y se puso a rajar kon el Protasio. Estuvo + de una hora sin mirarme el gilipollas.

—¿Eso es todo?

—Aparte de algún comentario referente al instituto y a sus amigos de siempre, el resto del diario nos lo dedica a los subnormales de sus viejos, como ella nos llamaba, en especial al cabrón de su padre.

—Entiendo.

La mujer lo dejó solo, pero se marchó con el diario aferrado entre sus manos. No había fuerza sobre la tierra capaz de deshacer esa presa, y Juanito no se molestó en pedírselo.

Cogió la mochila y la volcó sobre la cama. Efectuó un concienzudo recorrido por las páginas de los libros repletas de anotaciones, grafitis y dibujos, hojeó los cuadernos y abrió los estuches, pero aparte de algunas notitas dobladas, escritas con la misma letra que había en la cartulina de la puerta, no encontró nada significativo; disimuladamente se las guardó en el bolsillo de la chaqueta. Antes de abandonar la habitación, echó una última mirada a ese lugar repleto de colorido. Desde el techo, Leonardo DiCaprio le obsequió con una sonrisa seductora, mientras el lindo gatito, a punto de devorar a Piolín, parecía decir: «Esta vez te he cazado, pajarito».

De camino hacia la casa de Silvia, les fue echando una ojeada a los papelitos doblados que llevaba en el bolsillo: en uno de ellos había un corazón con la siguiente ecuación escrita a bolígrafo rojo: «Susana · Pablo = Pablo · x»; otro era el comienzo de lo que parecía ser un cuento: «Os voy a contar la historia de una pequeña flor que vivía solita...», interrumpido bruscamente por el mensaje: «Acho, ¿sabes que el Piru se iba a enrollar ayer kon Luci?», y la respuesta a lápiz con otro tipo de letra «Benga, eso no te lo krees ni tú»; el último era más sustancioso y después de leerlo volvió a guardárselo en el bolsillo. Entonces se dio cuenta de que ni siquiera había probado el café que le había preparado la señora Montón, lo que hizo que se sintiera culpable. ¿De qué? No supo precisarlo, pero imaginó a la mujer recogiendo la taza, encorvada, casi vencida por el peso del dolor, con sus pasos de pajarito y sus manos temblorosas, llevándola de vuelta a la cocina. Tal vez por eso, cuando se lo ofrecieron en casa de Silvia, dijo que no, que tan sólo quería charlar unos minutos con la niña, a solas, si no tenía inconveniente. El rostro de la madre reflejó contrariedad. Se marchó dejándolos sentados en el diminuto salón con el televisor encendido y un olor rancio a tabaco

flotando en el ambiente. Silvia era bajita y muy delgada, tenía unos ojos hermosos y los labios grandes; el pelo recogido con un rodete le daba un aire de temprana madurez. Parecía asustada.

—Háblame de Susana.

—Era despierta, muy alegre, mazo de enrollada... —dijo encogiéndose de hombros—. Le gustaba pasárselo bien, como a todos. No sé qué más decirle, aparte de que era mi mejor amiga.

—¿Por qué no me cuentas lo que hicisteis anoche? Puedes empezar desde que salisteis de casa. —Sonrió a la niña—. No debes preocuparte, Silvia. No habéis hecho nada malo. Pero es importante que conozca todos los detalles, para poder atrapar a la persona que asesinó a tu amiga.

—Entonces ¿no ha sido Pablo? —Por primera vez sonrió y el alivio que sintió le iluminó el rostro.

—Todavía no lo sabemos con seguridad.

Con un gesto de complicidad, Silvia subió el volumen del televisor.

—¿Le importa que fume y si entra mi madre hacemos como que es suyo?

—De acuerdo.

Sacó del bolsillo un arrugado paquete de tabaco del que extrajo un cigarrillo. Lo encendió, aspiró profundamente y lo dejó sobre el cenicero, junto a Juanito.

—Pues a las diez menos cuarto, después de cenar, Susana vino a recogerme. El cine empezaba a las diez...

Con sumo detalle, Silvia le contó que después de pasar por el cine Acapulco y coger un par de entradas del suelo, se dirigieron hacia los recreativos, para poder acicalarse en el lavabo. Allí se perfilaron los labios, se pintaron los ojos y retocaron el peinado con gomina, se desabrocharon las blusas para mostrar el ombligo que las escuálidas camisetas dejaban al descubierto y salieron transformadas en mariposas nocturnas dispuestas a resolver el misterio de la noche. Había un deje de orgullo en su expresión mientras contaba al inspector cómo burlaban la vigilancia paterna, cómo se disfrazaban de princesas sin necesidad de un hada madrina, porque toda la magia se encontraba en sus bolsos de Mary Poppins.

—¿Fuisteis directamente a La curva?

—No. Intentamos entrar en el Baracoa, pero nos tiraron.

—¿Cómo que os tiraron?

—Que no nos dejaron entrar. Dimos una vuelta por la feria y a las once o así, que es cuando abren las discotecas, nos fuimos hacia La curva.

—¿Qué hicisteis allí?

—Buscar al Protasio, a Pablo y a los otros. Estaban en el Tela, junto a la playa.

—¿Recuerdas si algún coche os siguió?

—No lo sé. No me di cuenta.

—¿Qué pasó hasta que Susana se marchó con Pablo?

—Nada. Hablamos de piezas, de música, nos reímos y todas esas cosas.

—¿Consumisteis alcohol?

—Cuando llegamos estaban bebiendo un mini y le dimos algún que otro trago. — Pareció dudar, de manera que aprovechó para darle un par de caladas al cigarrillo—. Bueno, Susana no.

—¿Nunca bebía?

—Es que un día se emborrachó, y desde entonces lo ha aborrecido.

—Supongo que pasáis de los porros. —Silvia no dijo nada, se encogió de hombros y apretó los labios—. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntas?

—Como una hora más o menos.

—¿Llevaba mucho tiempo saliendo con Pablo?

—¿Quién le ha dicho eso? —dijo torciendo la nariz—. Pablo no salía con Susana, porque tenía novia.

Juanito sacó el papelito doblado que llevaba en el bolsillo y se lo entregó a Silvia. Ella lo leyó sin mirar al inspector:

Hola, Pablo, ¿te piensas enrojar conmigo algún día? Dice Silvia ke tú le dijiste ke pasabas de mí. ¿Es verdad? Yo pensé ke te gustaba, pero parece ke estoy ekibocada. A mí me sigues gustando mucho, pero lánzate ya, ¿vale? Kiero tener una goma del pelo tuya. Ya sabes el kolor ke me gusta. TE KIERO. Eskriveme kon lo ke sea. kuando kieras te hago el chupetón ke me pediste.

PABLO+SUSANA

—Esa nota no llegó a enviársela.

—Pero ella se refiere a un chupetón que él le pidió. —Juanito la miró interrogante—. ¿El chupetón es lo que yo me imagino?

—Pues... —Entonces cayó en lo que el policía quería decir y, conteniendo la risa, le contestó—: Ehhh..., no se trata de eso. Un chupetón es como un beso en el cuello que deja marca. Una marca roja en la piel, como un antojico.

—Pero ¿estaban saliendo o no?

—Pues no.

—¿Y cómo le llamas a esa relación de besos y chupetones?

—No sé.

—¿No sabes?

—Tener un rollo.

—Ya.

Silvia bajó la mirada, avergonzada. Después contempló al inspector con esos ojos tan grandes, unos ojos donde uno podía caer como en un abismo y quedar atrapado para siempre.

—Oiga, yo no sé cómo era usted cuando tenía mi edad, pero ahora si una chica y un chico se gustan no reprimen sus sentimientos. Tengo la impresión de que piensa que somos unas busconas y que Susana tenía merecido lo que le pasó.

—No era esa mi intención, de verdad. —Juanito la obsequió con una sonrisa—. Me gusta la gente libre y con imaginación, porque yo carezco de ella. ¿Cómo se

llama la novia de Pablo?

—Sandra. Siempre estaba con ella, aunque algunas noches se quedaba en su casa porque le aburría tajear.

—¿Por eso se lio con Susana?

—Es que, verás, a Susana se le daba muy bien el dibujo y Pablo tenía mucha mano con los colores. Entre los dos hacían unas piezas alucinantes.

—¿Sabía que tenía trece años?

—No.

—¿Qué hicisteis cuando Susana y Pablo no aparecieron por el Tela?

—Yo estaba inquieta. No sabía qué pensar, pero el Protasio, Álex y el Mico empezaron a reírse de mí. Dijeron que estarían haciendo *petting*.

—Y tú ¿qué pensaste?

—Nada.

—Algo pensarías. ¿No era tu mejor amiga?

—Me sentí mal, porque creí que había pasado de mí.

—¿Tú crees que Pablo pudo hacerlo?

—Por eso lo han detenido, ¿no?

—Lo hemos detenido porque creemos que pudo hacerlo, pero quiero que me digas lo que crees tú.

—Nunca habría imaginado a Pablo capaz de forzar a una chica. Y mucho menos de matarla.

—¿Hasta qué hora la esperaste?

—Hasta las dos menos cuarto. La llamé al móvil, pero no lo cogió; después me marché a casa y me acosté. Estaba dormida cuando sonó el timbre y aparecieron los padres de Susana.

—¿Les contaste lo mismo que a mí?

—Todo no. Pero les dije que esa noche, cuando salimos del cine, nos acercamos un ratito a La curva.

—¿Qué hicieron?

—Nada. Bueno, sí, estaban rallados conmigo y me miraban como si yo tuviera la culpa. Desde mi casa llamaron a la policía, porque el móvil de Susi seguía sin responder.

—¿Es este el número de móvil de Susana?

La joven miró la libreta que le mostró el policía y dijo que sí. Estaba agotada, parecía que de un momento a otro iba a echarse a llorar. Consciente de que estaba haciendo un tremendo esfuerzo, Juanito decidió terminar.

—Una última pregunta. —Silvia aprovechó para dar una calada y aplastar la colilla en el cenicero—. ¿Alguna vez has visto a alguien extraño merodeando por el instituto?

—No. Bueno..., no sé, no me he fijado.

—Está bien. No tiene importancia.

Juanito se incorporó del sofá, dio las gracias a Silvia y se despidió de la madre, dejando su tarjeta, por si se acordaba de algo que pudiera servirle en su investigación.

Eran las siete y media de la tarde cuando entregó a los padres de Pablo la lista de lo que debían llevarle al cuartelillo. Lo recibieron con una expresión de sometimiento y culpabilidad compartida. Estaban destrozados. «Nuestro hijo nunca nos cuenta nada...», se justificaron. Juanito husmeó en la habitación del chico, una leonera sobrecargada de pósteres y fotos de Morodo, Frank T, Korn, carteles de conciertos de raperos histriónicos y espídicos diyéis. Le llamó la atención una ilustración de colores ocres que parecía presidir la habitación, donde una interminable fila de niños de todas las razas y colores, sonrientes, felices e ilusionados recorrían la ladera empinada de una montaña, directos hacia un precipicio; al borde del abismo, una niña jugaba despreocupadamente a la rayuela, inconsciente del peligro. Era la ampliación de la carátula de un disco de Korn, cuyo título, *Follow the Leader*, aparecía garabateado con trazo infantil. El único color provenía del vestido de la niña, y del CD y los cascos que llevaba otro niño, ambos en rojo, como si fueran las únicas alternativas que les ofrecía la vida: podían seguir al líder y despeñarse como borregos o escuchar la música del grupo, explorar su individualidad y descubrir que eran diferentes.

El inspector pidió a los atribulados padres una foto que había sobre el televisor, en la que aparecía Pablo haciendo el ganso con sus amigos. Después, se marchó.

Antes de dar por finalizada la jornada, Juanito hizo a pie el mismo recorrido que la noche anterior habían hecho Pablo y Susana. En la calle de Isaac Peral vio la pintada. Entró en el *pub* Jony, pero no pudo hablar con el portero, porque este tenía el día libre. Cuando dejó atrás la pizzería La Boheme, llegó al lugar donde supuestamente habían tenido el encuentro con el Mercedes, y al pasar junto al Tommy's observó que había una sucursal de la CAM. Desde la calle pudo ver que, en la pared opuesta al cajero automático, había una cámara de circuito cerrado que enfocaba hacia la entrada. Dándole vueltas a la posibilidad de que la cámara hubiera podido filmarlos, se dirigió a La curva. Volvió a marcar el número de móvil de Susana: «El teléfono móvil al que llama...». Entre las luces de neón y los atronadores sonidos, estuvo buscando a los amigos de Pablo, pero no dio con ellos. Aunque se cruzó con Ignacio Montón, no reparó en él. Junto a la foto de Susana, en el recibidor, había una fotografía de su padre sonriendo a la cámara, pero habían pasado seis años desde entonces y ese hombre ahora ya no sonreía. Estaba parado frente al Tela, con una lata de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra.

6

Terceras personas

Cuando Juanito entró en el despacho con el expediente bajo el brazo, todos se volvieron con una mirada condescendiente. Era un novato llevando su primer caso y aquella mañana tenía que presentar a De la Mata su primer informe. Pobrecillo. El inspector jefe Barba, el más veterano de todos, no le hizo mucho caso porque para él Juanito todavía no existía. Barba era un hombre de complexión ancha y recia, con la cabeza perdida entre los hombros y la habilidad de hacer que las sillas crujieran bajo su peso. Uno podía bromear con él y llamarle de todo menos Marcelino. Si se te escapaba, si por un desafortunado descuido le llamabas por su nombre, te miraba y eso era lo peor que podía sucederte. Con sus ojos grises clavados en ti, sentías que no podías moverte y empezabas a imaginar cosas, cosas horribles que podían pasarte. Adolfo Utrero comentaba en ese momento los pormenores de un supuesto homicidio por negligencia en una residencia geriátrica de Los Alcázares con la inspectora Marín, que escuchaba sus palabras con la mayor atención. Garrido, en cambio, le sonrió con la cabeza inclinada y le lanzó una mirada oblicua, porque Paco Garrido nunca miraba de frente; lo hacía de lado, apuntándote con su prominente nariz y evaluándote, como si te estuviera acusando. Para Paco, todo el mundo era culpable de algo y seguramente tenía razón. Aunque siempre sonreía, su sonrisa era taimada y socarrona. Podía estar sonriendo y de mala leche a la vez, podía sonreír y llorar por dentro, sonreír y hacer que un escalofrío te recorriera la espalda. Ahora sonreía porque esperaba con ansiedad que De la Mata entrara con su coronilla pelada y su cara de comisario y leyera los informes. En especial el de Juanito, ese novato con pinta de indigente que parecía no prestar atención a nada.

Octavio de la Mata entró en el despacho y se hizo el silencio. Era un silencio más denso que en otras ocasiones, lo que no le pasó desapercibido. Como tantas veces soltó sobre la mesa el montón de expedientes, se sentó y solicitó los informes. Deliberadamente dejó el de Juanito para el final, y deliberadamente también se tomó su tiempo para leer los de Garrido, Marín, Barba y Utrero, que introdujo en sus respectivas carpetas. Después de las indicaciones pertinentes relativas a cada caso, le llegó el turno al informe de Juanito. Al comprobar que constaba de al menos diez hojas escritas a un solo espacio, miró al inspector con el ceño fruncido, mientras sacaba del bolsillo superior de la camisa unas gafas que casi nunca usaba y, después de ajustárselas sobre el puente de la nariz, empezó a leerlo.

A De la Mata le impresionó favorablemente el informe de Juanito: estaba bien redactado, las conclusiones se sostenían con buena lógica, desarrolladas de manera lineal y en perfecto orden, la metodología de la búsqueda y el procedimiento también eran correctos, pero era tan extenso que parecía la sinopsis de una novela. Todos aguardaban impacientes a que el comisario dijera la primera palabra.

—Has hecho un buen trabajo. —De la Mata encendió un cigarrillo sin dejar de observar a Juanito, que se había puesto colorado, cosa que todos anotaron mentalmente—. Pero, dime una cosa, ¿es una estrategia eso de jugar al poli bueno o crees realmente que el chaval es inocente?

Una pregunta interesante que Juanito no sabía cómo responder, porque durante el interrogatorio había actuado espontáneamente, hablando con Pablo como le dictó su corazón y olvidando hacerse a sí mismo la pregunta que De la Mata acababa de formularle. También había tenido en cuenta algunos razonamientos sacados de sus novelas policíacas: «que la víctima había muerto a causa de lo que era», una adolescente, y «que el asesino la había matado porque deseaba algo de ella que él no tenía», algo que la víctima jamás le habría dado voluntariamente. Por lo tanto no parecía probable que fuera Pablo, pues Susana iba con él por propia voluntad.

Naturalmente, eso no podía contárselo al comisario delante de cuatro inspectores veteranos que, ante todo, valoraban el aspecto racional de la técnica policial, en base a los elementos recogidos en la inspección ocular. De la observación, comprobación y análisis de estos datos, rastros o indicios deberá formularse una hipótesis que se verá confirmada o no con los resultados procedentes de los laboratorios.

—Si actúo como si fuera culpable, no obtendré nada a excepción de lo que le saque en un interrogatorio formal delante de su abogado y la investigación podría alargarse en función de la rutina del procedimiento. Pero si le hago ver que soy su única salida puede que colabore voluntariamente.

No podía creer que hubiera improvisado todo eso de un tirón. Le había salido así porque se sentía satisfecho, ahora que todos sabían, incluido él mismo, que formaba parte del equipo.

—Yo creo que colaborará contigo aunque sea culpable —respondió el comisario—. Pero si él se ha cargado a la chica, te contará todas las trolas que seas capaz de tragarte. Cuando te dijo que no estaba liado con ella, mintió.

—Es natural, si tenemos en cuenta que a su novia no le va a hacer gracia cuando se entere. Pero puedo ir corroborando todo lo que me cuente. Por ejemplo, es cierto que ambos tenían un billete de diez euros entre sus efectos personales, que Susana estaba con él porque ella quería y que tenían un rollo desde por lo menos la fecha que aparece en el diario. Todo eso puede confirmarlo mucha gente.

—¿Quiénes? —preguntó el inspector Garrido.

El comisario dejó de intervenir, prefería actuar de moderador dejando que los agentes discutieran entre ellos, exponiendo sus criterios con independencia.

—Álex, Protasio, el Mico...

—¿Sus amigos? —A Paco se le escapó la risa—. ¿Cómo sabemos que no son sus cómplices?

—Aunque parecía temerosa, Silvia confirma la historia de Pablo, y la madre de Susana tiene en su poder el diario.

—Tal vez su amiga está asustada porque teme a Álex, a Protasio y al Mico.

Incluso al propio Pablo.

—También tenemos a un tal Binio, que al parecer los vio juntos.

—¿Quién es ese Binio? —preguntó Utrero.

—El portero del *pub* Jony. Le llaman Binio, pero su nombre es... —Juanito consultó su bloc—: Zbigniew Kielbasa. Es polaco y tiene los papeles en regla.

—¿Lo has comprobado?

—Sí.

—¿Y los amigos de Pablo?

—Estuve por La curva, pero no los vi.

—¿No estarán escondiéndose? —A Paco le estaba costando horrores contener la risa.

—Yo más bien creo que pueden estar atemorizados.

—¿Y qué pasa con el vino?

—¿Con el Binio?

—No, con el *Chatêau-no sé-qué* del que habló Pablo. Alguien debió de vendérselo al viejo, ¿no?

—He preguntado por todos los bares, restaurantes y autoservicios de los alrededores, pero ninguno ha vendido una caja de algo que se le parezca.

—Puede que lo haya comprado en otro sitio —argumentó Utrero.

—O que fuera suyo y lo llevara en el coche con la intención de utilizarlo como cebo —añadió Marín.

—O que se lo haya inventado todo el chaval. —Garrido no cedía: Pablo Villacorta era culpable hasta que se demostrara lo contrario.

—A mí me parece bien cómo lo está llevando Proaza —dijo Utrero—. Es una buena estratagema para que el chaval se destape e intentar ganarle al tiempo. Con las pruebas circunstanciales que tenemos y un abogado habilidoso podemos tener caso para rato.

—Sólo hace falta que el abogado también se lo crea.

—Si es inocente estará deseando hablar —añadió Barba.

—Está bien, Juanito —intervino de nuevo De la Mata—. El juez ha decretado el secreto del sumario. Cero comentarios sobre el caso fuera de la comisaría: el gabinete de prensa redactará un comunicado que se enviará a los medios. ¿Tienes ya el informe del forense?

—Luzón quedó en enviármelo.

—En ese caso, tal vez mi secretaria pueda ayudarte. Es Rosa quien recibe y administra toda la documentación del Grupo. Cualquier cosa que necesites se la pides.

—No sé qué haríamos sin ella —sentenció Utrero.

Hubo murmullos de confirmación, gestos afirmativos y balanceos de cabeza, mientras Juanito permanecía en silencio.

—Vamos, Juanito —cortó De la Mata—, ponte en marcha. Ah, y al redactar el

informe de mañana no seas tan descriptivo: intenta abreviar y no descartes que Pablo pueda ser el asesino.

Cuando todos abandonaron la sala, el inspector permaneció sentado con la mente en blanco, saboreando las agradables sensaciones de los últimos momentos. Su pequeño triunfo profesional. Después de reordenar sus ideas, saltó de la silla con energías renovadas y fue directo a la oficina de Rosa, emplazada entre el despacho del comisario y la sala del Grupo, a modo de sándwich, donde la secretaria del comisario trabajaba con una eficacia que nadie entendía y de la que todos se beneficiaban.

—Hola, Rosa. El comisario me ha dicho...

—Sí, ya sé. —La secretaria le hablaba en tono maternal, como si fuera un pollito asustado que había acudido a ella para sentirse arropado entre sus alas—: El informe del forense.

—Eso es.

—Pues aún no ha llegado.

—Luzón me dijo...

La mirada de desconsuelo de Juanito enterneció a la secretaria, que le cortó de nuevo.

—Luzón, Luzón... ¡Ay, ese hombre! ¿Dónde tendrá la cabeza? No te preocupes, que enseguida lo arreglo. —Sus ojos azules iluminaron el despacho—. Pero antes, dame tu nueva dirección...

Rosa Márquez era, sin ninguna duda, la piedra angular del grupo de homicidios. Exceptuando a De la Mata, era la más veterana. Divorciada y con una hija que la llevaba de cabeza, cuya foto la observaba desde el escritorio, hacía del humor su moneda de cambio para con los sinsabores de la vida. A pesar de sus muchos y variados problemas familiares y de sus achaques, nadie la había visto nunca desmoronarse. Mientras hablaba con el forense, aderezaba la charla con numerosos chascarrillos y ocurrencias que hicieron sonreír al joven inspector, relajando la presión que sentía en el pecho, producto de su inseguridad. La secretaria reía para adentro, con espasmos contenidos, como si todo fuera una broma que el destino había preparado sólo para ella.

—Sí, sí..., menudo farsante está hecho. —Y le tendió el teléfono a Juanito, guiñándole un ojo.

—Buenos días, Luzón.

—Si usted lo dice... —El forense no permitió que Juanito replicara—. Tengo noticias —anunció.

—Pues usted dirá.

—No han aparecido huellas de las zapatillas del supuesto asesino. La mataron en otro sitio y la llevaron allí en coche, seguramente.

—¿Ha dicho «la mataron»?

—Creo que fueron varios.

—¿Por qué está tan seguro?

—No estoy seguro, pero no me imagino al chico llevando el cuerpo rígido en una mano y la cabeza en la otra. Además, se han encontrado marcas de neumáticos de un coche muy pesado, una rodadura ancha de dieciséis pulgadas, de un BMW, un Jaguar o algo así. Hay diferentes pisadas, más o menos confusas, pero no de zapatillas deportivas sino de zapatos; es posible que podamos deducir la altura y el peso de la persona que dejó una de esas huellas en el fango de la orilla.

—Estupendo —dijo Juanito y se aclaró la garganta.

—Por otro lado tenemos esas incisiones en las muñecas, que fueron efectuadas con algo tan afilado como un cúter o un bisturí, hechas con el propósito, me atrevería a afirmar, de que la víctima no pudiera cerrar las manos ni moverlas hacia dentro para arañar o agarrar a su violador. Al efectuar esas incisiones tan precisas alguien debió de sujetarle los brazos. Por último tenemos esos cortes simétricos en los omoplatos, que hablan, al igual que los de las muñecas, de una minuciosa intencionalidad. Fueron efectuados en esa parte del cuerpo y no en otro lugar, a pesar de la dificultad añadida de tener que atravesar el hueso. ¿Por qué no la mató de una puñalada en el corazón? ¿Por qué se complicó la vida cortándole la cabeza?

El forense hizo una pausa estudiada que adornó levantando ambas cejas, aunque el inspector no pudo verlo. Juanito estaba encantado; ese hombre tenía dotes para la comedia, la tragedia y el drama. Como estaba ansioso por saber el final de la película preguntó:

—¿Usted lo sabe?

—Alguien tuvo que inmovilizarla, porque no hay magulladuras ni se aprecian contusiones en ninguna parte del cuerpo que nos indiquen que la niña opusiera resistencia, como si supiera de antemano que no iba a servir de nada. Cuando le produjeron esos dos cortes profundos en los omoplatos, más de una persona tuvo que sujetarla, porque una cosa es someterse a un abuso y otra muy distinta quedarte quieto esperando a que te maten. Además, resulta obligado pensar que sólo una de las dos heridas debió de provocar la muerte. ¿Cuál de ellas, se preguntará usted: la de la derecha o la de la izquierda?

—No sabría decirle.

—Pues yo estoy casi por asegurar que fueron ambas a la vez.

—¿Es posible que la apuñalaran al mismo tiempo en dos lugares distintos del cuerpo?

—Es posible si lo planteamos de otra manera. El cadáver muestra un espasmo cadavérico generalizado y eso suele provocarlo una extraordinaria tensión nerviosa o una fuerte emoción en el momento de la muerte. Lo interesante de esta patología es que manifiesta la última actitud vital y la postura que tenía la víctima, y permite reconstruir los hechos con mayor fiabilidad. El cuerpo se encontraba tendido sobre un lugar alto, una cama, un mostrador o una mesa, con los pies sobre el suelo. Puede que la empujaran contra el arma homicida o que la presión de la espalda activara algún

tipo de mecanismo. La pregunta es la siguiente: ¿lo hizo un muchacho de dieciséis años, borracho y solo? A mí no me cuadra. O mucho me equivoco o a ese chaval tuvieron que ayudarlo, aunque ayudarlo para dejarlo después tirado pueda parecer contradictorio.

—¿Quiere decir que es inocente, y que el auténtico asesino lo ha involucrado?

—No me atrevo a asegurar que sea inocente, pero sí que lo han incriminado porque creen que no está en condiciones de delatar a nadie. ¿Lo ha interrogado ya?

Juanito le hizo un resumen.

—Yo le aconsejaría que hablara de nuevo con ese chico. Pregúntele si alguno de sus amigos es médico.

—¿Supone que quien le hizo eso a Susana tiene conocimientos de anatomía?

—Sin ninguna duda.

—¿Como usted? —dijo Juanito.

—Efectivamente: sospeche de todo el mundo y empiece a descartar. Es un método que suele dar excelentes resultados cuando no se tiene ni puta idea de por dónde van los tiros.

—Aprecio su sinceridad, Luzón.

—Y yo el humor espontáneo. —Una carcajada contenida reverberó al otro lado de la línea—. Déjese de rollos y meta a esos cabrones en la trena, que no está bien que respiren el mismo aire que nosotros.

—Lo intentaré, pero necesito su informe.

—Ya se lo he mandado.

—Pues no lo he recibido.

—Mire bien el fax. —En ese momento, el ronroneo de la máquina escupió una larga tira de papel térmico—. Buenos días, Proaza.

Tardó treinta y siete minutos en llegar al cuartelillo, tres en acreditarse ante la sonrisa coqueta de la Cabo de Puertas, diez en dorarle la píldora al sargento y uno en bajar al calabozo.

—Háblame de tus amigos.

—¿Qué amigos? —Pablo estaba recostado sobre el camastro, con el *Sueño del Fevre* entre las manos y los auriculares puestos: escuchaba a Morodo cantando «Los carros de Babylon».

—Los que te han dejado tirado. ¿Te importa quitarte eso y prestarme atención?

Pues claro que le importaba, pero ¿qué podía hacer?

—No tengo ni puta idea de lo que me está hablando.

—¿Ah, no? Sabemos que, al menos uno, maneja muy bien el bisturí. ¿Quién de ellos es: Álex, Protasio, el Mico...?

—Pero ¿qué dice? —La cara de Pablo era el mapa de la perplejidad—. No entiendo nada.

Tenía que probar. Juanito cambió de táctica.

—Está bien; cuéntamelo todo de nuevo.

—¿Otra vez?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—¿Por qué no me deja en paz y se va por ahí, a buscar al que mató a Susi?

—Los que la mataron.

—¿Qué...?

—Que la mataron varios. Eso es lo que te estoy diciendo.

Parecía que Pablo iba a saltar sobre él, que iba a agarrarlo del cuello y se iba a liar a hostias con el puto poli que lo estaba mareando. En lugar de eso se echó a llorar. Habían apagado la luz y no veía nada; se encontraba en un laberinto y el hilo de Ariadna no aparecía por ningún lado; el inspector colega le había traicionado; el mundo era una mierda y todos se habían vuelto locos, menos él.

El sargento Román encendió un cigarrillo y se lo ofreció al muchacho, que lo agarró tembloroso, mirándole agradecido. Poli bueno se había convertido en poli malo y ya no tenía alternativas, salvo el cigarrillo que le dio el picoletto transformado en papaíto y las propuestas, consejos y alternativas que, la tarde anterior, le había ofrecido su abogado por un módico precio. Juanito le dio todo el tiempo del mundo para recomponerse y para poder aliviar, él mismo, su propia conciencia. Ahora estaba seguro de que Pablo no lo había hecho y, por eso, dejó que fumara tranquilamente, sorbiendo los mocos, rebañando torpemente las lágrimas con unas manos temblorosas que ya no era capaz de controlar.

—Empecemos de nuevo.

Juanito se mantuvo firme en su papel, saboreando la hiel de su primer derrumbe. En las películas uno siempre se alegraba y sentía alivio cuando el sospechoso se derrumbaba, pero la puta realidad siempre es diferente, siempre nos sorprende y nos descoloca, siempre nos desconcierta.

—Estábamos en La curva Álex, Protasio, el Mico y yo, cuando aparecieron Silvia y Susi. Eran las once de la noche...

Todo igual que la vez anterior. Ningún nuevo dato que arrojara algo de luz sobre las tinieblas del misterio que él no iba a ser capaz de resolver. Los asesinos lo habían hecho de puta madre, le habían colocado un cebo que había mordido como un pardillo, y ahora estaba ahí, en un punto muerto, mortificándose y sin saber qué hacer.

—Piensa en el hombre. Intenta visualizarlo en tu mente y dime todo lo que veas.

Pablo cerró los ojos. Describió en voz alta al viejo, con su bigote impecable y su camisa de seda sin corbata, el pañuelo granate sobresaliendo del bolsillo de la chaqueta, que tenía una doble fila de botones, como los marineros de salón. Entonces recordó el pin de la solapa.

—¿Un pin?

—Sí, un corazón rojo muy bonito sobre el que se leía un nombre.

—¿Leíste lo que ponía?

—Sí que lo leí. —Pablo se rascó la cabeza—. Ponía LOLITA CLUB.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

En la sala del Grupo las cosas no salieron como Juanito esperaba. Llegó acelerado, eufórico, esgrimiendo la nueva pista como si fuera la clave destinada a desvelar todos los enigmas.

—¿Si estaba tan seguro, por qué no lo dijo antes? —preguntó Paco Garrido detrás de su nariz.

—Estaría resacoso, confuso, no sé... —respondió Juanito.

—No sabes. —Sonrió—. Ya.

—Ponte en su lugar.

—¿Que me ponga en su lugar? —La nariz de Paco le apuntó amenazante—. ¿Y qué tengo que hacer, imaginar que me han pillado después de asesinar a una niña? Creo que no se me dan bien esas cosas.

—Lo que quiero decir... —Juanito se estaba aturullando.

—Lo que quieres decir ya lo has dicho. Y lo que yo digo es que se lo está inventando. Vamos, que te está camelando.

—Pues yo estoy convencido de que él no la mató.

—¡Coño, acabas de resolver el caso! A ver, argumenta tus corazonadas.

—No es una corazonada. —Empezó a ser consciente de que sus emociones le habían hecho precipitarse. No lo había meditado con serenidad, no tenía preparadas las respuestas y, lo peor de todo, estaba improvisando torpemente para salvar su orgullo—. El informe del forense...

—¿Intuición, tal vez? —Garrido le estaba acorralando.

—El informe del forense —insistió de nuevo— deja bien claro que tuvieron que hacerlo varios...

—¿Varios? ¿El Álex, el Protasio y el Mico de los cojones no son varios? ¿Los has buscado?

El chorro de sarcasmos lo dejó sin palabras. Juanito se sentía perdido, como si estuviera nadando contracorriente, en un mar de medusas.

—Vamos a ver, centrémonos —intercedió el comisario antes de que el veterano inspector le machacara del todo—. En cuanto al club Lolita...

—Puedo asegurarle que no hay en Murcia un solo club de alterne que se llame Lolita —sentenció Garrido.

—Tengamos en cuenta todas las posibilidades, porque puede haber clubes que sean de otra cosa, ¿no? Lo primero que me viene a la cabeza es un videoclub.

—¿Un club llamado Lolita que sea de otra cosa? —La sonrisa de Paco se intensificó—. Sin duda, todos aquí sabemos lo que es una «lolita».

La inspectora Marín se aclaró la garganta, lo que quería decir que iba a hablar.

—¿Alguno de vosotros ha leído la novela?

Todos se acomodaron de nuevo en sus sillas, hubo movimientos de cabeza y trueque de miradas. Marín no intervenía mucho, pero cuando lo hacía la discusión daba un giro y se encontraban de pronto adoptando otro punto de vista.

—Yo he leído la película —dijo Garrido, y Utrero soltó una carcajada.

—Hay una novela y una película —añadió Utrero.

—Que yo sepa, hay una novela y dos películas —le corrigió Marín—. Por lo tanto, puede tratarse de un club literario o de un club de cinéfilos.

—O un club de pederastas.

—O un club de Dolores.

—O de analgésicos...

—Está bien. —El comisario De la Mata cortó el chorro de ocurrencias—. Juanito, busca ese club e intenta dar con los amigos de Pablo. Marín, ¿estás estancada? Paco, ¿cómo llevas lo tuyo...?

Menos mal que Marcelino Barba no estaba en la reunión. No habría podido soportar su impresionante mole; su mirada, serena e imperturbable, le habría hecho sentir todavía más inútil. Con el sudor recorriéndole el cogote, intentó darle vueltas al asunto que le había propuesto el comisario: encontrar el Lolita Club, ni más ni menos. Lo de los amigos de Pablo lo tenía más fácil, de manera que podía empezar por ahí. También podía preguntarle a Rosa, tal vez a ella se le ocurriera algo sobre cómo dar con el puto club. Marcó una vez más el número de móvil de Susana, pero seguía desconectado.

Estaba a punto de colocarse los auriculares, cuando Adolfo Utrero entró en el despacho.

—¿Cómo va eso? ¿Tienes ya la dirección?

—Iba a llamar ahora mismo al ayuntamiento de San Pedro —mintió.

—Anda, toma —dijo Utrero, arrancando una hoja de su bloc de notas que entregó a Juanito.

—¿Cómo la has encontrado?

—He hecho lo primero que hay que hacer siempre: mirar en la guía.

Adolfo soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro que pretendía ser amistosa, aunque a Juanito le pareció un puñetazo. El veterano inspector era fuerte, muy fuerte. Cuando te saludaba, no podías dejar de preguntarte si ese gesto cordial generaba tanta energía, cómo sería encontrarse entre sus manos cuando estuviera realmente enfadado.

Lolita Club

El 68 de la calle del Conde Lisea tenía una puerta de madera de nogal arropada por un arco semicircular y dos columnas, simulando un pórtico venido a menos. Para acceder a ella, Juanito tuvo que subir tres escalones de mármol. En una placa de bronce aparecía el nombre del club, repujado sobre un corazón rojo, corroborando la descripción que había hecho Pablo. «Menos mal», pensó, ahora sí tenía algo con que taparle la boca a Garrido. Empujó la puerta pero esta no cedió, de manera que pulsó el timbre, a juego con la placa, y se dejó oír un elegante ding-dong, que quedó amortiguado por el ruido del tráfico. No tuvo que esperar mucho antes de que apareciera un conserje parecido a Edgar Allan Poe al que hubieran almidonado el uniforme.

—¿Qué desea? —preguntó mirando por encima de Juanito, como si este se encontrara unos metros más allá.

—Policía. —Le mostró la placa, resistiendo la tentación de mirar a su espalda—. ¿Puedo hablar con el dueño o el encargado?

—Por supuesto. —El conserje sonrió de medio lado, como si algo que sólo él podía entender le hiciera muchísima gracia—. El presidente del club le recibirá de inmediato. ¿A quién debo anunciar?

—Al inspector Proaza, del Grupo de Homicidios de la comisaría de Cartagena.

Acompañó al policía hasta una salita decorada a la última moda de los años sesenta, sillones ovalados lacados en rojo, mesa riñón, revistero literario y lámpara a juego. Sobre las impolutas paredes pintadas de blanco había numerosos fotogramas de la película que daba nombre al club: Stanley Kubrick conversando con James Mason, Sue Lyon y Peter Sellers; Humbert Humbert mirando a Lolita, Humbert Humbert discutiendo con Lolita, Humbert Humbert seducido por Lolita. La imagen de la niña, con los cristales de sus gafas rojas en forma de corazón chupeteando provocativamente una piruleta, ocupaba toda una pared. El mayordomo o el conserje o lo que quiera que fuese indicó a Juanito que debía aguardar allí, antes de escabullirse por una puerta oscura, que no hacía juego con la salita, para informar a don Álvaro Laíz, el presidente.

Cuando Juanito consiguió encontrarle el punto al incómodo sillón, apareció un hombre simpático y cordial, mucho menos estirado que el conserje, que se alejó mirando el reloj como el conejo de *Alicia en el país de las maravillas*.

Después de las formalidades de rigor y de invitar al inspector a que tomara asiento, le preguntó por el objeto de su visita. Mientras Juanito le ponía en antecedentes, explicándole brevemente el asunto, pero omitiendo deliberadamente los detalles del pin y del Mercedes, observó que el presidente llevaba en la solapa de la chaqueta uno idéntico al que había descrito Pablo.

—Nos hemos enterado de la noticia por el telediario. Es terrible... —afirmó el señor Laíz, dejando que el resto de su pensamiento evolucionara en el aire—. ¿Es cierto que han atrapado al asesino?

—Presunto asesino —puntualizó Juanito—. Me encuentro aquí porque en el interrogatorio ha salido a relucir el nombre de su club.

—Oh, ¿cómo es posible? —Álvaro Laíz parecía realmente conmovido, como si el hecho de que se hubiera mencionado el nombre del club fuera algo mucho más espantoso que el asesinato en sí—. Ante todo debo decirle que no se trata de mi club. Los cargos de la junta directiva son rotativos. Todos los socios participamos, porque es una norma que se decidió en la reunión extraordinaria del año...

—Perdone que le interrumpa, señor Laíz. ¿Cuál es la finalidad de este club?

—¡Oh, pensé que ya lo sabía! Es una sociedad literaria dedicada al estudio de la obra de Vladimir Nabokov, ya sabe, el autor de *Pálido fuego*, *Ada o el ardor* y, por supuesto, *Lolita*. Naturalmente, llevamos a cabo numerosas actividades: talleres de creatividad literaria, conferencias, debates, charlas con autores. En el último libro fórum tuvimos a la mismísima Gloria Labarta. ¿Sabía usted que contamos con cuatro escritores entre los socios? Me refiero a escritores profesionales, porque todos somos aficionados y nos lanzamos de vez en cuando con más o menos acierto a la maravillosa aventura de...

—¿Por qué lo llamaron Lolita Club? —preguntó Juanito interrumpiendo de nuevo la verborrea de don Álvaro Laíz—. Sin duda usted sabe que las lolitas forman una categoría dentro del erotismo y la pornografía, concretamente la infantil.

—Ese nombre fue elegido por votación, pero créame si le digo que no hubo segundas intenciones. Sólo por esa novela, Nabokov se ha ganado un lugar importante en la narrativa del siglo xx. Su fama literaria fue discreta hasta la publicación de *Lolita* en 1955, lo que supuso su consagración como escritor.

—¿Ah, sí?

—Esta asombrosa novela narra la intensa y obsesiva relación de un hombre maduro con una adolescente, y puede considerarse como un estudio sobre el amor y el deseo.

—Eso está muy bien, pero yo no puedo evitar relacionar todo eso con los abusos que los niños padecen por parte de los adultos. Tal vez ese escritor sublimó un tipo de relación imposible, una relación en la que el menor es siempre manipulado.

—La genialidad de Nabokov tocó una fibra sensible de la sociedad cuando escribió *Lolita*, eso nadie lo niega. Pero no seamos ingenuos, Nabokov no inventó el deseo sexual de los adultos por los niños, ni tampoco inventó a la niña procaz. Ha sido el mercado del erotismo quien se ha apropiado del título de la novela para sus propios fines. Sin pretenderlo, ha dado nombre a algo que ya estaba ahí. Así es el lenguaje.

—Muy interesante —dijo Juanito, cambiando de postura, intentando reacomodarse en el incómodo sillón.

—¿Sabía usted que aquello a lo que aún no le hemos otorgado nombre existe a pesar de que no seamos capaces de diferenciarlo?

—No había pensado en ello.

—El ser humano se encuentra perdido en el laberinto de su propia percepción. —Álvaro Laíz juntó las manos como si se dispusiera a rezar, y apoyando los codos en la mesa apuntaló la nariz sobre sus dedos—. Por sus comentarios veo que no conoce la novela. Es divertida, es profunda, está muy bien escrita y, sobre todo, es ficción, sólo ficción. Debería leerla.

—Puede que lo haga. Quiero que entienda una cosa, señor Laíz.

—Llámeme Álvaro, por favor.

—De acuerdo, Álvaro, quiero que entienda que si ese muchacho ha dicho la verdad, puede que un asesino sea socio de este club. —Juanito hizo una pausa dramática como había visto hacer al forense—. Incluso es posible que varios.

Eso hizo que don Álvaro Laíz diera un salto en su sillón. Se puso muy tieso, casi tanto como el conserje, y exclamó emocionado:

—Cuenta con mi colaboración incondicional, inspector. Tengo dos nietas y aborrezco a esos pervertidos tanto como usted. ¿Qué desea de mí? ¿Quiere una lista con los nombres, direcciones y teléfonos de todos los socios? ¿Desea interrogarlos uno a uno?

—Preferiría conocerlos de una manera discreta, hablar con ellos sin que parezca un interrogatorio, aunque esa lista de la que habla me sería de mucha utilidad.

—Eso está hecho. Venga usted conmigo y podrá verlos en su salsa, es decir, charlando y charlando sin parar.

El hombre le condujo por un largo pasillo, revestido de maderas nobles y aderezado con los retratos de escritores prominentes, mientras le explicaba que Nabokov había sido profesor de literatura durante casi dos décadas, que había dejado magistrales estudios sobre Jane Austen, Dickens, Stevenson y un largo etcétera al que Juanito no prestó atención, porque le pareció más interesante ir leyendo las placas doradas que había en la pared, a la izquierda de cada puerta: Sala de juntas, Biblioteca, *Scriptorium*... Por fin desembocaron en una estancia amplia muy luminosa, a pesar de que las paredes estaban revestidas con oscuros paneles de madera.

—Ahí los tiene. —Don Álvaro abarcó a todos los presentes con un gesto amplio—. El club tiene veinticuatro socios, y hoy me parece que se encuentran casi todos. Veamos. —Hizo un recuento con las manitas muy juntas como una ardilla hacendosa—. Todavía no ha venido don Humberto, ni el doctor Boada. Tampoco veo a don Jacobo, aunque puede que se encuentre en la biblioteca. Eso de ahí es una tertulia sobre Perrault y el simbolismo del ogro, si es que lo tiene. —El presidente estiró el cuello y señaló al otro lado de la sala—. El grupo más numeroso creo que charla sobre *Lolita*, la eterna polémica: ¿estaba escribiendo Nabokov sobre sus propias inclinaciones o solamente fabulaba? Aunque el escritor afirmaba esto último y parece

lo más probable, a la mayoría de los que disfrutaban con la novela les gustaría que fuera lo primero. Ya sabe lo morbosa que es la gente. En fin, ahora que ha muerto, nunca lo sabremos con certeza.

Atravesaron el salón flotando sobre la mullida moqueta, sorteando sillones, tresillos, escabeles y mesas isabelinas de dudoso gusto, moviéndose al compás de la música de Vivaldi. Un suntuoso reloj de pared anunció discretamente los cuartos, mientras Vladimir Nabokov, desde su cuadro al óleo emplazado sobre la chimenea de pega, le lanzó una mirada severa. El presidente del club le presentó al primer grupo de contertulios, aclarándoles que la visita del inspector era estrictamente oficial.

—¿Todo lo que digamos puede ser utilizado en nuestra contra? —preguntó un anciano guasón con aspecto juvenil y ojos soñadores.

Los otros sonrieron, muy contentos de que hubiera en su club un policía de verdad, a pesar de que tuviera la pinta de Juanito.

—Depende de lo que digan —aclaró, observando que no todos llevaban el pin del Lolita Club. El anciano guasón no lo llevaba.

—El inspector Proaza se encuentra aquí investigando el asesinato de las Salinas —continuó el presidente—. Al parecer, el nombre de nuestro club ha salido a relucir en el interrogatorio.

—¡Increíble! —exclamó un viejecito con un bigote a juego con la moqueta. Llevaba el pin.

—Hasta es posible que el asesino sea uno de nosotros —concluyó el presidente.

—Pero si en la tele han dicho que ya han atrapado al asesino...

—Se trata tan sólo de un sospechoso. —Juanito levantó las cejas—. Pensamos que puede haber más gente implicada.

—¡Qué emocionante! —Escondido tras su espeso bigote, el viejecillo no paraba de asombrarse.

—¿Quiere sumarse a la tertulia, inspector? —Un anciano, que resultó ser crítico de literatura infantil, deseaba realmente que Juanito se quedara—. Nos interesa su opinión profesional.

—¿Y qué puedo decirles yo?

—Más de lo que se imagina. —El crítico hizo un gesto y apareció de inmediato Edgar Allan Poe más estirado que nunca—. ¿Qué desea tomar, comisario?

—Una Coca-Cola, por favor, pero sólo soy inspector.

—No se avergüence por eso, ya llegará. —Juanito quiso decir que estaba satisfecho siendo lo que era, pero el viejo guasón era demasiado vehemente para dejar que se explicara—. ¿Existen los ogros, inspector? ¿Continúan siendo válidas las moralejas que Charles Perrault escribió hace más de trescientos años?

—Pues no sabría decirle, la verdad.

—Imagine a papá y a mamá sonriendo ante el terror que siente el pequeño cuando escucha *Pulgarcito*, sin detenerse a pensar ni un momento que un adulto es un gigante para la mayoría de los niños. —Sonrisa condescendiente—. ¿Cuántos

chavales desaparecen al año, inspector?

Juanito no necesitó hacer memoria, porque en la Academia de Policía le había impresionado ese dato.

—Nueve mil.

Al hombre le sorprendió tanto que se olvidó de sus argumentación sobre los ogros.

—¡Caramba! —exclamó un hombrecillo calvo, con camisa de cuadros y el pin sobre el bolsillo.

Juanito añadió que nueve mil menores desaparecían al año tan sólo en España; la policía los busca y aunque casi siempre aparecen, un uno por ciento se convierte en casos sin resolver, niños que jamás regresarán a sus casas.

—Entonces me da la razón. Nadie parece entender que el niño vive una historia mucho más fabulosa que el más fantástico de los cuentos. —El hombre tosió—. El asesino es mucho más poderoso y temible, si tenemos en cuenta que su víctima es un niño. Para ellos pasa desapercibido porque nadie les habla de él, nadie les explica lo que busca y qué es lo que suele hacer para conseguirlo. Ese depredador es un ogro invisible para los niños, ya que puede pasear tranquilamente entre ellos, observarlos a placer y elegir a aquel que más se acerque a sus perversas apetencias. Es terriblemente sencillo, porque sabe que lo va a pillar desprevenido, sabe que si emplea las palabras adecuadas el niño no desconfiará. Cuando ve uno que le gusta, se dirige hacia él y ¡zas!, ya lo tiene: se lo lleva tranquilamente a su guarida y hace con él lo que quiere.

El viejecillo calvo de la camisa de cuadros no estaba de acuerdo con el crítico.

—Deja de decir tonterías, Torrices: los ogros no existen —proclamó con los puñitos apretados. Más que un adulto parecía un niño enfermo de progeria, enrabiado porque le hubieran quitado los cromos.

—Entonces ¿es casual que numerosos cuentos infantiles traten de niños que son capturados por gigantes, por ogros y lobos? Yo más bien creo que se trata de una advertencia.

—Vamos a ver, si los lectores son niños, es natural que se los coloque como protagonistas. Estás enfermo, Torrices. —El hombrecillo levantó un tembloroso dedo—. Pídele hora a mi secretaria y haré lo que pueda por ti.

El inspector se dio cuenta de que don Álvaro se había escabullido sin que nadie se diera cuenta. Allí de pie, con la Coca-Cola en la mano, apoyado en la repisa de una chimenea con fuego simulado, toda esa charla de salón le pareció una majadería, porque en esos momentos había gente de verdad en peligro, y uno de esos tipos, o más de uno, podía ser el asesino de una niña relamiéndose con los recuerdos.

Con la mirada de Nabokov taladrándole el cogote, aprovechó que Torrices volvía a la carga para escaparse discretamente en dirección a la segunda tertulia, compuesta por siete hombres: la que charlaba sobre *Lolita*. Un anciano pulcro de recortada perilla a tono con su traje gris dirigía la conversación. Llevaba el pin.

—... A las que Nabokov denomina «nínfulas» y sitúa entre los límites de los nueve y los catorce años. Pero se hace la siguiente pregunta: «¿Son nínfulas todas las niñas?». —Con las manos separadas y las palmas abiertas, como si estuviera conteniendo a una multitud, se mantuvo unos segundos en silencio—. «Desde luego que no», respondió. «De lo contrario, quienes supiéramos el secreto, nosotros, los viajeros solitarios, los ninfulómanos, habríamos enloquecido hace mucho tiempo».

—¡Sublime! —apuntó un hombre recio con aspecto de militar retirado.

—Bueno, bueno... Lo que está claro es que Nabokov profundizó demasiado bien en el tema para no saber de primera mano sobre lo que escribía.

—Eso es una tontería —afirmó un ser informe despanzurrado en su sofá. Llevaba el pin—. Quien así habla es el personaje, no el escritor.

—Los personajes no son reales, querido amigo.

—Pero la literatura es invención. Calificar de verídico lo que sucede en una novela es un insulto al arte y a la verdad. Estoy citando palabras de Nabokov.

—También dijo Nabokov que todo gran escritor es un embaucador. Stephen King lo llama «el acto casi inconsciente de convertir en ficción la propia vida», y afirma que no conoce a un solo escritor que no lo haga.

Todos le miraron con reprobación, por haber nombrado a Stephen King relacionándolo con el maestro.

—¿Estás sugiriendo que la mayoría de los escritores son unos psicópatas y unos asesinos en potencia? —intervino el militar.

—Sólo digo que un libro refleja claramente las inclinaciones de su autor.

—¡Eso son memeces!

—Yo no te he insultado, Cristóbal.

—Ni yo tampoco.

El inspector echó una última ojeada al hombre que se había enfrentado al orador, ese hombre sobre el sofá de piel repujada que parecía formar parte de él, y después abandonó la tertulia cuyos miembros ni siquiera habían reparado en su presencia. El resto de los socios se encontraba desperdigado por el salón hojeando el periódico o leyendo algún libro, algunos de ellos tomando una copa en silencio. Junto a la ventana más cercana al pasillo, sentados discretamente, tres personas charlaban como si estuvieran conspirando. A Juanito le pareció que podía acercarse a observar los carteles de las dos películas que habían rodado sobre *Lolita*, la de Stanley Kubrick a la derecha de la ventana y la de Adrian Lyne a la izquierda, para escuchar con disimulo sin que se dieran cuenta. Sorbiendo su Coca-Cola, consciente de que Edgar Allan Poe le estaba vigilando, se acercó a la ventana.

Cuando se percataron de la presencia del inspector bajaron la voz y Juanito no pudo escuchar otra cosa que fragmentos inconexos que carecían de sentido para él. Con el fin de no levantar sospechas, se movió en dirección al otro cartel, el de la película dirigida por Adrian Lyne.

En ese momento apareció el presidente, haciendo aspavientos, enarbolando una

hoja con el anagrama del club y un libro lujosamente encuadernado en la otra mano.

—Aquí tiene la lista impresa con los veinticuatro socios y un ejemplar de *Lolita*, regalo del club.

—Le agradezco el detalle, pero no puedo aceptarlo.

—Insisto, inspector. Se trata de una edición no venal que editamos en mil novecientos noventa y nueve, conmemorando el centenario del nacimiento del autor. Como no tiene valor comercial, nadie podrá acusarlo de haber aceptado un soborno.

Juanito le rio la agudeza, y dejó que don Álvaro le fuera indicando de una manera discreta quién era cada uno de los presentes.

—... Y esos de ahí, los que parece que están conjurando junto a la ventana, son el doctor Grijaldo, gerontólogo, el coronel Tapioca, taxidermista, y el señor Seler, profesor de música ya retirado. A ese grupo pertenece el doctor Boada, el pediatra, que ya debería estar aquí según su costumbre. Como podrá comprobar, casi todos los socios están jubilados o están a punto de hacerlo. —Hizo una pausa repentina en su perorata, frunció el ceño y se acercó al inspector como si fuera a comunicarle el paradero del Santo Grial—. Por cierto, ¿sospecha ya de alguien?

—De todos, naturalmente.

—Naturalmente —repitió el presidente conteniendo la risa, al tiempo que hacía unos extraños gestos con las manos.

Cuando el inspector terminó su refresco, se despidió del presidente agradeciéndole su cooperación y abandonó el salón acompañado por el conserje. En el vestíbulo se paró ante una vitrina con avisos, convocatorias, anuncios y recortes de periódico. Estuvo curioseándolo, con Edgar Allan Poe plantado como un poste ante la puerta, sin que mostrara el menor signo de impaciencia. Tomó algunas notas: apuntó la frecuencia del dial de una emisora de radio, cuyo programa cultural se llamaba *Tus libros*, escribió la dirección de algunas páginas web que había desperdigadas por el tablón y la de un bar de copas llamado Dionisos que en Santiago de la Rivera ofrecía todos los cócteles, bebidas de frutas y aperitivos tentadores que uno fuera capaz de pagar. Hizo todo esto sin darse demasiada prisa, consciente de que estaba cumpliendo con su trabajo. Cuando salió, el conserje efectuó un amago de inclinación, algo así como una reverencia crispada y, antes de que el inspector pudiera despedirse, le dio con la puerta en las narices.

Juanito estaba satisfecho. A primera vista, muchos de los socios podían ajustarse a la descripción que había hecho Pablo. Tan sólo siete tenían bigote, aunque tres eran calvos y había quien se teñía las canas descaradamente. Eso sí, todos eran elegantes, pero no todos bajitos, algunos llevaban el pin y otros no, lo que no quería decir absolutamente nada. Pero estaba seguro de que el viejecito que parecía un niño, el de la perilla y el ser informe despanzurrado en el sofá podían quedar descartados. A veinticuatro le quitó tres, más los tres que quedaban en suspenso porque no habían asistido, y le salía un saldo de dieciocho, ya que todos sabemos que existen bigotes postizos y bisoñés que disimulan las calvas. Si restaba a los altos y comprobaba los

coches, tal vez le quedarían como mucho una decena de sospechosos que podrían o no tener una coartada. No estaba mal, teniendo en cuenta que aún no habían pasado dos días desde que le asignaron el caso. Cuando Juanito consultó su reloj, vio que eran las siete de la tarde. Su estómago emitió una queja, y entonces se dio cuenta de que no había comido nada desde el desayuno.

La desviación de los leucocitos

A esa misma hora, en el ambulatorio de Lo Pagán situado en pleno muelle pesquero, el doctor Boada atendía a los pacientes de un colega que había tenido que asistir a un seminario de pediatría en Murcia. Ese era el motivo por el que aún no se había dejado caer por el Lolita Club y también de que se encontrara algo cansado. La niña, plantada muy seria delante del escritorio, se llamaba Paula y tenía en la nariz restos de un helado de fresa. Mientras el doctor comprobaba el resultado de los análisis, la madre le limpiaba la nariz con un pañuelo de papel humedecido con saliva.

—Hummm... —dijo el médico.

Eso hizo que la madre estirara el cuello e interrumpiera su higiénica labor.

—¿Pasa algo, doctor?

—¿Ha tenido la niña fiebre últimamente?

—No, que yo sepa.

Después de estudiar la analítica con dedicación profesional, el doctor volvió a decir «hummm» y se la mostró a la madre.

—Todo parece andar bien. —Frunciendo el ceño, la madre miró la hoja repleta de cifras incomprensibles para ella—. Pero aquí tenemos un aumento de leucocitos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Probablemente nada. ¿Se ha quejado la niña de dolores peritoneales?

—¿Cómo dice?

—¿Le ha dolido el vientre durante esta semana?

—¡Ah, ya! —La madre sonrió aliviada, porque eso sí lo entendía—. No, y mire que me extraña, con la cantidad de porquerías que come.

—Es posible que no sea nada, pero ya que está aquí conviene que nos aseguremos. Vamos a efectuar unas palpaciones intestinales, porque el aumento de leucocitos con desviación izquierda suele ser uno de los síntomas de la apendicitis.

—¡Mira que te tengo dicho que no comas chucherías! —exclamó zarandeándola.

Mientras la madre le echaba la bronca, Paula intentó poner cara de buena. El doctor se colgó el fonendoscopio y le dijo a Paula que se quitara la ropa. Después de tomarle la temperatura con la mano sobre la frente y de auscultarla con el fonendo, empezó a explorar el vientre presionando ligeramente con los dedos. A la altura de la apéndice presionó con más fuerza.

—¿Te duele aquí?

—No —dijo la niña.

—¿Aquí?

—No.

Continuó las palpaciones insistiendo en su pregunta, a la que Paula contestaba siempre que no.

—Vístete —le dijo a la niña, dando por concluida la exploración—. Ya le dije que posiblemente no fuera nada, pero convenía asegurarse.

—¿Y no le va a repetir los análisis? —preguntó la madre.

Paula abrió muchos los ojos, recordando el pinchazo de la aguja, y sintió un enorme alivio cuando el médico dijo que no era necesario y que no debía preocuparse.

Cuando se afeitaba, Juanito empezaba siempre por la patilla derecha, terminaba ese lado de la cara y pasaba a la patilla izquierda, dejando para el final los arreglos del bigote y la perilla. Pero nunca empezaba sin haber puesto el tapón al jabón y haberlo guardado en el armarito, perfectamente seco y alineado junto a la brocha. Al terminar, guardaba la maquinilla y se refrescaba la cara con abundante agua fría, lo que le hacía sentirse renovado. Siempre lo mismo y siempre de noche, un día sí y otro no, con el sonido de Guns N' Roses atronando desde el pequeño salón que utilizaba para comer, estudiar, leer y ver la tele. Juanito casi nunca leía el periódico, y aunque le interesaban los telediarios y los documentales, poco a poco los había ido evitando por los malditos anuncios, ya que internet le ofrecía un amplio catálogo, que podía ver online cuando quisiera; asimismo, contrastaba las noticias más relevantes en *meneame.net*. Pero lo que más le gustaba eran las películas, las novelas y la maravillosa sensación de dejarse envolver por la música. Esto último le ayudaba a mantener la cabeza libre de pensamientos innecesarios.

Sobre la mesa, el expediente con los informes y las fotos de su primer caso, junto a la novela de Ed McBain que acababa de leer, le daban cierto ambiente a la habitación. El desorden, perfectamente dosificado, era importante para crear cierta atmósfera: un bocadillo a medio comer, una lata de Coca-Cola, envoltorios de caramelos, el mando a distancia del equipo de música, unas tijeras, unos cuantos lápices, un sacapuntas de Iron Maiden y, por supuesto, la placa, sobre la novela de *Lolita* que le había regalado don Álvaro Laíz.

Sacó el bloc de notas y se sentó a la mesa después de mirar el póster nocturno de la editorial Gallimard, donde un misterioso hombre con gabardina y el rostro oculto bajo el sombrero efectuaba una llamada desde una cabina. Cuando sonó el teléfono se encontraba reagrupando sus notas, transcribiendo del bloc los detalles relevantes de los distintos informes e interrogatorios. Era Luzón.

—¿Recuerda que me preguntó por qué habían decapitado a la chica si ya estaba muerta?

—Sobre eso no hay duda, ¿no?

—¿Sobre el hecho de que le cortaran la cabeza?

A Juanito le costó contener la risa.

—Me refiero a que lo hicieran cuando ya estaba muerta.

—En las heridas producidas *ante mortem* se puede apreciar una mancha lívida

que resulta de la sufusión de la sangre, y es expelido tejido graso. Esas señales aparecen en las muñecas y en la espalda, pero no en el cuello. Además, el color sonrosado de los órganos indica que no se había desangrado, como habría sucedido si las venas yugulares y las arterias carótidas hubieran sido seccionadas cuando había presión sanguínea. Los pulmones, en cambio, se encontraban encharcados de sangre. No hay ninguna duda de que los cortes se produjeron en el siguiente orden: muñecas, espalda y cuello.

—¿Supone entonces que le cortaron el cuello por puro sadismo?

—Más bien creo que lo hicieron para despistar.

—¿Me está diciendo que hay gente que va por ahí cortando cabezas para despistar?

—Me gusta su sentido del humor, inspector, ¿no se lo había dicho? —Luzón se reía al otro lado del teléfono—. A la chica le han extraído las glándulas paratiroides. Eso puede hacerse con una sencilla operación que deja una pequeña cicatriz, por lo que deduzco que la han decapitado para que centremos nuestra atención en eso y no en lo otro.

—¿Para qué pueden querer esas glándulas?

—Ahí sí que ando perdido. —El forense chascó la lengua—. Lo único que puedo decirle es que esas glándulas segregan la parahormona que controla los niveles sanguíneos de fósforo y calcio en la sangre.

—¡Joder! Esto se está enredando.

—Hemos descubierto restos de pintura de *spray* en los dedos del cadáver y una huella parcial en los botones de la blusa que no pertenecen ni a ella ni al chico. Puede que sean de la madre y en eso estamos ahora mismo.

—Estupendo —dijo Juanito—. Al menos eso puede llevarnos a algún sitio.

—Todavía hay más. —El inspector pudo imaginar la sonrisa del forense al otro lado del auricular—. En la ropa del cadáver apenas aparecen manchas de sangre, mientras que en la camiseta del sospechoso las tenemos en exceso.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Usted sabe que la sangre tarda en secar aproximadamente una hora. La camiseta del muchacho fue restregada, eso lo sabemos porque la fibra no la absorbió, y no lo hizo porque ya había empezado a espesarse. Los asesinos no contaron con las gaviotas.

—¿Qué tienen que ver las gaviotas?

—Pues que la voracidad de esos bichos llamó la atención de la patrulla local y el cadáver fue descubierto demasiado pronto. Si Pablo se hubiera despertado por su cuenta y regresado a su casa, habría lavado la ropa con toda seguridad. Ese hecho y los restos que siempre quedan le habrían convertido de sospechoso en implicado.

—Ya entiendo.

—En lo que a mí respecta ya he descartado al chico. ¿Qué opina usted?

—Yo lo he hecho esta mañana, después de hablar con él. —Juanito le puso al

corriente de su investigación y cuando mencionó el nombre del club, el forense soltó una exclamación—. ¿Qué ocurre, Luzón?

—Nada. Un club de viejos llamado Lolita encaja a la perfección con el perfil de la víctima. ¿Sospecha ya de alguien?

—De nadie. Pero me disponía en estos momentos a revisar la lista de los socios para ir descartando y centrarme en el resto.

—Pues que le cunda.

Con una sonrisa en los labios, dejó el móvil cargando, pues se estaba quedando sin batería, dobló por la mitad la lista de los socios del Lolita Club y empezó a abanicarse con la mirada clavada en la foto de sus padres. Una foto que se había hecho catorce años atrás, durante una de esas interminables visitas de tíos y tías, abuelos y primos que Juanito no soportaba. Esas reuniones donde su padre bebía, su madre bebía y sus tíos bebían, en actitud de adoración en torno a la mesita baja del salón, repleta de botellines tintineantes y vasos de vino, de banderillas, mejillones, patatas fritas, cortezas y pulpo a la marinera; las voces ruidosas y las carcajadas disonantes celebrando los mismos chistes de siempre y las mismas estúpidas anécdotas repetidas una y otra vez, bajo el ruido de fondo del televisor. El recuerdo que tenía de ellos era el de los ratos robados a la sagrada tele: frases cortas, cachetes y admoniciones escolares aprovechando el momento de los anuncios. Juanito no recordaba una sola conversación con su padre, que fue incapaz de prestarle demasiada atención, de contestar a sus ingenuas preguntas, a la espera, tal vez, de que su hijo creciera para poder mantener, de una vez por todas, la postergada conversación de hombre a hombre.

Desde que terminó el bachillerato y se mudó al colegio mayor para obtener la titulación superior que le permitiría ingresar en la Academia de Policía, había ido pasando poco a poco de sus padres, y cuando reparaba en la foto creía percibir en sus ojos una expresión de mudo reproche. Tendría que llamarlos un día de estos, porque hacía más de un mes que no hablaba con ellos. «Joder, si tan sólo están a cuatro kilómetros de aquí». Dándole vueltas a la idea, pensó que en menos de quince minutos podría estar comiendo las sabrosas empanadillas que hacía su madre y quitarse ese peso de encima. Valoró la propuesta. Había tenido un día de mierda y se merecía, al menos, una buena cena.

Además, sólo eran las ocho y media.

Rescató el teléfono móvil del cargador. Con el mando a distancia del equipo de música, fue bajando el volumen hasta conseguir que «November Rain» pasara a la categoría de hilo musical.

Tecleó el número.

Mientras la señal le taladraba el cerebro, su determinación empezó a desinflarse. A lo mejor habían salido a dar una vuelta por el puerto, a tomar unas marineras. Desde que no estaba con ellos, solían hacerlo a menudo. Era la perfecta excusa para librarse: él había llamado, pero ellos no estaban. Piiiiiiiiii..., piiiiiiiiii..., piiiiiiiiii...

Cojonudo, no estaban en casa. Dejaría un mensaje en el contestador y asunto arreglado. Empezó a fantasear imaginándose tumbado en la terraza, al fresquito, leyendo la última novela de la comisaría del distrito 87, un nuevo caso del detective Carella.

—¿Diga?

Era su padre.

Retorno al pasado

Juanito recorrió el camino de los recuerdos y las lamentaciones en apenas catorce minutos. La última vez que lo había hecho, su Opel Corsa parecía mejor coche y la desazón que ahora experimentaba no se encontraba incluida en el lote. Eso era debido a que en esta ocasión tendría que justificarse, porque llevaba dos semanas en su nuevo destino y casi un mes habitando el pequeño apartamento que había alquilado en San Javier, frente al parque Almansa.

A ver cómo lo explicaba sin que corriera la sangre. Sabía que su madre le perdonaba todo, quitándole importancia, como si fuera cosa de críos. Su padre, en cambio, le reprochaba los vaqueros raídos, las camisetas heavy, la descuidada perilla, la mierda de música que escuchaba y el aire que respiraba. Ahora que se había independizado soportaba mejor las rarezas de su hijo, porque no le quedaba más huevos, aunque no entendía por qué iba como un pordiosero, cuando podía ir elegantemente vestido, con traje y corbata como los policías de verdad de las películas.

Aparcó en la avenida del Poeta Eduardo Flores y fue caminando hasta el número 11 de la calle del Doctor Fleming, para aliviar la tensión que las expectativas del encuentro le provocaban. Al llegar al portal tomó aire, respiró hondo, pulsó el botón y dejó que sonara un buen rato la irritante chicharra del telefonillo. Prrrrrr... Subió la escalera de dos en dos, como solía hacer desde que tuvo conciencia de que se estaba haciendo mayor. Lo curioso es que sólo lo hacía en casa de sus padres, para demostrarles a ellos y a él mismo que ya no era un niño.

—¿Ya estás aquí? ¿A *cas* subió corriendo?

Besos y abrazos, sonrisas y lágrimas, el ambientador de pino de Mercadona, las fragancias de los perfumes baratos compitiendo entre ellas, intentando camuflar los efluvios de la vejez. Afortunadamente, el aroma de la fritura impregnaba la casa. Empanadillas, *cocletas*, como decía su madre, ensalada de gambas y cerveza, mucha cerveza. Su padre tendría la excusa perfecta para sobrepasar ese límite que él mismo se imponía, porque nadie le decía a él lo que tenía que hacer. Faltaría más.

Dos horas. Ciento veinte minutos de charla y comida. La puesta al día de los eventos familiares: la novia del primo, el crío de la tita, el cólico nefrítico de la Tomasa y lo bien que el abuelo tenía la tensión...

Y televisión.

Y cervezas.

Sin demasiados detalles, Juanito les puso al tanto del caso que estaba investigando. Su primer caso. Ese que tenía conmocionado a todo Lo Pagán, que había salido en la tele y en todos los periódicos del país, del que hablarían con los vecinos, orgullosos de haber dado a luz al joven policía que iba a atrapar al asesino.

—Eso han *sío* los negros. —Su madre lo tenía claro—. O los moros. ¿Has *ío* a la feria, nene? Están por *toas* partes.

—Putos emigrantes.

—Inmigrantes, papá.

—Lo que sea...

—No es lo mismo. Emigrantes sois vosotros, que os marchasteis de Huelva para venir a trabajar aquí, pero desde el punto de vista de los murcianos sois inmigrantes, como los negros y los moros.

—Ya estamos. ¿Me estás llamando negro?

—Que no, papá, que ser inmigrante no tiene nada que ver con la raza ni el color de la piel.

—Ahora vas a saber tú más que tu padre, que se ha *desloma* para que tengas estudios. —Cogió el botellín, le dio un trago y lo dejó sobre la mesa, haciendo más ruido del necesario—. ¿Ese es el respeto que te enseñan en la policía?

—Vamos, nene, no empieces.

—¿Que no empiece? —Ladeo de cabeza, ojos entornados y puño en la cadera. Amenaza encubierta—. Ahora resulta que soy yo el *campeza*. ¡No te jode!

Juanito resopló por la nariz, mirando para otro lado, para evitar que se notara, se mesó la perilla, forzó una sonrisa mientras aparentaba mostrar interés por el bodrio de turno que emitía la tele. Dejó pasar unos segundos interminables. Estaba a punto de utilizar la excusa del trabajo para levantarse y escapar espantado de allí lo antes posible, cuando sonó el telefonillo.

—Son casi las once. ¿Esperáis a alguien?

La expresión de la madre le hizo sospechar.

—No sé, hijo. A lo mejor es Virginia. Últimamente viene mucho por aquí.

—Qué casualidad, ¿no?

Encogimiento de hombros, las palmas de sus manos regordetas a la vista, fingiendo sorpresa y aceptación a la vez.

—Lo mismo no es —dijo su madre.

—Claro —respondió él.

Intentando aparentar indiferencia, abrió la puerta, sin esperar a que sonase el ding-dong, y allí estaba ella, radiante, con ese vestido que le sentaba tan bien. Un nuevo perfume que se sumaba a la competición, aunque este era diferente. Algo más sensual, insinuante y evocador. Cuando una mujer escoge una fragancia es para toda la vida, y si tienes la fortuna de ser el elegido te acompañará para siempre.

—Hola, Juanito, guapetón. ¡Qué casualidad!

Que las mujeres compiten y se alían entre ellas para dominar el mundo, eso nadie lo discute. Pero ¿qué otra cosa pueden hacer en tierra de hombres? Si los hombres usan la fuerza para ejercer el dominio, ellas utilizan la estrategia. «Usamos el talento que

nos dan los dioses», le dijo Ulises a Aquiles, años atrás, desde la pantalla del cine Brasilia. Casualmente, vio *Troya* con Virginia, comiendo pipas y besos, regalándose arrumacos y tonterías, aliándose juntos contra la brisa marina, que se puso pesada y empezó a refrescar sin previo aviso, apretaditos, abrazados, alimentando el deseo que confundieron con ese amor que iba a durar para siempre.

Desde que se conocieron en el instituto Tarraga, habían hecho buenas migas. Virginia lo cambió. Pasó de golpear por las Salinas, de buscar lagartijas y culebras con su panda de amigos a pasear con cara de idiota por la playa, recogiendo conchas. Parecían estar hechos el uno para el otro. Siempre juntos, siempre riéndose, cogidos de la mano, aprendiendo a caminar maravillados por ese mundo hostil y desconcertante que habitan los adolescentes. Virginia le enseñó a reírse de las cosas, a perseguir un sueño, a robarle la iniciativa al destino para dirigir su propia vida. Fue ella quien le convenció, años más tarde, de que su pasión por el género policial no se trataba sólo de un *hobby*, sino de una señal que le estaba indicando la dirección que él se negaba a ver. Y fue la búsqueda de ese sueño, precisamente, lo que terminó por distanciarlos. Los estudios y su incapacidad para concentrarse en varias cosas a la vez. También fue ella la que llamó un día a la comisaría de Yecla, cuando se enteró de que le habían destinado allí para hacer las prácticas. Podría haber preguntado por Juan, o por el inspector Proaza, pero tuvo que preguntar por Juanito, y era por eso que todos le llamaban así.

Ahora, estaban en el coche porque Virginia aún vivía con sus padres, «no puedo permitirme un alquiler». Estaban en el coche, porque se había empeñado en conocer su apartamento.

—¿Qué estás haciendo ahora, Vir? ¿Algún cuento?

—Siempre hay algún cuento...

Juanito recordó la perplejidad que le producían sus historias. Utilizaba la fantasía para contar verdades como puños a los niños, luchando por ellos contra el mundo adulto, que los entretiene con generosos Reyes Magos, cigüeñas comadronas, ridículos papanoeles, santaclauses y hadas madrina que les solucionan la vida sin necesidad de esforzarse. Virginia quería a los niños. Con sus cuentos, repletos de humor, intentaba prepararlos para la realidad del mundo, que no es otra cosa que lo que vemos y experimentamos: ciencia contra superstición, buena gente manipulada por mala gente, gente que se esfuerza bajo los agujones de gente que parasita. Los ladrones y los vividores estaban en su punto de mira. Virginia siempre fue un espíritu libre. Una guerrera de la imaginación que modelaba a diario su visión particular de las cosas, su mundo interior, incapaz de aceptar las exigencias del mercado, los plazos de entrega y las modificaciones propuestas por los directores de arte de las editoriales. «No tienen ni puta idea —solía decir—, si no, ¿por qué son directores de arte en lugar de artistas?».

—¿Y te va bien?

—Me va... —Virginia suspira, traga saliva, le mira dos veces y cambia de tema

—. ¿Qué es esto tan duro que llevas aquí?

—La pistola.

—¿De verdad? ¿Me dejas verla?

Juanito comprobó que su flamante Heckler & Koch USP tenía el seguro puesto y no estaba cargada. Le sacó el cargador y la dejó con delicadeza sobre la guantera abierta.

—Ten cuidado, no te vayas a manchar.

—¿Está recién pintada?

—Engrasada.

Virginia sopesó el arma.

—¡Joder, lo que pesa! ¿Y tienes que llevarla siempre?

—Sólo cuando estoy de servicio.

—Pero ahora no estás trabajando, ¿verdad?

—Te equivocas, Virginia. A menos de un kilómetro de aquí han asesinado a una niña y yo lo estoy investigando.

—¿La niña de las Salinas?

—Esa.

—Qué fuerte... ¿Y qué piensas hacer cuando descubras a ese hijoputa?

—No debería estar hablando de esto.

—Tú has sacado el tema. —Puso esa cara, la que siempre ponía cuando trataba de salirse con la suya—. ¿Ni siquiera conmigo?

—Contigo mucho menos.

—¿Estás tratando de ofenderme?

—Nooo...

—¿Crees que no puedo guardar un secreto?

—Nooo...

—¿No, qué?

—Que no lo creo.

—Vamos a plantearlo de otra manera, inspector Proaza. ¿Qué harías si ahora mismo apareciera el asesino delante de tus narices?

—Detenerle.

—¿Y si no se deja?

—Te llamaría a ti, para que le convencieras.

—Muy gracioso. Ahora, en serio, ¿no te da miedo?

—Intento no pensar en ello.

—Pero imagina que te tiende una trampa. No sé si te has dado cuenta de que estás expuesto. Porque él puede saber que le estás buscando, mientras que tú no tienes ni idea de quién es.

A Juanito le entró un sudor frío, porque eso no lo había pensado, y estaban hablando de alguien tan peligroso y letal que hasta era capaz de cortarle la cabeza a una niña.

—Estoy preparado para minimizar los riesgos.

—¿Y eso qué quiere decir? —Virginia le miró sorprendida e irritada—. Conmigo no utilices ese lenguaje de político, gilipollas.

—Que si veo que estoy en peligro, le apuntaría con la pistola.

—¿Y le dispararías?

—Procuraría no hacerlo.

—¿Y si tiene un arma?

—En ese caso, le diría que la arrojara al suelo y levantara las manos.

—Pero el muy cabrón no te hace caso.

—Entonces le disparo.

—¿Dónde?

—En el brazo derecho, si fuera diestro.

—Vale, ya me quedo tranquila. Es que no quiero que te pase nada por mi culpa.

—¿Y por qué crees que tú serías la responsable?

—Porque fui yo la que te animó a hacerte policía.

Subieron de la mano la escalera. Juanito abrió la puerta y la dejó pasar. Virginia inspeccionó el apartamento, se asomó a la terraza, contempló el parque Almansa a vista de pájaro y dijo que le encantaba. Curioseó y descolocó sus libros y su colección de CD. Juanito sufría, viéndola hacer. Un sufrimiento dulce, que le hizo comprender cuánto la echaba de menos.

—Te has quedado un poco atascado con la música.

—Me gusta el Heavy, ¿qué pasa?

—¿La misma música gamberra que oías con tus amigotes? Te has quedado atascado. —Sacó su mp3 y lo conectó al equipo—. ¿Conoces a Doctor Deseo?

—No.

—Anda, soso, escucha esto.

Se quitó la rebeca, se colgó de su cuello y le preguntó:

—¿Qué es esto tan duro?

—Ya te lo dije antes: la pistola.

—Me refiero a esto.

—La otra pistola.

Risas, caricias, susurros, «... y miles de abejas jugando en las tripas...», metidas de mano, la ropa volando por los aires, Doctor Deseo armonizando el momento, «... abrázame, abrázame, y no me digas nada...», y los ojos de Juanito chispeando de nuevo.

Por la madriguera abajo

Alicia se estaba aburriendo con la segunda película, y le daba vergüenza que Ana y Roberto la vieran dando cabezadas. De manera que les dijo: «me largo», y abandonó el cine España a mitad de la sesión. Fue caminando por la avenida de Nuestra Señora de Loreto, atravesó la plaza de la Puerta del Mar, y cuando había dejado atrás la gasolinera, el coche se paró junto a ella. Se echó hacia atrás instintivamente, porque su padre le había advertido que nunca hiciera autostop. «Jamás debes subir a un coche. Si no quieres caminar me llamas por teléfono y voy a recogerte». Cuando la ventanilla bajó y apareció la cabezota sonriente de «Papá pitufo» ella sonrió también.

—¿Quieres que te acerque, Alicia?

El cine España no estaba demasiado lejos de casa, no tan lejos que no pudiera ir dando un paseo a pesar de que tenía mucho sueño. Había sido la cerveza, sí, la cerveza de Roberto, que no rechazó para hacerse la mayor.

«Jamás debes subir a un coche».

—Hola... —«¿Cómo se llamaba?». De tanto utilizar el mote, ahora no conseguía recordar su nombre—. Muchas gracias, pero ya estoy cerca de casa.

—Bien. Si no quieres... Aunque pensé que tal vez podrías ayudarme.

—¿Necesita ayuda?

—Es por esta maldita bandeja de canapés; si la llevas sujeta, no se moverán. Así que el favor me lo haces tú a mí.

—¿Tiene una fiesta?

—Más bien se trata de una reunión de amigos.

De manera que subió al coche, agarró la bandeja de canapés y pasaron de largo ante la casa de Alicia, que observó que la luz del salón ya estaba apagada. «Papá y mamá ya estarán dormidos después de su ración de concursos», pensó. La casa de Papá pitufo estaba tan sólo a un par de manzanas, en la calle del Catamarán, una zona tranquila, algo alejada de la carretera, donde les había dado por edificar chalets. Protegida por un muro rematado con cristales, se accedía a la residencia por una verja de hierro forjado. Como la apertura automática se accionaba desde el interior del vehículo, pasaron directamente al jardín. El portón se cerró a sus espaldas, con un chasquido, y el hombre, bromeando, le abrió la puerta del coche con ademanes muy exagerados, como si ella fuera una princesa. «Qué simpático es». Siempre le había caído bien a Alicia, pues la trataba de una manera especial, como si fuera una señorita. Alicia oyó unos pasos tras la verja, la risa clara de una mujer, una voz de hombre flirteando, seguida de una carcajada, antes de que la pareja se perdiera en la noche.

Mientras caminaban por el jardín, Papá pitufo le dijo que no se preocupara, que la llevaría a casa en coche, para que no tuviera que atravesar ella sola ese oscuro solar

que los vecinos con exceso de imaginación denominaban parque, donde todavía quedaban chalets por edificar. Recorrieron el camino empedrado bajo el arco que formaba la vegetación sobre sus cabezas, observados por severos bustos y acechados por siluetas de piedra semicubiertas de hiedra. En la puerta de roble la cabeza de un león sujetaba entre las fauces una aldaba de bronce. Entraron en la casa y Alicia quedó impresionada por la magnificencia del lugar. Imponentes muebles que parecían de otro siglo, rutilantes objetos de extrañas formas, apenas sugeridas por la penumbra que las cortinas imponían a la estancia. Suntuosos tapices, grabados y cuadros que representaban escenarios exóticos, mapas antiguos iluminados por lámparas doradas y focos de discreta luz cubrían casi por completo las paredes. Nunca imaginó que Papá pitufo pudiera permitirse semejantes lujos.

El hombre se excusó, pues tenía que llevar el vino a la bodega sin más dilación, y se marchó murmurando algo sobre el buqué y los diecisiete grados de temperatura ideal, no sin antes indicarle la puerta que conducía al salón de la torre, donde debía dejar los canapés. Pero Alicia no pudo sustraerse al encanto del lugar y aprovechó ese momento para curiosear con libertad, a pesar de que se sentía algo incómoda pisoteando con sus zapatillas deportivas las mullidas alfombras. Siempre le habían encantado los mapas, insinuantes de viajes y aventuras. Un mapamundi de 1596 firmado por Juan Oliva ocupaba toda una pared: leyó en voz alta Spagna, Savoia, Barbaria, saboreando los antiguos vocablos, y trató de encontrar Madrid, para ver cómo la llamaban entonces, sin reparar en que era un mapa portulano. Acarició la escultura mutilada de Niké, una figura alada sin cabeza ni brazos. Alicia se detuvo a contemplar una pintura de Hans Baldung; para ella todo se reducía a sensaciones, impresiones provocadas por los sentidos, porque carecía de conocimientos de arte, y sólo comprendió el significado cuando leyó la pequeña placa dorada que había bajo el cuadro: *Las edades y la muerte*. El título la sobrecogió.

Sobre la puerta que conducía al salón, una vitrina emplomada mostraba la imagen de tres querubines guardianes, advirtiendo con sus espadas flamígeras que la entrada al Jardín del Edén estaba vedada. A pesar de todo, debía llevar los canapés al salón, de manera que empujó la puerta, pasó bajo un arco de piedra tallada y penetró en un largo corredor abovedado repleto de ángeles. El silencio era sobrecogedor y olía a algo extraño y aromático que Alicia no supo identificar, aunque siguió adelante bajo la discreta iluminación. Numerosas pinturas y grabados mostraban la jerarquía celestial al completo. Así descubrió que no todos los ángeles eran tan ornamentales e insulsos como los que aparecían en los libros de texto. A Alicia le impresionó que un ángel pudiera ser tan seductor, ella que sólo los había visto en la parroquia, anodinos y neutros, con expresiones de éxtasis y la mirada elevada, prendida en la contemplación de la magnificencia de Dios. Sonrió al pasar ante una hornacina, desde la que dos querubines gorditos y saludables la contemplaron a ella. El olor dulzón del incienso era allí mucho más fuerte.

Cuando entró en el salón, una música sublime y desconocida para ella llenaba la

estancia. Se trataba del *Magnificat* de Bach. Sonrió algo cohibida y dijo «hola...» a dos hombres que conversaban con ademanes suaves y delicados mientras tomaban el té. Lo dijo bajito, pero la resonancia de la bóveda le devolvió como un eco amplificado sus propias palabras. Se puso colorada.

—¿Dónde pongo esto...? —se atrevió a preguntar.

Nadie le contestó.

De espaldas a la puerta, sentado en un mullido sofá, con los pies apoyados en un escabel, alguien hojeaba un periódico; al fondo, junto a la talla de un ángel de tamaño natural, un anciano vestido de gris fumaba en pipa observando con deleite un exquisito retablo.

Nadie la escuchaba, nadie la miraba, nadie la veía. Era como si no existiera para ellos. Alicia no le dio demasiada importancia; pensó que no la habían oído debido a la música, ya que los viejos suelen ser duros de oído. De manera que pasó al interior con la intención de dejar la bandeja en algún sitio. La estancia era circular bajo un techo catedralicio en forma de cúpula, donde alguien se había entretenido en pintar el *Límite circular IV* de Escher, un mosaico donde cientos de ángeles blancos encajaban con precisión entre diablos negros. Sobre los muros tapizados, iluminados por falsas antorchas sujetas a las columnas, había numerosos cuadros.

Al principio dio por hecho que las imágenes que adornaban las paredes eran ángeles como los del pasillo. No obstante, le sorprendió que no fueran grabados sino fotografías, fotos de niñas con alas, niñas desnudas tumbadas sobre una gran mesa rectangular, adoptando inquietantes posturas: algunas tenían el rostro tenso y los miembros crispados, otras descansaban con los ojos cerrados como si estuvieran dormidas. Parecían fotogramas ampliados de una película. Aunque cada foto era de una niña distinta, si se miraban como una secuencia se creaba la ilusión de movimiento: el cuerpo en tensión pasaba de una postura a otra, se relajaba, se contraía y de nuevo se aflojaba la tensión muscular. Las caras parecían cambiar, transfiguradas, como en las metamorfosis de la saga *Crepúsculo*. El orden, sin duda, había sido elegido con la intención de lograr un efecto.

«¿De dónde habrán sacado esas fotografías?». Alicia se hizo aquella pregunta mientras se formaba una nueva en su mente. ¿La mesa sobre la que posaban las niñas no era parecida a la que se encontraba allí mismo, en el centro de la estancia? La estudió con más atención y llegó a la conclusión de que era la misma.

Absorta en su contemplación, se había detenido sin reparar en que los hombres la miraban fijamente. Ya no leían el periódico, ya no charlaban entre ellos, ni observaban con erudito deleite las pinturas de la estancia. No pudo evitar sonrojarse de nuevo. Contemplar aquellas fotos la hizo sentir incómoda, imaginando avergonzada lo que ellos podían imaginar. Se sentía tan violenta que decidió dejar la bandeja sobre la mesa que había frente al sofá y largarse lo antes posible. Pero aquellos hombres mayores, esos viejos, la miraban con demasiada intención, o eso le pareció, aunque no podía ser, no podía ser que aquello estuviera sucediendo fuera de

su cabeza. Para tranquilizarse, se dijo que tal vez sonreían en un intento de ser amables.

Cuando empezó a sonar *Et misericordia eius*, uno de aquellos hombres elegantes se levantó, y los demás le imitaron como impulsados por un mecanismo invisible. Con ojos de incredulidad, la niña vio que se dirigían hacia ella. Alicia empezó a sentir miedo, un escalofrío que la dejó clavada en el sitio, y mucho, mucho miedo cuando se le fueron acercando, cuando comprendió que la estaban rodeando intencionadamente. Sintió tanto pánico que quedó bloqueada. Era como si algo la hubiera encerrado dentro de su propio cuerpo, como si ella misma se hubiera convertido en la jaula que le impedía salir. Pensó que estaba atrapada, sin posibilidad de escapar, pero también pensó que se trataba de una broma, si no, ¿por qué sonreían? Trató de sonreír al igual que ellos, pero lo único que consiguió fue una mueca y un sonido lastimoso que puso al descubierto todo su desamparo.

Fue entonces cuando advirtió que Papá pitufo había entrado en el salón y entonces sí sonrió, una sonrisa de alivio, de entrega incondicional solicitando amparo, o al menos una explicación que la hiciera comprender qué demonios significaba todo aquello. Pero esa sensación se desvaneció cuando le vio cerrar la puerta de la torre con llave. Mientras se dirigía hacia ella, el hombre reconoció su angustia, su desconcierto y terror, y con sus ojos rapaces pareció devorarla. Alicia lo vio rejuvenecer y crecer mientras ella se hacía chiquitita y él se iba acercando y el grupo se compactaba y ganaba consistencia.

Sin duda era una ilusión. «¡Es sólo una broma...!», se oyó decir, riendo algo histérica, sacudida por un temblor a duras penas contenido, ¿o lloraba? Estaba tan fuera de sí que le pareció flotar mientras Papá pitufo, tomándola del brazo, la condujo sin que ella hiciera nada por resistirse hacia la mesa rectangular de mármol, sobre cuya cabecera colgaban los dos braseros que producían el sahumero. Alguien la liberó de la bandeja, y Papá pitufo, siempre tan atento, la obligó a situarse de espaldas entre unas alas blancas, unas alas enormes fabricadas con plumas de cisne.

—¿Qué hace? —consiguió articular con una vocecilla demasiado aguda.

—Debes confiar en mí, Alicia, y no echar a perder este momento sublime.

—Pero es que no entiendo nada... —Sonrisa crispada, tiritera involuntaria de la barbilla—. ¿De qué me está hablando?

Unas manos, demasiadas manos, se le vinieron encima. Manos ávidas que la fueron despojando de la ropa. Y ella, paralizada de espanto, no pudo gritar, no pudo oponerse, no pudo hacer nada para evitarlo. Esas manos hambrientas fueron pasándose las prendas, que acariciaron y olfatearon ceremoniosamente, como en un ritual, mientras Papá pitufo, con una sonrisa atroz, la obligaba a tenderse sobre las alas inmaculadas.

—Eres un ángel, Alicia. Siempre he pensado que eras un bendito ángel.

—Déjeme, por favor... —consiguió articular, intentando contener las lágrimas—. Por favor, por favor... —dijo cayendo en lo que le pareció un pozo muy profundo.

Los hombres formaron un círculo alrededor de la mesa, mientras uno de ellos fotografiaba la escena desde todos los ángulos. Entonces, el que se encontraba a la cabecera, arropado por el humo y la fragancia del incienso, elevó la mirada y los brazos, y comenzó a recitar con su voz de tenor un fragmento de *El Quijote*:

Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día...

Desde su elevada posición, los ángeles del vitral observaban indiferentes las miserias humanas, soportando místicamente en silencio su condición de elegidos. Bajo la cúpula, a través del cristal coloreado de las vidrieras, unos ojos se deleitaban con el ritual, ojos masculinos, enardecidos por la contemplación de lo prohibido. Excitado, recuperando el resuello, mientras trataba de salir del trance que le había provocado lo que allí había tenido lugar, ese hombre intentó valorar si la satisfacción de ese anhelo, acariciado en secreto durante tantos años, se ajustaba a las expectativas y al precio. Era el momento de la reflexión.

Los acordes finales de *Et misericordia eius* se escaparon por el corredor custodiado por ángeles. La música compuesta por el maestro del contrapunto para elevar el espíritu se fugó por la puerta acristalada hacia el pequeño museo, donde el aire permanecía inmóvil y las cortinas, pendiendo sombrías, arropaban jarrones, relojes, pinturas y candelabros. En el vestíbulo ya se habían diluido los ecos de la música de Bach, que no consiguió llegar al jardín. Un perro ladró y por un momento los grillos redujeron el volumen de su sintonía. Fue en ese instante cuando los somnolientos espectadores del cine España inundaron las calles saturados de sensaciones. Aunque Alicia no iba a regresar esa noche, su madre aún no había experimentado la urgencia de asomarse a la terraza, todavía no le habían temblado las piernas ni había visto el mundo a su alrededor como a través de un cristal opaco. Aún no había transcurrido el tiempo suficiente para que empezara a preocuparse seriamente. Entre las emociones de ambas, entre el sufrimiento de su hija y el suyo propio, el destino no consiguió ponerlas de acuerdo. La realidad cotidiana siempre lleva un desfase horario con respecto al mundo de los horrores, ese lapso de tiempo necesario para transformar en noticias las pesadillas.

Relaciones laborales

En su despacho, Octavio de la Mata dedicaba todos los días una mirada torva al archivador metálico situado bajo el plano callejero de Cartagena. Cuando contemplaba el tercer cajón, el de los casos no esclarecidos, se ponía de mal humor. A veces lo abría, hacía un rápido recuento de expedientes, aunque estaba casi vacío, y siempre le parecían demasiados; en un pequeño apartado, al final del cajón, se encontraban los archivos de las desapariciones. Casos abiertos que ya nadie investigaba, abandonados por otros asuntos de mayor prioridad.

Esa mañana, sobre su mesa desordenada cargada de papeles, el nuevo expediente emitía una inequívoca señal de alarma que inquietaba al comisario. Si la desaparición de Alicia estaba relacionada con el caso de las Salinas podrían estar ante un violador compulsivo, un asesino sistemático o una red comercial de pederastas como la que desmanteló, allá por 1996, el fiscal Michel Bourlet en el caso Dutroux, que conmocionó a toda Bélgica. Después de releer detenidamente el informe del forense, se inclinaba por esto último: el tráfico de pornografía infantil había ido en aumento en la misma proporción que las conexiones de los internautas, porque ahora a través de internet se podía acceder rápidamente a todo lo que pudiera ofrecer la red con total impunidad. Recordó la operación Kora, que cuatro años atrás les había llevado a la detención de Nanisex, el violador de bebés, y sus tres compinches, uno de ellos de Lo Pagán. Si la intuición de Juanito era acertada y se encontraba sobre una buena pista, tal vez algunas de las desapariciones de los últimos meses acabarían por explicarse. Podría ser uno de esos sucesos que conmueven a la opinión pública, que definen una trayectoria profesional e impulsan una carrera hacia arriba. Mejor para Juanito, aunque él mismo saldría favorecido.

No podía negar que las conclusiones del inspector le habían sorprendido, pero De la Mata era consciente de que se trataba de un principiante, por lo que no podía precisar si había sido buen olfato o pura casualidad. En cualquier caso, tenía un excelente equipo, dinámico y eficaz, y podía reforzar la investigación si Paco echaba una mano al muchacho. El problema era cómo debía enfocar el asunto delante de los inspectores para no herir susceptibilidades. Una vez que tomó su decisión, pidió a Rosa Márquez que llamara a Juanito.

Cuando el inspector entró en el despacho, De la Mata hablaba con el doctor Belloc, del laboratorio de biología. Se detuvo a contemplar las cuatro fotografías que había sobre la pared, junto a la imagen enmarcada del rey. Unas fotos históricas de la manifestación, realizada en 1978 en Madrid, por los funcionarios del Cuerpo General de Policía en demanda de un salario digno y de la inclusión en la Seguridad Social de sus integrantes. Todos en la comisaría conocían la historia, ya que todos se habían beneficiado de ella, y estaban orgullosos de que el comisario hubiera protagonizado

un hecho insólito para esa época. Las dos primeras fotos mostraban el comienzo de la manifestación en la plaza de Oriente, y el final en la calle Amador de los Ríos, donde fueron interceptados por un general de Brigada del Ejército, que en esos momentos era el Subinspector General de la Policía. En la tercera foto se veía al general tendido en el suelo junto al agente que le había propinado la bofetada que se hizo célebre en todo el Cuerpo. A pesar de que los años transcurridos le habían proporcionado una calva incipiente y unas ojeras, Juanito reconoció al comisario De la Mata. La cuarta fotografía mostraba a las Unidades de la Reserva que se negaron a cargar contra sus compañeros. Debido a esas fotografías muchos policías resultaron sancionados, encarcelados y torturados. Algunos de ellos fueron expulsados, y a los que pudieron acogerse a la amnistía los trasladaron con carácter forzoso a otras regiones policiales.

Estaba mirando la pintura del Santo Patrón de la policía, un ángel virtuoso con la mano derecha sobre el emblema dorado del Cuerpo, cuando el comisario colgó el auricular. Juanito se volvió entonces y se situó frente a su mesa.

—Esto es para ti —dijo De la Mata entregándole el acta judicial enviada por la Guardia Civil—. El chaval se ha reafirmado ante el juez sobre lo que te contó.

—Mañana se cumplirán las setenta y dos horas desde que está detenido.

—Ya lo sé. ¿Tienes tu informe? —preguntó De la Mata sin esperar a que Juanito se sentara.

—Sí. —Juanito se lo tendió y el comisario lo leyó de un tirón, sin pestañear. Cuando terminó, en lugar de guardarlo en su carpeta se lo devolvió.

—Después me lo das. Veo que sigues sin encontrar a los amigos de Pablo. —Antes de que Juanito pudiera justificarse añadió—: Sí, ya sé que a pesar de las órdenes los has descartado. Siéntate, por favor —dijo tomando la carpeta que había sobre la mesa—. Este es el expediente de la chica que desapareció anoche, y es probable que se encuentre relacionado con tu caso. Verás, Juanito, no voy a andarme con rodeos ya que ese no es mi estilo. El asunto de las Salinas te lo di porque parecía cerrado desde el principio. Era ideal para ti. Pensé que podría servirte de rodaje para que fueras ganando seguridad y experiencia. Ahora aparecen encrucijadas que antes estaban ocultas y el asunto se complica. Hasta es posible que pueda convertirse en el acontecimiento policial del año.

—¿Va a retirarme del caso?

—Ni mucho menos. —De la Mata borró la pregunta de Juanito con la mano—. Este caso me ha sorprendido tanto como a ti: parece una cosa y luego resulta ser otra, de manera que sigue siendo ideal para ti, porque es como tú. Pones cara de tonto, pero no lo eres; pareces inseguro, pero te desenvuelves sin problemas en un medio que desconoces; das la impresión de que eres lento y en tan sólo dos días consigues asombrar a todo el Grupo con tus deducciones.

—Creo que exagera, comisario. De no haber sido por la sagacidad de Luzón jamás habría podido hilar tan fino. De hecho, me encontraba perdido hasta que ayer hablé con él.

—No seas modesto. ¿Crees que Luzón te ayudó? El forense es brillante, eso nadie lo duda, pero él cumple con su trabajo al igual que los agentes que encontraron el cadáver y los de la Científica, cuyos atestados e informes están en el expediente junto al dictamen del forense. La investigación es un trabajo de equipo y tu labor consiste en coordinar y aprovechar todo cuanto ellos sean capaces de proporcionarte.

Juanito guardó silencio sin saber qué decir. Mientras De la Mata encendía un cigarrillo, se le fue la mirada al diploma que había en la pared con las fotos en blanco y negro de la promoción; intentó reconocer al comisario entre los diminutos rostros pero no lo consiguió.

—Eso es todo, Juanito. Ahora nos vemos en la sala.

El inspector se levantó de la silla y, flotando entre algodones, salió del despacho.

Unos minutos después, el comisario entró en la sala del Grupo con el nuevo expediente bajo el brazo. Todos se extrañaron cuando De la Mata se saltó la rutina: no soltó sobre la mesa el montón de expedientes, ni se sentó, ni solicitó los informes para introducirlos en sus respectivas carpetas después de leerlos. Todavía no tenía claro cómo iba a entrarle a Paco.

—Supongo que ya sabéis que ha desaparecido otra chica. Su nombre es Alicia Pineda, doce años de edad, un metro sesenta de estatura, cincuenta y dos kilos, cabello castaño, ojos azules, vestía falda vaquera, camiseta gris y zapatillas deportivas blancas. Fue vista por última vez a las doce cuarenta y cinco de la noche, en la calle del Bernal, en Santiago de la Ribera. Salió del cine España antes de que terminara la sesión.

—¿Quién la vio? —preguntó Adolfo Utrero.

—El portero de la sala y el empleado de una gasolinera. Los dos amigos que fueron con ella al cine también lo han confirmado. —Abrió el expediente y leyó los nombres—. Roberto Vaquero y Ana Santos. Al parecer tenía sueño y le estaba aburriendo la película.

—¿Vivía lejos?

—No demasiado.

—Entonces es posible que la raptara alguien que ella conocía. —Paco Garrido carraspeó—. Si es que se trata de un rapto.

—Exactamente. No sabemos si decidió acortar por un descampado, fiarse de un desconocido, hacer autostop o menospreciar la oscuridad de una vía poco transitada. Juanito piensa que puede estar relacionado con el caso que investiga.

—Pues a mí eso me parece excesivo —replicó Garrido—. Creo que es forzar demasiado las cosas para que encajen. Estoy convencido de que fue Pablo quien asesinó a Susana y que, por tanto, nos encontramos ante dos casos con diferentes móviles.

—¿Y eso por qué?

—Alicia desapareció al salir del cine cuando se dirigía hacia su casa, y lo que le sucedió a Susana se lo buscó en parte ella misma. Por lo que escribió en el diario, la

declaración de su amiga y las notas que Juanito encontró entre sus libros, queda claro que el comportamiento de la niña era un tanto promiscuo para su edad, por llamarlo de alguna manera. —Garrido no se dio cuenta de la mirada que le estaba clavando Marín—. En mi opinión, esa noche estuvo coqueteando con Pablo, tentándole... —sonrisa—, el chaval quiso ir más lejos y Susana le paró los pies, pero, claro, había bebido, se había hinchado a porros y estaba excitado, de manera que la forzó, gritos, llantos, etcétera, etcétera... Al final debió de asustarse y se la cargó. Esa chica creyó que era mayor demasiado pronto, no sabía que jugaba con fuego y se quemó.

—¡Vaya, hombre! —replicó Marín, que no pudo contenerse más—. Así que la chica se lo tenía merecido.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has insinuado. —La inspectora estaba indignada—. Y pasas por alto el informe del forense. Si Pablo la asesinó a las cuatro de la madrugada, ¿qué hicieron desde las once y media hasta esa hora? Ella, toda una experta en esos menesteres, se entretuvo con Pablo casi cinco horas, a pesar de que tenía que estar en su casa como muy tarde a las dos, que es cuando termina la sesión del Acapulco. Pero claro, no le importaba porque era una mujer fatal que dominaba ese tipo de situaciones con facilidad, o creía dominarlas, según afirmas. Tenía a sus viejos en el bote. En cuanto a Pablo, que según tú era todo un machote, resultó ser un portento de imaginación, se inventó el Lolita Club y..., ¡qué casualidad!, resulta que existe.

—Vamos, Marín, no seas ingenua. Es evidente que él ya debía de conocerlo. Si hasta viene en la guía. Lo Pagán puede recorrerse a pie en quince minutos, y nadie conoce las calles mejor que los chavales. El nombre cuadra a la perfección con su historia; lo que no sabía es que se trataba de un club de chalados de la literatura. Además, ¿debo recordarte que el *rigor mortis* no es demasiado preciso para determinar la hora de la muerte? Ni siquiera el descenso de la temperatura corporal, eso de que el cadáver pierde un grado centígrado por hora, es fiable al cien por cien. Porque, vamos a ver, a mí me parece que no es lo mismo que el cuerpo esté en el agua o sobre la arena; no es lo mismo que sea de noche o de día. De manera que si el forense ha dicho entre las cuatro y las cinco, quiere decir que a Susana Montón pudieron violarla a las dos y media y asesinarla a las tres.

—Estupendo. Ya está. Solucionado. Aunque dejas de lado, intencionadamente, para que se sostengan tus conclusiones, que el club está en Santiago de la Ribera y no en Lo Pagán.

El comisario estaba encantado. Sonreía abiertamente cuando extrajo una hoja del expediente de las Salinas y la hizo chasquear en el aire.

—Bueno, antes de que os matéis... —Sin dejar de reír, miró a Juanito, que parecía tan distraído como siempre—. No afirmo que esta desaparición se encuentre relacionada con el caso de las Salinas, pero tampoco voy a descartarlo. Acaban de enviar un fax con el informe serológico —dijo De la Mata tendiéndole una fotocopia a Juanito que pasó ante las narices de Paco—. He estado hablando con el doctor

Belloc y, aunque no descarta que el chaval participara, está completamente seguro de que no fue él quien la violó. El análisis de unos pelos encontrados en el cadáver establece que el asesino en cuestión fue un varón de raza blanca, de unos setenta años aproximadamente, cuyo grupo sanguíneo coincide con el del semen. Si la huella de zapato que se encontró en la orilla es suya, debe de medir alrededor de un metro sesenta y pesar unos ochenta y cinco kilos. Los de dactiloscopia han hecho un estudio comparativo de la huella parcial encontrada en el botón de la blusa y el resultado es que no pertenece ni a Pablo, ni a Susana, ni a Silvia, ni a su madre. Esto confirma en parte la historia de Pablo, aunque no niego que pueda formar parte del mismo grupo al que pertenece el viejo. Me parece improbable, pero admisible. En cualquier caso, han pasado cuarenta y ocho horas desde su detención y, como no podremos retenerle sin cargos más que otras veinticuatro horas, el fiscal de corrección del Tribunal de Menores lo pondrá en libertad mañana a primera hora, bajo la custodia de sus padres.

—Podría haberlo dicho antes, ¿no? —El rostro de Garrido mostraba contrariedad.

—Me gusta ver cómo se desenvuelve el Grupo.

—Pero he quedado como un gilipollas.

—De ninguna manera. ¿Cómo llevas lo tuyo, Paco?

—Parece que el Galeote es sólo un lugar de contacto.

—¿No pasan allí la cocaína?

—Dentro sólo se trafica con pastillas y *speed*; los chavales suelen repostar el viernes y el sábado para irse de marcha. Por los alrededores pululan unos cuantos camellos a los que puedes pillar unos gramos de costo, siempre en pequeñas cantidades. Pero únicamente en la calle.

—¿Cierran a su hora?

—Parece que cierran, pero siguen allí. Un golpecito en la puerta y te dejan pasar, compras y te largas.

—¿Y para la coca?

—Tienen que conocerte de antemano. Parece que el perico lo consiguen de un revendedor al que le llega de rebote por un contacto del propio traficante. Creo que lo cortan y preparan las papelinas en otro lugar, pero aún no he conseguido averiguar dónde.

—Solicita al juez de instrucción una orden de registro para el sábado, que es cuando habrá más movimiento. Detienes al dueño y precintas el local. Le tomamos declaración en comisaría y si no le sacamos lo de la coca lo empapelamos por las pastillas. Punto. Caso cerrado. Quiero un par de zetas apoyando la operación y que te acompañe Juanito.

—Pero...

—A cambio tú le ayudas a él.

—¿Con lo de las niñas? —La sonrisa se le congeló en la boca—. ¿Me pasa a mí el caso?

—No.

—¿Voy a ser su ayudante?

Paco miró al comisario como si le viera por primera vez en su vida; bajo el pómulo izquierdo, el corte que se había producido al afeitarse daba más protagonismo a su nariz y le hacía parecer el malo de la película. Conteniendo el aliento, Juanito se echó hacia atrás en su silla.

—¿He dicho yo eso? ¿Acaso he dicho yo que Paco Garrido vaya a ser el esclavo de Juanito Proaza? —Mirando a los allí reunidos, hizo un amplio gesto con los brazos al más puro estilo De Niro—. Él lleva su caso y tú tienes el tuyo. Se trata de un simple intercambio de favores, en el que Juanito va a salir beneficiado. ¿Marín tiene su caso resuelto? No. ¿Utrero y Barba han terminado con el suyo? No. Hasta que llegue el sábado, en lugar de andar tocándote los huevos, le prestas tu experiencia al muchacho y él te da cobertura con esa pinta que tiene sin necesidad de disfrazarse. Un trato justo. Tú consultas los archivos de desaparecidos y él se recrea con las fichas de pederastas, así todos os divertís. Marín, ¿hay novedades?

—Más o menos como ayer.

—Utrero, Barba.

—Todo está en el informe.

—Oye, Marcelino —le había llamado Marcelino—, me he enterado de que estás preparando las oposiciones para comisario.

—Es cierto —contestó con su habitual parquedad, haciendo un recorrido por los rostros de los inspectores para ver si podía detectar alguna risa contenida o algún gesto inoportuno.

—Si necesitas algo, cualquier cosa que se te ocurra, no dudes en pedírmelo.

—Gracias, eso haré.

—Bien. No quiero que abandonéis lo vuestro, pero abrid bien los ojos con el caso de Alicia. El fiscal jefe del Tribunal Superior de Justicia me ha llamado esta mañana y me ha pedido que le dé prioridad. Esta madrugada, dos helicópteros de la Academia General del Aire con cámara de infrarrojos y otro de la Guardia Civil sobrevolaron la zona; se ha reforzado la dotación de zetas y hay un equipo preparado para recoger e investigar el aluvión de llamadas que tendremos que atender, porque se han emitido mensajes radiofónicos y los padres ya han iniciado la semaforización de la zona. El ayuntamiento de Santiago de la Ribera ha organizado con los vecinos cuadrillas de búsqueda y ha enviado carteles con la foto de la niña a las gasolineras y a las empresas de transporte, para que los camioneros los distribuyan a lo largo de sus rutas. Si no obtenemos resultados de inmediato, es posible que manden un grupo de especialistas del Cuerpo que retomarían el caso a partir de cero y nos harían sentir como si fuéramos unos inútiles. El capitán Soller de la Guardia Civil ya ha sugerido que la UCO estaría dispuesta a echarnos una mano, de manera que en marcha. En cuanto a los periodistas, no quiero que hagáis declaraciones de ningún tipo. El gabinete de prensa está para eso. Si os veis obligados a hacer algún comentario, no digáis ni una sola palabra que no se encuentre en este comunicado.

El comisario dejó sobre la mesa las copias del comunicado de prensa, recogió los informes de los inspectores y, sin detenerse a leerlos, se marchó de la sala.

Juanito llevaba más de una hora examinando fichas de pederastas sin demasiado entusiasmo. Aunque pensaba de vez en cuando que aquello carecía de sentido, sabía que el trabajo policial consiste en gran medida en recoger y examinar información. Al fin y al cabo un interrogatorio es recabar datos, y el informe diario no es otra cosa que valorar y procesar esos mismos datos. Los comunicados de la Interpol, «Confidencial para uso exclusivo de la policía y de las autoridades judiciales», la ortopédica prosa oficial y las malas fotografías le tenían mareado. Ante sus ojos bailaban las mismas frases leídas cientos de veces. Con desgana, Juanito empezó a hojear el álbum de fotos de los procesados por delitos sexuales, caras y más caras, de frente, de perfil y en diagonal, sin dejar de pensar en el hombre del Mercedes, el asesino que, tal vez en esos mismos momentos, se encontraba observando tranquilamente a las niñas que pasaban por su lado, seleccionando, eligiendo, excitándose con el recuerdo y las expectativas futuras. En las playas, en los parques, en las cercanías de los colegios, las niñas dotaban de emoción y sentido a su vida; el jaleo de sus gritos, su desbordante alegría, su exuberante vitalidad aliviaban el vacío de su existencia y le servían de alimento.

Juanito miró el reloj. Mosqueado, se levantó de la silla y fue a buscar a Paco Garrido.

Encontró a su compañero en la cafetería fumando un cigarrillo junto a la ventana, con una cerveza en la mano. Cuando vio que se dirigía hacia él, levantó el vaso y le guiñó un ojo.

—¿Has descubierto algo? —le preguntó Juanito sin intentar disimular su mal humor.

—Te veo un poco tenso. ¿No tomas nada?

—Lo que pasa es que yo creía que teníamos un trabajo.

—Ah, se trata de eso. —Sin dejar de sonreír, Paco le dio una calada al cigarrillo —. No sé si te has dado cuenta de que tú y yo somos muy diferentes.

—Eso no hace falta que lo jures.

—Me parece que ignoras que hay una cosa que se llama profesionalidad y otra experiencia. Yo no dudo de que tú poseas la primera que con el paso del tiempo hasta es posible que te lleve a la segunda. Pero, ahora mismo, la diferencia más evidente entre nosotros es que mientras que yo estoy aquí satisfecho tomándome una cerveza, tú estás de mala leche.

—Llevo más de una hora revisando las fichas de esos babosos y no he sacado nada en claro. Si en lugar de andar buscándote por toda la comisaría hubiera

escarbado en los archivos de desaparecidos, seguro que habría encontrado algo.

—¿Piensas que De la Mata nos ha asignado las tareas a voleo?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que el comisario ha querido que veas las fotografías de esos viciosos para que compruebes que en apariencia son gente normal, que no parecen demonios y que en su mirada no suele haber nada que los identifique o los delate. Lo ha hecho así para que aprendas algo. —Juanito no le contestó—. Por si te interesa saberlo, yo he hecho los deberes y he encontrado algunas cosas interesantes.

Entonces Juanito se dio cuenta de que sobre la mesa había una carpeta marrón que Garrido tomó entre sus manos y abrió bruscamente, haciendo que el papel restallara. Lo que más le incomodó fue que Paco no sonreía.

—Pues tú dirás —dijo con un hilo de voz.

—En lo que va de año han desaparecido en España ciento dieciséis niños de los que no se sabe nada.

—Dos cada semana.

—Eso es una tontería.

—¿Cómo dices? —Juanito revisó mentalmente la operación y comprobó que no se había equivocado.

—Que esto no es la academia y ese dato ahora es totalmente irrelevante. Es más, hallar la media puede hacer que te hagas una falsa idea de lo que está sucediendo ahora, porque en una semana pueden desaparecer diez o quince niños mientras que en otras no pasa absolutamente nada. Ni siquiera tiene ninguna utilidad hallar la media entre las comunidades, porque en Levante nos salimos. —Un traguito de cerveza—. He revisado los últimos dos meses y las niñas desaparecidas en la región de Murcia con edades comprendidas entre los ocho y los catorce años suman un total de nueve.

Juanito estuvo a punto de decir que superaban la media pero se contuvo en el último momento. En lugar de eso dijo:

—¿Nueve?

Paco hizo como que no le había oído.

—De las nueve, tres fueron encontradas muertas y una de ellas, de ocho años, regresó sola a su casa en Los Belones, aterrorizada, y no ha vuelto a decir ni mu desde aquel día; no hay modo de sacarle nada, cierra los ojos y se tapa los oídos con ambas manos cuando alguien le pregunta sobre el tema. De las cinco restantes no se sabe absolutamente nada.

«Absolutamente nada». Juanito se preguntó adónde iban a parar los niños perdidos, esos niños que desaparecen para siempre de la faz de la tierra, de todos los lugares excepto de la memoria atormentada de sus padres. ¿Qué hacen con ellos, antes de que el olvido los cubra para quedar convertidos en una noticia fugaz, en un horror sugerido, en un torrente de lágrimas?

—¿Dónde se encontraron los cadáveres?

—Uno en Murcia, trece años, acuchillada en las cercanías de la discoteca Roché;

la segunda niña, de nueve años, apareció muerta en el servicio de la gasolinera de La Puebla, sin ropa interior y estrangulada; a la tercera la violaron y abandonaron el cadáver en una alcantarilla de Torre Pacheco, donde las ratas dieron buena cuenta de ella; tenía diez años.

—¿Y las otras?

—En La Unión, Pozo Estrecho, Lo Romero, Sucina y Balsicas. También he encontrado esto. —Paco le entregó la fotocopia de un recorte de periódico.

Después de leer el titular, Juanito le preguntó:

—Un profesor al que despiden porque toqueteaba a los niños. ¿Te parece que tiene algo que ver?

—No lo sé. —Mirada oblicua de Paco—. ¿Qué piensas hacer?

—Lo primero, ir a ver a Luzón. —Dejó la fotocopia sobre la carpeta y se frotó los ojos.

—¿Tienes alguna idea de lo que estás buscando?

—¿Te refieres a si estoy buscando a un psicópata o a un negociante sin escrúpulos?

—Más o menos.

En la facultad de derecho, donde se graduó en criminología, había aprendido que el psicópata se caracteriza por la crueldad desde la infancia con los débiles, la falta de proyectos personales y la ausencia de sentimiento de culpa, una carencia que no entraña el desconocimiento del bien y del mal, y que suele conllevar un componente sexual a la violencia. No imaginaba a su hombre con el perfil del criminal retrasado, impulsivo e infanticida violento, tal y como lo describe la victimología más reciente, un tipo raro al margen de la sociedad, que actúa inesperadamente en cuestión de segundos donde le pilla, con frecuencia a plena luz del día y con extrema brutalidad. El asesinato de Susana no era así, porque había procedido con inteligencia, eligiendo el momento que más le convenía y manipulando algunas de las pistas que él habría malinterpretado de no haber sido por Luzón.

—Cuando tenga el informe de la autopsia de esa chica de Torre Pacheco te contestaré, pero ahora mismo me inclino por lo segundo.

—La Secretaría General de Instituciones Penitenciarias me ha facilitado unos datos interesantes. Los jueces de vigilancia tienen concedido en Murcia veintiocho permisos a presos considerados peligrosos, tres de ellos violadores. En estos momentos todos se encuentran localizables, a excepción de uno que tiene una requisitoria de busca porque no ha regresado a la cárcel. —Garrido extrajo de la carpeta una fotografía en papel térmico y se la tendió a Juanito—. Curiosamente se trata de un violador con una condena de treinta años, de manera que podríamos empezar por ahí.

La imagen del violador estaba muy contrastada. Se trataba de un hombre de unos treinta años, con los ojos muy abiertos y cara de espanto, estaba despeinado y el bigote le daba cierto aspecto de falsa madurez.

—¿Vamos a salir a la calle a buscarle?

—Podemos ir al juzgado a echar un vistazo al acta del interrogatorio incluida en el sumario... Para ver cómo suele actuar.

—¿Por si hay coincidencias?

—Claro.

—Y cuando hagamos eso, ¿salimos a la calle a buscarle?

—¡Qué pesado! Si te parece ponemos un anuncio.

—Lo digo porque supongo que esta fotografía y la requisitoria de busca ya habrán sido distribuidas entre la Guardia Civil y la policía local.

—¿Y qué?

—Pues que si ellos ya patrullan las calles, ¿para qué vamos a hacerlo nosotros? Si consiguen localizarlo podremos interrogarle, pero estoy convencido de que sería una pérdida de tiempo.

—Entonces, creo que debería ir al colegio a investigar lo del profesor.

—¿De verdad crees que puede haber una relación?

—No tengo ni idea. Pero si lo dejamos pasar nunca saldremos de dudas. Además, hasta el sábado por la noche no tengo otra cosa mejor que hacer.

Juanito recordó entonces que mientras revisaba las fichas de pederastas, le había llamado la atención que la profesión de la mayoría de estos hombres los hacía estar en contacto con niños o jóvenes: directores de residencias, profesores, monitores de educación física o militares, casi todos mayores de cuarenta años, casados y con hijos.

—Oye, Paco...

—¿Qué pasa?

—Pues que quiero que sepas que yo no le he pedido al comisario que me ayudaras.

—Venga, Juanito, eso ya lo sé.

—Y perdona por lo de antes.

—No tiene importancia. —La sonrisa de Garrido apareció de nuevo.

Salieron juntos del edificio de la comisaría, los dos hacia el aparcamiento. Juanito Proaza enfiló la calle Menéndez Pelayo hacia el Instituto de Medicina Legal, mientras que Paco Garrido circulaba en dirección prohibida el corto trecho que lo separaba de la gasolinera de la plaza de España. Después de repostar y comprar tabaco se dirigió a Lo Pagán, al colegio público Nuestra Señora del Mar.

A doscientos metros de ese mismo colegio, sentado con una tónica en la mano, un hombre contemplaba a la chiquilla que en poco más de un suspiro se había convertido en una preadolescente repleta de enigmas, de hechizantes movimientos y suaves olores. Sonriendo, levantó el vaso y un ligero temblor hizo que los cubitos de hielo tintinearan y las burbujas se elevaran en la transparencia metálica de la tónica.

Mientras bebía, se preguntó cuánto tardaría en convertirse en exniña y dejar de tener sentido para él. Con toda seguridad el próximo verano ya no le interesaría. Qué fugaz era la belleza: trece, catorce años, ese era el límite. El gran Nabokov así lo afirmaba. Lo sacó de sus ensoñaciones el peculiar comportamiento de una mujer. Había algo extraño en su manera torpe de andar, en la forma soñolienta e inquieta que tenía de mirar cuanto la rodeaba. Parecía buscar algo con su semblante triste y sus ojos velados por el cansancio. Conocía a esa mujer, que sin sospecharlo le había hecho ganar un montón de dinero esa madrugada por haber dado a luz a una niña doce años atrás. Una lolita, según la terminología de internet de la que había pasado a formar parte, que seguiría proporcionándole numerosos dividendos. Si no reparó en él era porque no se encontraba en el lugar al que ella lo tenía asociado, y porque su retina y su cerebro estaban conectados con exclusividad a una idea fija, una imagen perdida ya para siempre, aunque ella aún no lo sabía.

Conteniendo las lágrimas, sacó de su bolso una fotocopia con la imagen de su hija sonriendo, la colocó sobre el poste de un semáforo y, arrancando con los dientes una tira de papel celo, la pegó con enfermizo esmero.

El profesor de música

Una vez que habló con Luzón, Juanito fue a Santiago de la Ribera, para tomarles declaración a los padres de Alicia y a sus amigos, de los que no sacó absolutamente nada. Cuando entró en la habitación de la niña, observó que no se parecía en nada a la de Susana. Era un año menor que esta y todavía dominaban los elementos infantiles: muebles blancos, cortinas de color rosa y ropa de cama en tonos pastel. La decoración de las paredes estaba compuesta por un póster de *Harry Potter* de ojos espantados tras sus gafas de empollón, amenazándote con su varita de saúco, otro de *Piratas del Caribe*, un mapamundi, y numerosas fotografías de Orlando Bloom recortadas de las revistas. Sobre la mesita de noche, dos cuadros enmarcados de esponjosos gatitos. Todo se encontraba ordenado y colocado con gusto, todo combinaba perfectamente. Dos niñas diferentes con el único elemento en común de que ambas habían desaparecido de noche. Y de que eran niñas. Intentó dar con el portero del cine, sin resultado. Se montó en su Opel Corsa y cuando ya estaba llegando a Cartagena, recibió una llamada de Paco.

—Oye, Juanito, ¿te parece que comamos unos sándwiches en la comisaría mientras le echamos un vistazo a la cinta?

—¿Qué cinta?

—Después de salir del colegio, aprovechando que me encontraba en Lo Pagán, he pasado por la CAM y he requisado la cinta de vídeo.

—Ah, estupendo. ¿Has averiguado algo en el colegio?

—Poca cosa. Ya te contaré, ¿vale? Nos vemos en la sala del Grupo.

Nada más colgar, el móvil sonó de nuevo.

—¡Inspector Proaza! —El tono gritón y jovial del forense le hizo sonreír—. Tengo novedades.

—Pues usted dirá.

—La autopsia de Elena del Moral, esa chica de Torre Pacheco, la practicó mi colega Borg de la Mora. Estudiamos juntos en la Facultad de Medicina de Murcia y desde que nos licenciemos no había vuelto a hablar con él. Menudo bribón está hecho.

—¿Debo suponer que ha encontrado algo interesante?

—Es muy perspicaz, sí señor —se burló—. Poco después de irse usted he recibido por fax una copia del informe. Encontraron a la niña en el pozo de una alcantarilla. Tenía el cuello roto y todo el cuerpo mordisqueado por las ratas. Como la tapa de la alcantarilla estaba partida, a mi colega no se le ocurrió que podía no tratarse de un accidente, hasta que descubrió algo extraño. Escuche, cito textualmente: «... Vacío ya de líquidos, tejidos y órganos, tenemos un esqueleto cubierto con la piel y restos de barro. La carne se encuentra descompuesta a

consecuencia de la humedad, que ha intensificado el proceso tras más de cincuenta días en contacto con el aire de la alcantarilla. Los restos ya no despiden el profundo olor que caracteriza a un cadáver que ha entrado en fase de putrefacción...».

—Oiga, Luzón, eso parece una novela de Stephen King.

—No se impaciente, hombre. Siempre dejo para el final lo más interesante, como en el cine. Agárrese, que ahí va: «No obstante, aparecen unas profundas hendiduras en la espalda, que nos inducen a asegurar que la causa de la muerte no se debe a un accidente, sino a las heridas producidas a la altura de los omoplatos, que fueron atravesados por un instrumento afilado y que le produjeron la perforación de ambos pulmones». —Silencio dramático—. ¿Qué le parece? ¿Le suena de algo?

—¡Joooder! —Juanito resopló.

—Eso mismo dije yo.

—¿No me irá a decir ahora que presenta unos cortes en las muñecas similares a los de Susana Montón?

—¿Necesita que le diga eso? Pues no se lo voy a decir porque los tendones debieron de resultarles a las ratas muy apetecibles, y de los brazos no dejaron más que los huesos, pero me parece que los dos cadáveres se encuentran relacionados sin ninguna duda.

—¿Y las otras dos niñas?

—La de La Puebla y la de la discoteca Roché son dos casos distintos. Yo que usted los descartaba.

—Está bien. Muchas gracias, Luzón.

—De nada, hombre. —Una tos suave—. Pero eso no es todo. Ya sabemos que la pluma que apareció en el cadáver de Susana no era de gaviota.

—No me irá a decir que es de avestruz.

—Casi, casi. —Silencio expectante, redoble de tambores y cuando Juanito ya estaba a punto de comerse las uñas, Luzón prosiguió—: Es una pluma de cisne.

—¿Quién puede tener cisnes por aquí?

—Eso ahora es cosa suya.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—¿Le parece poco? —El forense colgó, aunque antes le oyó murmurar—: Joder con el tío, nunca está satisfecho...

En el aparcamiento de la comisaría se encontraba el Ibiza blanco de Paco. Subió la escalera de dos en dos y, al pasar junto al despacho del comisario, Rosa le hizo un gesto significativo, señalando la puerta de la que salían voces airadas, algo así como el estruendo de una tormenta. De la Mata se encontraba de espaldas hablando por teléfono, y Juanito se encogió de hombros, haciendo un gesto de complicidad a la secretaria, para indicarle que él no se encontraba ahí en esos momentos. Precipitadamente se coló en la sala del Grupo, donde sorprendió a Garrido con el

mando del vídeo en una mano y un cigarrillo en la otra. Sobre la mesa había tres sándwiches, dos latas de cerveza, una de ellas vacía, y unos envoltorios arrugados.

—Como tardabas, ya me he comido los míos. Mira esto, Juanito.

La pantalla mostraba en tonos azules el vestíbulo desierto de la CAM; más allá de la puerta, una mancha negra se deslizó por la calzada desde la izquierda y desapareció por la derecha. El indicador digital de la cámara marcaba las 00.52.

—No es una calle muy transitada. Pasaron nueve coches delante de la cámara entre las doce y cuarto y la una de la madrugada, pero este es el único que se ajusta a la descripción.

—No se ve la marca. —Juanito cogió un sándwich, le quitó el envoltorio y empezó a comer.

—Espera. —Paco rebobinó la cinta y pulsando la tecla de la marcha lenta fue pasando las imágenes una a una, hasta que quedó a la vista la parte desenfocada de la rueda del automóvil—. Observa la llanta.

—Yo no veo nada. —La pantalla empezó a parpadear.

—¿En el circulito del centro de la cámara, no ves como unas aspas?

—Bueno, tal vez. ¿Puedes estabilizar la imagen?

—Lo que pasa es que esta cinta han debido de regrabarla cientos de veces. ¿Acaso no saben que ya se ha descubierto el CD? —Paco mantuvo pulsado el *autotracking* hasta que desaparecieron las líneas horizontales de interferencias—. A mí me recuerda el distintivo de un Mercedes.

—Pero eso no nos vale de nada, Paco. También puede ser de un Audi, un Opel o cualquier otro.

—Nos sirve a nosotros si es que vamos a tragarnos la historia que cuenta el chaval.

—¿Es que has decidido creerle?

—Al fin y al cabo ha acertado con el nombre del club, y con el coche grande y oscuro que pasa más o menos a la hora que dice.

—Binio, el portero de *pub*, dijo que vio a Pablo y a Susana más o menos a esa hora y el forense acaba de confirmarme que a la chica de Torre Pacheco se la ha cargado el mismo tío.

—Así que por un lado tenemos un coche que puede ser un Mercedes, un viejo elegante de unos setenta y tantos años y el Lolita Club, y por el otro dos asesinatos y una desaparición que podría ser el tercero. —Juanito empezó con el segundo sándwich—. ¿No te tomas la cerveza?

—No bebo alcohol.

—Entonces me la bebo yo. —Garrido sonrió, levantando ambas cejas.

—Me parece muy bien. ¿Qué has averiguado en el colegio?

—Pues que al profesor de música se le iba la mano con los niños. La nueva profesora me dijo que no fue nada serio, algunos toqueteos perfectamente justificables.

—¿Toqueteos justificables?

—Parece que una madre se quejó porque el profesor tocó a su niña aquí en la barriga, por debajo del ombligo.

—Y eso es normal, claro.

—Lo que importa no es dónde se toca, sino la intención. Hay un tipo de respiración diafragmática utilizada en canto que es necesario señalar palpando para que los niños la entiendan. Eso al menos es lo que me ha dicho la profesora, que parecía indignada por el trato que dieron a su predecesor y, en general, por el que suelen recibir los profesores especialistas.

—Entonces ¿por qué le echaron?

—El director del centro reunió al Consejo Escolar y, puesto que nada pudieron probar, amonestaron verbalmente al profesor para guardar las apariencias. Pero a la madre eso no le pareció suficiente, de manera que interpuso una denuncia ante la Inspección Provincial.

—¿Y...?

—Pues que la buena mujer lo fue contando a los cuatro vientos. Eso hizo que los demás padres se alertaran, que era justo lo que trataba de evitar la dirección del colegio. «¿Qué pasa con el profesor de música? ¿Que le han abierto un expediente por tocar a los niños? ¿Que ese tipo está tocando a mi hija?». Ya puedes imaginarte. Mientras se hacían las correspondientes averiguaciones los ánimos se fueron caldeando, con los padres manifestándose y armando jaleo en las puertas del colegio. Tuvo lugar la primera audiencia, declaración de los hechos, declaraciones de testigos, y algunos de sus alumnos fueron llamados a testificar. El hecho de que el do grave y el fa sostenido sean dos notas que encierran cierta dificultad para los niños no le ayudó demasiado: con sus manitas apenas son capaces de tapar todos los agujeros de la flauta, de manera que él debía ayudarlos de vez en cuando situándose detrás y eso fue lo que contaron.

—¿Y el profesor no se defendió?

—Hubo una propuesta provisional de sanción y el profesor recurrió, pero la segunda propuesta ya fue definitiva y la sanción la hizo firme el director provincial de Educación: inhabilitación sin sueldo durante cinco años. Lo que sucede es que al hombre le faltaban tres años para jubilarse y le denegaron la jubilación anticipada, todo eso al parecer para que los padres se enteraran de que se hacía justicia. Una faena, porque a partir de ese momento tendría que vivir de sus ahorros si es que los tenía.

—¿Y todo eso para que los padres se tranquilizaran?

—Podrían haberle expulsado, pero no todo el mundo estaba contra él. —Garrido tenía en la mano la fotocopia de un pequeño artículo aparecido en la portada del *Pinatar Actualidad*—. Parece que ese profesor es una eminencia en lo suyo. Escucha:

Solidaridad con el profesor despedido en el colegio Nuestra Señora del Mar. Se han recibido numerosas muestras de solidaridad y comprensión en nuestra redacción hacia el profesor injustamente

sancionado. Padres de alumnos y compañeros del centro coinciden en la gran labor realizada por don Alfredo Seler durante los diecinueve años que ha estado impartiendo clases en ese centro...

—¿Has dicho Alfredo Seler?

—¿Qué pasa? ¿Le conoces?

—¿Que si le conozco? Ese tipo es socio del Lolita Club.

—Qué coincidencia, ¿no?

—Pues qué quieres que te diga. A lo mejor, hasta tiene un Mercedes.

Garrido consultó su reloj.

—¿Por qué no vamos a ese club y se lo preguntamos?

Paco Garrido no tenía un buen concepto de la literatura. Los escritores le habían robado a sus padres, excelentes lectores, que habían pasado la mayor parte de sus vidas escondidos tras los libros, dejando que la insulsa realidad quedara en un segundo plano. Nunca le habían prestado demasiada atención, porque los personajes de ficción eran mucho más interesantes y originales que su hijo, que lo único singular que hizo en toda su vida fue hacerse policía. Juanito, en cambio, le debía a la literatura numerosas satisfacciones y fue un extraordinario proveedor de libros en el hogar. Cuando Raymond Chandler comenzó a hacerse dueño de las estanterías, no tuvo que desplazar a ningún autor, de manera que Jim Tompson, Andreu Martín, Thomas Harris y Patricia D. Cornwell fueron acomodándose sin ningún problema, ocupando todos los huecos que fue capaz de encontrar. A su padre eso le parecía una estupidez. A pesar de que nunca había leído nada más sustancioso que las crónicas deportivas, despreciaba el género policíaco, una irremediable pérdida de tiempo para un chico tan joven, que debería estar metiendo mano a las chicas en lugar de dejarse los ojos con esas memeces. Su hijo leía con ansia, estudiaba con ansia y veía los documentales de la tele con ansia, porque, aunque no era un lumbreras, aprender cosas le producía una curiosa satisfacción. Su madre, por el contrario, disfrutaba viéndolo en el sofá con la boca abierta, concentrado en las páginas de su novela. Sentía que era algo digno de admiración, tal vez porque ella se veía limitada a hojear las revistas para mirar las fotos, imaginando lo que decían los titulares. Cuando había algo que le interesaba de verdad, le pedía a Juanito que se lo leyera.

Entraron en el Lolita Club y Garrido experimentó automáticamente un fuerte rechazo por ese ambiente refinado y artificial. Edgar Allan Poe los acompañó hasta el despacho del señor Laíz, que los recibió alborozado, como si el hecho de que dos policías visitaran el club fuera el acontecimiento social del año.

—Que yo sepa no. —El presidente les ofreció un cigarrillo que ninguno aceptó—. Alfredo Seler nunca ha tenido coche.

—¿Algún miembro del club es dueño de un Mercedes?

Álvaro Laíz se estrujó la nariz, dando a entender que toda la información relacionada con el tema se encontraba en esa facción prominente de su rostro.

—Si no recuerdo mal, el único que disfruta de un coche de esas características es don Cristóbal Galés: un Audi V6.

—¿Ningún Mercedes?

—Pues no.

—¿Está seguro?

—Naturalmente.

—¿Conoce los coches de todos los socios? —Paco hizo gala de su sonrisa más cínica.

—Tengo una memoria prodigiosa, y podría decirle sin ninguna duda el coche que posee cada uno. —Desafiante, el presidente adoptó la pose de un concursante televisivo.

—Buscamos un coche grande —intervino Juanito—. Podría ser un Audi, un BMW o un Volvo.

—¿Tal vez el coche del asesino? —El chico listo de la memoria prodigiosa estuvo a punto de darle un codazo de complicidad a Juanito, pero la mirada encendida de Garrido le contuvo—. Don Ignacio Bonilla es dueño de un BMW rojo, pero se trata de un deportivo que compró de segunda mano el pasado año; Ernesto Boada tiene un Seat Exeo azul y Santiago Torrices, un Volkswagen Passat plateado. El resto son coches pequeños. Ningún Volvo, Jaguar, Rolls-Royce, Porsche o Lamborghini.

De nuevo Garrido tomó la iniciativa:

—Ese Audi del que ha hablado antes ¿de qué color es?

—¿No estará sospechando de don Cristóbal Galés?

—No me ha contestado. —A Paco le estaban entrando unas ganas terribles de utilizar la consabida brutalidad policial.

—Lo digo porque el pobre don Cristóbal apenas puede moverse.

—¿Y cómo conduce su maravilloso Audi?

—No lo hace él, sino su chófer.

—¿Que se llama...?

—Rosendo Carulla.

—Está bien, señor Laíz, nos ha ayudado mucho —dijo Juanito, intentando contrarrestar la brusquedad de Paco. Si su memoria no le fallaba, don Cristóbal era aquel viejecillo que en su anterior visita parecía que lo habían despanzurrado sobre el sofá.

—Llámeme Álvaro, por favor. ¿Ha empezado a leer *Lolita*?

—Aún no he tenido tiempo, pero le prometo que intentaré leerla.

—Ya verá cuánto le gusta.

—¿Podríamos hablar con Alfredo Seler? —interrumpió Garrido.

—Por supuesto. —Sin dejar de sonreír les abrió la puerta. En el descansillo, Edgar Allan Poe, que resultó llamarse Valerio, aguardaba paciente—. Valerio, los inspectores quieren ver al señor Seler.

—Pues acaba de salir en estos momentos. —En su expresión parecía haber un

deje de satisfacción al observar el gesto de fastidio de los policías—. Si se dan prisa, tal vez puedan alcanzarle.

—¿No sabrá por casualidad adónde se dirigía? —preguntó Juanito.

Fue una pregunta estúpida, de la que ya conocía la respuesta, porque, aunque Valerio lo hubiera sabido, no se lo habría dicho.

En ese momento sonó el móvil de Juanito; «Perdón», se disculpó. Era Virginia.

—Hola, poli, quiero invitarte a cenar. ¿Nos vemos luego?

—Vir, ahora no puedo hablar. Después te llamo.

En lugar de guardar el móvil, poco dispuesto a esperar el devenir de los acontecimientos, se le ocurrió una burda triquiñuela para intentar forzarlos. Caminando por el pasillo en dirección a la sala donde los integrantes del club debatían sus ocurrencias, marcó una vez más el número de Susana, con la esperanza de que el timbre del móvil sonara en la sala, cosa que no sucedió, porque eso sólo funciona en las películas cuando el guionista no está muy inspirado. Desde el umbral observó los diferentes grupos, con indiferencia, absorto en su papel de conversador abstraído. El grupo más cercano a la puerta, que no había reparado en el inspector, charlaba sobre algo que Juanito no entendió.

—... Como se disuelve rápidamente una vez inyectada en el cuerpo, Aslan le añadía una mezcla que impedía su descomposición.

—¿Quieres decir que el Gerovital H3 es un compuesto de novocaína con agentes neutralizadores?

—Ya te dije que esa técnica de rejuvenecimiento sólo era un placebo.

—¿Como la terapia celular de Niehans?

Cuando vio que Edgar Allan Poe se acercaba por el pasillo, Juanito dijo:

—Me temo que eso es todo, comisario. —Y colgó.

—Habrá podido comprobar que el señor Seler no se encuentra en la sala —sentenció el agudo conserje—. Ah, su amigo el inspector ya se ha marchado.

—Eh..., muchas gracias, Valerio, por la información.

Para no quedarse atrás, Juanito salió apresuradamente, sintiéndose ridículo al bajar los resbaladizos escalones de mármol, para comprobar que la calle se encontraba desierta. Garrido fumaba. Sin añadir ningún comentario, se colaron a toda prisa en el Corsa con la intención de rastrear las calles adyacentes.

—A mí me parece que esos imbéciles nos han echado deliberadamente del club. —Garrido no podía disimular que estaba de mal humor.

—¿Crees que Alfredo Seler se encontraba dentro?

—Estoy convencido —dijo sin dejar de mirar la presuntuosa puerta, con sus columnas, su arco, su plaquita de bronce y un lapo que evolucionaba plácidamente, sorteando los relieves del repujado. Paco escupió de nuevo, esta vez a través de la ventanilla, liberando la tensión acumulada. Nunca le habían gustado los clubes

privados; prefería los bares y los parques públicos y no dejaba de pensar en la mirada de superioridad del conserje.

—Pues en la sala no estaba.

—¿Y quién te dice que no se encontraba escondido en el servicio?

Juanito no respondió. Puso en marcha el coche y balanceó la palanca de cambios, en punto muerto, sin decidirse a arrancar.

—Creo que no había motivos para que le hablaras a Laíz de mala manera. Es un hombre agradable que en ningún momento se ha negado a colaborar, a pesar de que podría haberlo hecho.

—Perdona, pero es que no sabía que «llámeme Álvaro» y tú fuerais tan amigos. Además, no me ha dicho de qué color era el Audi.

Juanito introdujo un CD de Metallica en el lector, subió el volumen con un gesto brusco, metió la primera y aceleró.

—¿Sólo tienes esa música?

—Es la que me gusta.

—¡Qué ruidosa! ¿No tendrás algo de Sabina?

Llegaron a la avenida de Sandoval y giraron a la derecha, hacia el paseo de Colón. Al pasar junto a la parroquia de Santiago Apóstol, Juanito gritó:

—¡Ese es!

—¿Cómo dices?

—El tipo de ahí, el gordo bajito de la chaqueta azul, es Alfredo Seler.

En la acera de enfrente, contemplando el escaparate de una librería con aire distraído, se encontraba un hombre de edad avanzada, patizambo, calvo y sin bigote, luciendo una pajarita bajo la papada, a quien no parecía importarle demasiado que el sol le pegara de lleno. El músico empezó a andar, bamboleándose. Caminaba sin ninguna prisa, deteniéndose de vez en cuando a observar los escaparates. En la mano derecha llevaba un sobre acolchado.

—¡Para el coche! —Garrido empezó a abrir la puerta.

—¿Qué vas a hacer? —Ahora sabía por qué no le había hecho ninguna gracia que De la Mata se lo hubiera asignado de compañero. Decididamente no le gustaban las maneras resabiadas de Garrido, su hostilidad totalmente injustificada, jugando en todo momento al poli cínico y malo—. Oye, Paco, no le vayas a entrar, ¿eh?

—Escucha, novato, sé muy bien lo que hago. Voy a seguirle para ver adónde me lleva. Tú continúa dando vueltas y procura no perderme de vista. —Mientras salía del coche, Garrido hizo un gesto de suficiencia que consiguió que la temperatura de la sangre de Juanito subiera unos grados.

Como Alfredo Seler parecía dirigirse hacia el puerto y esa parte del paseo era peatonal, subió de nuevo por la avenida de Sandoval, giró por la calle de O'Shea y detuvo el coche en la calle del Bernal, junto a unos contenedores de basura, desde donde podía observar el paseo de Colón y disfrutar del aroma de la podredumbre. Cuando empezaba a pensar que estaba tardando demasiado, vio por el espejo

retrovisor que el músico se dirigía hacia donde él se encontraba. Puso el motor en marcha, pero Seler pareció pensárselo mejor y siguió caminando por el paseo peatonal. Juanito arrancó, se dirigió hacia la calle de Luis Federico Guirao y aparcó junto al restaurante La Gaviota, en una de las cuatro plazas que había para discapacitados. Al apearse del coche lo vio en la otra acera, a la altura del Real Club de Regatas. El músico subió trabajosamente la escalera del moderno edificio que parecía una embarcación de cemento, empujó la puerta de cristal y se coló dentro, seguido por Paco. Le pareció que ya no llevaba el sobre, pero no le dio importancia, porque Correos se encontraba en la calle por la que había pasado y podía haberlo echado en el buzón. Apenas habían pasado cinco minutos cuando el músico salió, continuó por el paseo y se metió en un *pub* llamado Dionisos. Inquieto por el hecho de que Garrido no hubiera salido entró en el club; disimuló junto al tablón de anuncios, hasta que lo vio apoyado en la barra de la cafetería con una cerveza en la mano. Se disponía a ir hacia él cuando Paco le hizo una señal para que se largara. Después de fingir que apuntaba algo en su bloc, Juanito empujó la puerta de cristal, bajó la escalera y fue directamente al *pub* Dionisos, con la intención de interrogar al músico.

Alfredo Seler se encontraba sentado en un discreto rincón. Encorvado sobre la pequeña mesa de mármol, bajo la luz mortecina de una lámpara, saboreaba con una pajita un café irlandés. Con la nariz llena de venas y el rostro arrugado salpicado de rojeces, parecía un sapo hinchado devorando su ración de grillos. Tenía sesenta y dos años, pero parecía mucho mayor. En la solapa de la chaqueta llevaba el pin. Juanito se dirigió, con la placa en la mano, hacia el reservado donde el músico intentaba pasar desapercibido sin conseguirlo.

—Inspector Proaza, de la policía de Cartagena. —Aunque el hombre levantó la vista con un sobresalto, cuando reconoció al inspector su mirada se serenó—. ¿Puedo hacerle unas preguntas, señor Seler?

—Debo confesarle que esperaba este momento —dijo con su voz de tenor.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que supongo que se encuentra aquí porque ha relacionado el asesinato de las Salinas con mi deshonroso despido. No es la primera vez que la policía me hace «unas preguntas», como usted dice.

A pesar de que intentaba sonreír no pudo evitar que la amargura se reflejara en sus ojos, de la misma manera que no podía evitar que hicieran aguas, dando la sensación de que estaba a punto de echarse a llorar.

—No es cierto aquello que se dijo. —Juanito guardó silencio—. Me gustan los niños, ¿sabe? Disfrutaba trabajando con ellos, intentando transmitirles mi amor por la música. Durante las clases veía sus caritas emocionadas y sus ojos pendientes de mí y yo era feliz. Los quería de veras, y sin embargo...

—¿Fue mal interpretado?

—Dijeron que era demasiado amable, demasiado cariñoso. Ya ve, como si ser

demasiado cariñoso fuese algo malo. —El ojo derecho del músico se contrajo con un tic nervioso—. Fue injusto y denigrante. A pesar de que soy inocente, la sensación de culpa y dolor a veces se me hace insoportable. Ahora soy y siempre seré sospechoso de abusos. Todos me miran como a un violador. Mientras que los auténticos violadores se pasean por las calles con total impunidad, usted se encuentra aquí siguiendo una pista falsa.

—Hago mi trabajo —se justificó Juanito—. Investigo, ato cabos, una cosa me conduce a la otra. Ya sabe.

—Y yo lo comprendo.

—Supongo que entenderá también la preocupación de los padres.

—Naturalmente. Soy profesor y sé que un niño es arcilla, un ángel todavía por modelar. Siempre he estado a favor de sus derechos, porque creo que los adultos estamos obligados a protegerlos y a luchar contra su indefensión. Pero también creo que no sólo importan esos pobres, pobres niños. —Alfredo Seler dio un generoso sorbo a su café irlandés—. Esos padres preocupados ¿se pararon a pensar que podían estar equivocados? Acabaron con mi vida laboral, mis clases particulares se esfumaron, mis amigos me volvieron la espalda, incluso mis familiares me hicieron el vacío. La soledad es como encontrarse en el interior de una burbuja, solo en la inmensidad de la existencia. Mientras uno se hunde dentro de sí mismo, el tiempo parece detenerse.

Juanito imaginó lo que había debido de sentir ese hombre, una persona notable dentro de la comunidad, obligado a descender a la condición de pervertido; de educador de niños a manoseador de niños. Pero igualmente podía comprender la indignación y la furia desbocada de los padres, al suponer que sus hijos habían estado en manos de un monstruo. Si el monstruo en el que habían depositado su confianza había abusado de sus chiquillos, tendría que pagar. Y la dirección del colegio no supo hacer otra cosa que aliarse con los padres.

—¿Fue entonces cuando ellos se pusieron en contacto con usted?

—¿Ellos? ¿A quiénes se refiere?

—A sus amigos del Lolita Club.

—Ah, eso. No, eso vino después, cuando superé la vergüenza y decidí salir a la calle. Un día fui al ayuntamiento de Santiago, a la Concejalía de Servicios Sociales, para hacerme el carnet de pensionista y contemplé a un montón de jubilados jugando al dominó. —Una expresión de lejanía apareció en su rostro—. Víctor Hugo afirmaba que hacerse viejo es como alquilar una casita con balcón al borde del abismo. ¿Era eso lo que me esperaba durante el resto de mi vida? No podía resignarme, incluso pensé seriamente en el suicidio. Pero, ya ve usted, me faltó valor. Empecé a frecuentar este *pub*, tal vez por la alegoría que representa su nombre, porque, según la tradición, Dionisos muere cada invierno para renacer en la primavera. Un día coincidí por casualidad con Ernesto Boada aquí, charlamos, me habló del club y eso me dio nuevas esperanzas. Recuerdo que me dijo que con esa actitud jamás llegaría a viejo.

El humor de ese hombre me sacó de las tinieblas.

—¿Eran amigos?

—Amigos, lo que se dice amigos, no. Le conocí una noche que mi nieta tuvo problemas con la tripita. Mi hija y su marido habían decidido escaparse a Murcia, al teatro, y me dejaron al cuidado de la niña, que empezó a llorar y no hubo forma de que se callara. Llamé a Urgencias y se presentó Ernesto Boada. Yo tenía puesto el *Magnificat* de Bach, porque tiene algunas arias realmente deliciosas y esperaba que eso calmara a mi nieta. Mientras el pediatra le hacía la exploración, quedé maravillado con la música. Yo estaba agradecido porque me solucionó el problema e intenté regalarle el CD, pero él se negó a aceptarlo. Charlamos de arte, de literatura..., en fin, pasamos un rato realmente agradable ya que no tenía ningún aviso en esos momentos. Un día que mi hija fue al ambulatorio con la niña, introduje el CD en un sobre y le dije que se lo entregara al pediatra. Muy atento, me llamó para darme las gracias y ya no volví a saber de él.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Hace dos años, aproximadamente.

—¿Y su encuentro en el Dionisos?

—Fue poco después de que me despidieran, durante las fiestas de Navidad.

—Qué oportuno, ¿no? —El móvil de Juanito sonó—. Disculpe un momento, por favor. —El inspector se dirigió hacia la puerta, junto a una reproducción en escayola de Hermes sosteniendo a Dionisos—. ¿Sí?

—¿Dónde estás, Juanito?

—Te lo digo si prometes que me esperarás fuera.

—¿Qué pasa, que estás con alguno de esos pedantes?

—Perdona, no te he oído bien.

—Vale, lo capto. Pero date prisa porque he conseguido algo.

—¿Qué has conseguido?

—Te jodes y esperas. ¿Dónde te busco?

—En el *pub* Dionisos.

—¿Y eso dónde está?

—Frente al club náutico.

Juanito pidió un café con leche y un irlandés para Alfredo Seler. Una mujer de uñas largas, arma a la vista y a la vez arma escondida, lo sirvió haciendo gala de su mejor sonrisa. El músico parecía más animado.

—¿Sabe usted lo que más echo de menos?

—No.

—El olor del colegio.

—¡No me diga!

—El colegio huele a tiza, madera, goma de borrar, libros y niños.

—¿Y a qué huele un niño?

—Ese es el olor más peculiar de todos, algo indefinido. A mí me sugiere una

mezcla de caramelo, colonia fresca, leche y sudor. Es el olor de la cara y del pelo, porque siempre estás un poquito más alto que ellos. Se te mete dentro y ya nunca te abandona. Pregúntele a cualquier profesor. —Alfredo Seler exhibió de nuevo su amarga sonrisa, moviendo la cabeza como un perrito de plástico sobre la bandeja trasera de un coche—. Perdone que divague. Usted no ha venido hasta aquí para que yo le haga este tipo de confidencias.

—Se equivoca. Estoy convencido de que el asesino que busco es una persona que ama a los niños.

—Seguro que bromea.

—De ninguna manera. Ese hombre los desea con tanta fuerza y pasión que está dispuesto a hacer cualquier cosa para satisfacer su deseo. Puede que los adore y, al mismo tiempo, que esté resentido con ellos o que sea incapaz de mantener una relación sentimental adulta.

—¿Como el Humbert de *Lolita*?

—O como usted, si he de serle franco, porque no he leído ese libro. —El músico intentó parecer perplejo, pero no lo consiguió. Su cuerpo se obstinaba en mandar mensajes atropellados: un picor incómodo, la saliva acumulada en la garganta, el tic en el ojo—. Ahora quiero que me cuente dónde se encontraba la noche que se cometió el asesinato.

—Era domingo, ¿verdad? La madrugada del lunes, quiero decir. —Con la mirada perdida, intentó recordar—. Estuve en el club hasta las doce, que es cuando cierra. Después vine aquí, al Dionisos, pero no puedo decirle la hora exacta en que me marché porque no miré el reloj.

—¿Vive cerca de aquí?

—En Lo Pagán.

—¿Volvió a casa en coche, se acostó y todo eso o estuvo escuchando música?

—No tengo coche. Siempre regreso dando un paseo.

—Pero sabe conducir.

—Sí, tengo carnet.

—¿Todas las noches viene al Dionisos?

—Todas no, pero esa noche sí.

—¿Y ayer también estuvo en el club?

—Sí, hasta las doce. Puede preguntarle a Valerio.

—Gracias, eso haré.

Juanito se bebió el café de un trago e hizo ademán de incorporarse.

—¿Eso es todo?

—Por el momento. Aunque es posible que necesite de nuevo su colaboración.

—A pesar de que no estoy fichado, ahora figuro en una lista de pervertidos, me han fastidiado la vida y es conveniente que siempre esté localizable, porque cuando un niño desaparece o alguien le ha molestado y no saben quién es, debo tener una coartada. ¿Sabe usted lo que le sucedió a Dionisos? —Sin esperar la respuesta del

policía continuó—: Le tendieron una trampa. Seducido por unos brillantes objetos, el pequeño avanzó hacia los Titanes, sin darse cuenta de que el monstruoso círculo le estaba envolviendo. Después, todos juntos asesinaron al niño, lo cocieron y lo devoraron.

Majestuoso, el músico se puso en pie. Intentando alcanzar el techo con su metro y medio, le ofreció una mano viscosa al policía. Juanito tenía la impresión de que el relato encerraba un misterio. Era como si ese hombre intentara decirle algo, como si supiera mucho más de lo que le había contado.

—¿Está seguro de que no tiene algo más que decirme?

—Oh, sí. Aunque los Titanes fueron los asesinos, actuaban por encargo de alguien más poderoso que ellos.

—Puede que sea verdad lo que usted me ha dicho, eso de que ha sido acusado injustamente. Creo que quiere a los niños y sospecho que usted puede ayudarles de alguna manera. —Silencio—. Este es mi teléfono. —Juanito le entregó su tarjeta—. Los auténticos pederastas actúan como los ogros, que devoran la inocencia y la ternura sólo por placer. ¿Cómo ha dicho que huele un niño? El otro día asistí a la autopsia de Susana Montón y puedo asegurarle que su cadáver no olía a caramelo, precisamente.

Coger el punto es todo un arte, es una tarea metódica que requiere cierto control si uno no quiere acabar borracho. El alcohol dota a uno de un curioso equilibrio, las cosas se ven con calma, desde cierta distancia, un alejamiento que hace que uno no se implique demasiado con lo que sucede a su alrededor. El punto es la iluminación, el camino y la meta, el momento justo, el centro del universo desde donde se contempla el irremediable devenir de las cosas. Así se sentía Garrido apoyado en la barra del chiringuito, viendo cómo Juanito se le acercaba con su careto de circunstancias cumpliendo con su deber. En cambio para Juanito, que era incapaz de percibir la parte mística del asunto y se tomaba en serio eso de estar de servicio, le parecía que Garrido bebía demasiada cerveza. Mientras le contaba su conversación con Alfredo Seler, un grupo de jóvenes charlaba ruidosamente sin dejar de reírse, compartiendo litronas. El chiringuito se encontraba envuelto por la música vibrante y melancólica de Pearl Jam.

—¿Y tú le crees?

—Ni le creo ni le dejo de creer, pero parecía sincero. ¿Qué era eso que habías conseguido?

—Tengo una llave.

—¿Qué llave?

—Antes de llegar al paseo de Cristóbal Colón, Seler se metió en un supermercado y salió sin el sobre. Después, fue al Club de Regatas, le pidió al camarero un vaso de agua, dejó intencionadamente una llave sobre el mostrador y se largó. Yo estuve un

rato observando al camarero, que al recoger el vaso vacío empezó a mirar la llave como si no comprendiera qué hacía en el mundo ese extraño objeto. Iba a dejarla sobre la caja registradora cuando se la confisqué.

—¿Qué te dijo el camarero?

—Nada.

—¿No sabía nada de nada?

—Ni siquiera conocía a Alfredo Seler.

Juanito estudió la llave que Garrido sacó del bolsillo de la camisa. Giró la bolsa hermética, la observó detenidamente por un lado y por otro, abrió la bolsa, la olió, se la devolvió y de nuevo fue a parar al bolsillo.

—Parece la llave de un buzón.

—O de una taquilla.

Fueron andando hasta el supermercado. Allí descubrieron que la llave abría una de las taquillas, donde se depositan los objetos y las bolsas que uno no puede pasar cuando va a hacer la compra. En su interior estaba el sobre que Alfredo Seler llevaba cuando salió del Lolita Club y dentro de este había un CD sin etiqueta. Bajo el calor sofocante, caminaron de regreso hacia el paseo de Cristóbal Colón en dirección al Opel Corsa de Juanito. Treinta y cinco minutos después estaban en la sala del Grupo de la comisaría de Cartagena, intentando que aquello sonara. La pantalla del equipo se iluminó con el mensaje «reading», antes de indicar que el número total de pistas era «1» y el tiempo total de reproducción «70.57.» Juanito pulsó *play*, entonces el contador empezó a correr pero no se oía nada.

—No lo entiendo.

Garrido sacó el CD, encendió el ordenador e introdujo el disco en la bandeja.

—Lo que pasa es que hemos dado por hecho que al provenir de Seler tenía que tratarse de música.

Desde el explorador de Windows comprobó que del directorio raíz del CD colgaban dieciocho subdirectorios con nombres exóticos. Al azar abrió el titulado Shirai y vieron que contenía doscientos cincuenta archivos de imágenes. Hizo doble clic sobre la imagen sh001.jpg y la pantalla mostró a una niña de ojos rasgados, sonriendo desnuda a la cámara.

—¡Es el músico...! —Juanito se rascó la perilla.

—Así que parecía sincero, ¿eh?

Clicó sobre nuevos archivos y siempre aparecía la misma niña, que no debía de tener más de ocho años: Shirai bañándose, Shirai en bragas, Shirai dormida con el camisón levantado... Lo que resultaba más inquietante era la actitud provocativa de la niña. Era evidente que la habían aleccionado, le habían dicho lo que tenía que hacer, qué postura debía adoptar y cómo debía mirar para resultar más excitante, y ella lo había hecho con esa frescura y esa alegría que tienen los niños para aprender todo tipo de cosas. Abrieron otros subdirectorios: Yunashi, Kerita, Ainhoa..., para comprobar que todos contenían el mismo tipo de fotos. Fotos artísticas producidas

para que unos hombres se deleitaran delante del ordenador, mientras otros se hinchaban a ganar dinero.

Juanito extrajo el CD. Tenía rígidos los músculos del cuello, el sudor le corría por la espalda y el corazón le latía con tanta fuerza que se llevó la mano al pecho. Ese instante que marca un antes y un después en toda investigación le había pillado desprevenido. Estaba claro que por primera vez en tres días habían dado con algo sólido, algo que parecía sostenerse sin ninguna ambigüedad. El momento en el que se vislumbra la solución del caso a menudo aparece de esa manera y te golpea y te aturde, noqueándote, sin que puedas hacer nada por evitarlo.

—¿Por qué crees que dejó la llave sobre el mostrador?

—A lo mejor tenía que recogerla alguien.

—¿Un negocio casero? —Juanito estaba nervioso.

—Aparte de sus ahorros, parece que no tiene otra fuente de ingresos.

—Creo que deberías haberte quedado vigilando la cafetería.

—Ya habló el listo —dijo Garrido—. Cuando te calmes, si te parece, vamos a ver al comisario y le enseñamos el CD.

Los dos inspectores se encontraban sentados en el despacho del comisario, escuchando cómo le gritaba al teléfono:

—Sé que tiene muchos problemas y todo eso, pero no me interesa lo que usted suponga ni lo que imagine. Necesito que me envíe cuanto antes un experto en pornografía infantil. —Mientras escuchaba lo que le contaban desde el otro lado del teléfono, De la Mata, con el puño apretado, daba golpecitos nerviosos sobre el organigrama de las zonas de búsqueda—. Pues claro que me ha llamado el delegado del gobierno, pero quiero que entienda que la vida de una niña depende de lo rápido que actuemos y me parece que este no es momento para suspicacias. —Silencio tenso mientras el comisario escuchaba, nuevos golpecitos, labios apretados—. Comprendo todo lo que me dice. ¡Buenas tardes!

De la Mata colgó el teléfono y se frotó las manos, contemplando la cianocopia del plano de Santiago de la Ribera, que había colocado sobre la pared. No era cierto que el delegado del gobierno le había llamado, pero ese tipo de faroles solía dar excelentes resultados.

—Deberíais saber que esto que hay aquí no es pornografía infantil. —Cogió el CD con el dedo pulgar y el índice, como si le repugnara, y señaló a Juanito—. Entra dentro de la categoría del erotismo blando. Aunque habéis hecho un buen trabajo, no podemos actuar contra Alfredo Seler.

Juanito se removió en su asiento.

—Pero esto demuestra...

—No demuestra nada.

—Pero...

—Lo único que demuestra es que parece que tenían razón cuando le despidieron del colegio. Tal vez pueda conseguir una orden de registro, pero mientras tanto tenéis que seguir investigando. La Guardia Civil va a enviar a un listillo de la UCO experto en el tema y quiero que mañana a primera hora estéis aquí para recibirle. Es posible que este CD pueda conducirnos a algo, de manera que no lo olvidéis. —El comisario hizo acopio de papeles y colocó el encendedor sobre el paquete de tabaco, dando a entender que la conversación había concluido—. A propósito, Garrido, ¿por qué no te quedaste vigilando la cafetería del club náutico? —Silencio—. ¿No se te ocurrió pensar que alguien podría ir a recoger la llave?

Juanito no tenía aire acondicionado en su apartamento, pero si bajaba los toldos y abría todas las ventanas, se creaba la ilusión de que podía ganarle la guerra al calor. Ese calor pegajoso y asfixiante que hace tan apetecibles las playas del mar Menor.

Después de llenar la bañera, se apretujaron dentro y devoraron la ensalada y la *pizza* marinera que Virginia había pedido por teléfono, arrullados por la música golfa de Doctor Deseo. La brisa sobre la piel que entraba por la claraboya era muchísimo mejor que el mejor de los aires acondicionados. Adónde va a parar, oiga. Y las anécdotas que ella le contaba, subidas de tono, eran historias que parecían reales, chistes encadenados con estilo y adornados con gracia, una categoría que Vir dominaba a la perfección, que hacía que a Juanito se le saltaran las lágrimas y le dolieran los abdominales, como cuando le daba la vena y entrenaba con rabia.

Después de poner perdido todo el cuarto de baño, corrieron hacia la cama, sin secarse, a jugar a sus cosas. Juegos que habían aprendido juntos en la adolescencia, en la parte trasera del coche de su padre, cuando conseguía escamoteárselo. A la luz de la luna, no muy lejos de las mismas salinas donde habían tirado a Susana como un juguete roto, había una charca de agua dulce, junto a un pinar que ya ha desaparecido. Allí habían aprendido todo lo que necesitaban saber el uno del otro, sobre la hierba, acurrucados y escondidos. Bajo esa pinada, convertida en aula de anatomía comparada, se habían hecho expertos en las transformaciones que experimentan los cuerpos cuando son debidamente estimulados, acompañados por el canto de los grillos y el discreto croar de las ranas.

La estrategia del payaso

Con su Nikon digital, el payaso recorría la playa, deteniéndose de vez en cuando para hacer algunas fotos en las áreas infantiles. Exageraba sus gestos, cuando se plantaba delante de un niño y le hacía una foto tras otra, tropezando torpemente y ejecutando forzados equilibrios para intentar no caerse. Cuando los padres se acercaban les pedía el domicilio, prometiendo enviarles una muestra sin ningún compromiso de compra y rechazando el anticipo que algunos le ofrecían. Habría sido un buen negocio de temporada si hubiera enviado las fotos, pero el payaso prefería utilizarlas como catálogo para su selecta clientela.

A esa hora de la tarde, la playa ya estaba desierta. Alba empezaba a cansarse de subir una y otra vez por el laberinto de barras azules y amarillas, fingiendo que tenía una misión muy importante, en la que salvaba a su imaginario muñeco de caer al vacío. Un muñeco que en esos momentos se encontraba en su habitación, adornando y dando calor a su solitaria almohada. Había perdido de vista a su hermano, que jugaba al balón más allá, tras la caseta de la Cruz Roja.

Observó un movimiento fugaz en el cercado multicolor del área infantil. No sintió miedo, ¿por qué habría de sentirlo?, cuando la mano del payaso la agarró y, con un gesto de complicidad, tiró de ella hasta la acera. Alba le siguió muy excitada, pensando que aquello formaba parte de un juego. Corrió emocionada por la arena, porque no tenía que imaginar a su muñeco, ya que un muñeco de verdad estaba jugando con ella. No se sorprendió en absoluto cuando el payaso se detuvo junto al camión de la lonja y se agachó hasta que sus cabezas estuvieron muy juntas. La niña sonreía, una preciosa sonrisa que se desvaneció cuando comprobó que aquel muñeco era un hombre.

—¿Eres un payaso de verdad?

—¿Acaso parezco un lirón o una liebre?

—No. Pareces un payaso. ¿Has visto a mi hermano?

—¿Tu hermano? Esa es una sorpresa, pero no puedo decirte más porque entonces dejaría de ser sorpresa.

Aquello parecía tener sentido.

—Entonces ¿eres su amigo?

—Mucho más que eso.

—¿Más que un amigo?

—Soy el payaso del circo y me he escapado antes de que empiece la función.

—¿De verdad?

—Pues claro, y sólo para venir a buscarte. ¿Ves ese coche de allí?

—Sí.

—Pues en realidad es una carroza disfrazada de coche. Cuando nos montemos en

ella oirás los relinchos de los caballos. Porque va a llevarnos al circo.

—Yo no quiero ir al circo.

—Sí que quieres, porque allí nos esperan los monos, los elefantes y un montón de delfines.

—¿Delfines?

—Tenemos una enorme piscina para que los delfines naden y todos los niños del pueblo puedan verlos y jugar con ellos.

—Pues yo no quiero ir al circo sin mi hermano.

—¡Pero es que tu hermano ya está allí! —gritó el payaso—. Vaya, acabas de estropearme la sorpresa.

Alba se removió inquieta, porque el grito del payaso la había pillado desprevenida y la había sobresaltado.

—¿Te estás haciendo pis? —La niña no contestó—. Déjame que te ayude. Es mejor que lo hagas ahora, antes de que subas al coche.

—No —respondió la pequeña—. No me estoy haciendo pis.

Pero el payaso pareció no escucharla. Con evidente mal humor iba a bajarle el pantalón del chándal cuando vio que a sus pies se estaba formando un charquito.

—¿Ves como tenía razón? —dijo el hombre sonriendo.

Eso fue lo último que vio la pequeña: una sonrisa desprovista de calor y la gigantesca mano presionando su nariz con un pañuelo que olía muy mal. Intentó abrir la boca para gritar, pero la presión del pañuelo se lo impidió. Sabía dulce y olía tan fuerte que Alba intentó aguantar la respiración sin conseguirlo. Sentía que se ahogaba, de manera que aspiró una gran bocanada que la hizo marearse. Instantáneamente perdió el sentido. Cuando se quedó dormida, la mano del hombre estaba sobre su pecho conteniendo los atropellados latidos de su pequeño corazón. Pesaba muy poco, recostada entre sus brazos. Sin apenas esfuerzo, la introdujo en una bolsa de viaje que llevaba escondida bajo la falsa barriga del disfraz, cerró la cremallera y se la cargó al hombro. Entonces se dirigió tranquilamente hacia el Mercedes negro, que se encontraba aparcado detrás del camión. Abrió el maletero y, con mucho cuidado, depositó la bolsa en su interior.

El silencio de la ardilla

Juanito salió del Anatómico Forense con la pluma de cisne en el bolsillo de la chaqueta, mascando un chicle de fresa que le había dado Luzón. Cuando le quitó el envoltorio y se lo metió en la boca, el forense le dijo que no estaba bien derrochar y que aprovechar las cosas que otros ya no necesitan es un sencillo acto de economía.

—Es como reciclar.

—¿Por qué dice eso?

—Ese chicle que usted mastica con exquisito deleite pertenecía a esa señora de ahí, a la que atropelló un coche. Después de limpiarle los vómitos y la sangre ha quedado como nuevo.

Al ver que la cara se le ponía blanca, Luzón le prometió que se trataba tan sólo de una inocente broma, una broma de forenses. Pero tuvo que enseñarle el montón de chicles de fresa que llevaba en el bolsillo de la bata para convencerle. Aun así, Juanito lo tiró a una papelera en cuanto salió a la calle, además de sacar la pluma del bolsillo para engañar a su mente, obligándola a pensar en otra cosa.

Sabía que en el Lolita Club había un taxidermista, el coronel Tapioca, porque Álvaro Laíz se lo había dicho. Después de buscar su domicilio en la lista que le había proporcionado, se dirigió hacia su casa.

El coronel vivía en el puerto de Santiago de la Ribera, en el paseo de Cristóbal Colón, la misma calle donde Juanito había estado hacía tan sólo unas horas. Era una construcción de madera, sostenida por pilotes cubiertos de bivalvos y estrellas de mar. Estaba rodeada de pequeñas embarcaciones, la mayoría de recreo, pertenecientes a la Escuela de Vela que colindaba con ella. En la puerta, sobre una piel de serpiente de dudoso gusto, había rotulado a fuego la palabra «Taxidermia».

El taller era una sala irregular, compuesta de un saloncito al que habían unido la habitación adyacente y el cuarto de baño, tras derribar las paredes que las separaban. Disponía de abundante luz, procedente de tres ventanas y una puerta acristalada que daba al mar; bajo una de ellas se encontraba una gigantesca mesa con bajorrelieves tallados representando escenas de caza; el escritorio estaba repleto de papeles desordenados, numerosos frascos, un teléfono y un microscopio; junto a la mesa había un archivador, dos sillas que no combinaban entre sí y un sofá con la tapicería llena de lamparones. En el rincón que antes había sido un cuarto de baño se encontraba el fregadero, el inodoro, la bañera y un frigorífico enorme. Las paredes estaban repletas de cabezas de animales disecados, cráneos, cornamentas y colecciones de insectos con sus etiquetas identificativas, diplomas que atestiguaban que el coronel era socio del Club de Tiro con Arco y campeón regional de esto y lo otro.

Sobre el banco de trabajo había un bastidor con tres pajaritos a los que les

sobresalía del cráneo un alambre de unos cinco centímetros; dos estaban observándose entre sí, mientras que el tercero, con las alas extendidas, parecía dispuesto a lanzarse, desde la ramita donde se encontraba, a sobrevolar el banco repleto de tijeras, alicates, punzones, rollos de bramante y multitud de utensilios cuya finalidad era un misterio para Juanito. El ambiente se encontraba saturado con una mezcla de formol, resina, alcohol de quemar, jabón arsenical, cianuro potásico, ftalato de dibutilo, alumbre y bórax, que no conseguían disimular el olor acre de la podredumbre.

—Apesta, ¿eh? —El coronel estaba trabajando sobre una ardilla a la que tenía colocada con el vientre hacia arriba y las patas extendidas. En la superficie de la tabla había dibujado el contorno del animal.

—Es un olor peculiar —respondió el inspector.

—Y usted muy diplomático —dijo sonriendo, mientras alisaba el pelo del abdomen, separándolo hacia los laterales con un pequeño cepillo—. ¿Le importa que trabaje mientras conversamos?

—En absoluto.

Cuando consiguió que le quedara una línea recta bien centrada, colocó una nueva hoja en el bisturí y cortó la piel del animal desde la punta del esternón hasta el ano.

—Este corte debe ser superficial para evitar que se abra la pared abdominal y se derramen las vísceras. —Dejó el bisturí sobre la mesa y, ayudándose con unas pinzas, empezó a separar la piel con los dedos. Cuando llegó a la altura de los miembros posteriores, quedó al descubierto la articulación del fémur con la pelvis y empezó a descarnarlo eliminando minuciosamente los residuos de carne—. Usted dirá, inspector.

—Ante todo quiero que sepa que no entiendo nada de animales y ese es, precisamente, el motivo por el que recurro a usted. —El coronel estaba tirando de las vértebras de la cola, totalmente concentrado, dijo «ajá» y Juanito prosiguió—: Hemos encontrado una pluma en el cadáver de la niña que fue asesinada en las Salinas y me gustaría conocer su opinión, señor Tapioca.

—Mi nombre es Julián Ballester —dijo sin inmutarse—. Me llaman coronel Tapioca cuando yo no estoy presente. Es un mote que utilizan para ridiculizarme.

—Perdone —se disculpó Juanito, poniéndose colorado—. No tenía ni idea...

—No se preocupe. En el club casi todos tienen mote. Seguro que a estas alturas ya le han puesto uno a usted. —El coronel sonrió—. ¿Quiere saber cómo llamamos al presidente? —Sin dejar que Juanito contestara, prosiguió—: Le llamamos Dupin, y ¿sabe usted por qué?

—Pues, la verdad, no caigo.

—Porque su secretario, ese hombre que además hace de conserje y de camarero, se parece a Edgar Allan Poe. Supongo que, siendo policía, debe de saber que Poe inventó el género policíaco con su personaje Augusto Dupin.

—Eso sí lo sabía.

Julián Ballester guardó silencio, mientras eliminaba los últimos restos de carne del interior de la piel. Cuando terminó, se rascó la nariz y miró al policía.

—Es terrible la muerte de un niño, pero más terrible aún es que su muerte no haya servido de nada. —Como buen militar, el coronel era un hombre práctico. A Juanito le acudieron a la mente todos los niños que a diario morían por un ideal, niños enviados a la guerra por un ejército o una guerrilla, muertos por la patria o en nombre de la libertad—. Tanto sufrimiento por un poco de placer. —Esto lo dijo sin levantar la vista de la ardilla, que había vuelto a acaparar su atención—. ¿Qué quiere saber?

—A qué animal pertenece.

—Si la encontraron en las Salinas, lo más probable es que se trate de una pluma de gaviota.

—Eso es lo que yo pensé —dijo sacando del bolsillo una pequeña bolsa transparente—. Pero el forense opina que es una pluma de cisne.

—Déjeme ver. —Se limpió las manos en la camisa y cogió la bolsita que le mostró el inspector—. Hummm... —La observó detenidamente arrugando la nariz—. Pues, así a simple vista, estoy por darle la razón al forense. Pero podemos asegurarnos.

Intentando disimular su cojera se dirigió hacia el escritorio y se sentó delante del microscopio. La madera del suelo crujió. Con unas pinzas extrajo la pluma de la bolsita y la situó en el soporte. Después, colocando encima un fino rectángulo de vidrio, para que ejerciera presión, empezó a examinarla.

—Yo diría que es una pluma de cisne vulgar, que no es lo mismo que decir que es una vulgar pluma de cisne, porque si algo les sobra a esos animales es elegancia y distinción. Son la aristocracia de los patos, y aunque se sentirían orgullosos si escucharan el cuento de *El patito feo*, no dejan de ser patos. Es una pluma remera de un cisne adulto. ¿Los ha visto usted volar? Son enormes e inconfundibles, con un aleteo recio y chasqueante. Pero el sonido que emiten es muy gracioso, similar al que produce una trompeta de juguete.

—¿Y en qué lugar de Murcia puede haber cisnes?

—Si usted quiere verlos deberá ir al zoológico o desplazarse a Europa central, donde abundan en los parques de algunas ciudades.

—¿Está seguro?

—Naturalmente. —Introdujo la pluma de nuevo en la bolsa y se la devolvió al policía—. Yo mismo los he visto en Lucerna. También puede ir a Bulgaria o Turquía, pero es de Australia de donde procede esta magnífica ave.

Renqueando, el coronel volvió a la mesa y reanudó su trabajo, separando la piel del lomo hasta llegar a las extremidades anteriores.

—Entonces se trata de una pluma remera.

—Eso es, la pluma del ala de un cisne —dijo cortando la articulación del húmero con unas tijeritas—. Como es una pluma muy pequeña, seguramente procederá del interior del ala, junto al omoplato.

—¿Y no es posible que sea de un cisne pequeño?

—De ninguna manera —aseveró balanceando el dedo índice—. Las crías tienen el plumón de color gris claro.

—Sus conocimientos sobre zoología me parecen extraordinarios.

—Siempre me ha gustado la caza. Para mí ha sido y es el juego definitivo. Jugar. ¿Qué otra cosa podemos hacer ante la inminencia de la muerte?

—¿Un juego, dice?

—Juegos de adulto. —Había empezado a desollar el cuello hasta la base del cráneo—. El juego no es privilegio exclusivo de los niños.

—Muy interesante. Sin embargo, hay mucha gente que no tiene tiempo para juegos.

—Tonterías. La vida social también es un juego. Un juego estúpido, pero juego al fin y al cabo. —Al llegar a los ojos empezó a trabajar con sumo cuidado para no dañar los párpados, luego continuó separando la piel hasta llegar a la nariz y los labios—. Si hacemos todo cuanto nos dicen, si seguimos al pie de la letra las reglas del juego social, la vida se vuelve previsible, porque no puedes hacer otra cosa que lo que los demás esperan de ti. Sin embargo la caza es emocionante, porque a un animal salvaje no le puedes imponer ningún tipo de normas. En la vida, como en la caza, la auténtica recompensa es el conocimiento que se adquiere y la satisfacción que provoca la lucha. Sin reglas.

—¿No le parece que exagera? Yo siempre he visto al ser humano de forma benévola, un ser social que amplía su territorio utilizando la inteligencia y su poder de persuasión.

—¿Es eso lo que cree o lo que quiere creer? —El coronel volvió la piel del revés para someterla a un baño de agua y eliminar las manchas de sangre. Cuando terminó, empezó a curtir la piel con alcohol—. No sea ingenuo, inspector. Puede parecer que somos sociables, pero lo somos en apariencia y sólo con una parte de nuestro ser, la que sabe disimular y se ocupa de la diplomacia. La otra estudia el terreno, evalúa y prepara planes de acción sin descanso. Cuando el ser humano mira, escucha y huele, lo hace con la única intención de actuar sobre lo que le rodea, con afán de dominio. Está acechando en silencio con su inteligencia, apuntalando los muros que la diplomacia no ha conseguido proteger. Es decir, se afila las uñas.

—¿Nunca nos relajamos, no nos divertimos, no amamos?

—Lo hacemos, pero sin bajar la guardia, porque la muerte nunca descansa.

—Es una filosofía interesante. ¿No será una justificación para un hombre que hace de la muerte su profesión?

—¿Esto? ¿Se refiere a esto? —dijo señalando con un dedo sanguinolento a la sacrificada ardilla—. No es más que una afición. La gente quiere tener un trofeo del animal que ha cazado, porque cuando ya está muerto, su fuerza y su vigor no son más que una imagen difusa en la memoria. —El coronel sonrió—. Esa imagen yo la recompongo y la convierto en arte.

—Debo confesarle que la caza nunca me ha interesado.

—¿Cómo puede decir eso? Usted, el cazador por excelencia, el cazador de asesinos. ¿Acaso no le enseñaron en la Academia de Policía las técnicas más sofisticadas sobre el acecho?

Juanito sonrió.

—Después de lo que me ha dicho, me cuesta imaginarlo sentado tranquilamente en el Lolita Club, charlando sobre literatura.

El coronel soltó una carcajada, mientras se limpiaba las manos con una arruinada toalla.

—Entre nosotros, tengo que confesarle que a mí *Lolita* me parece un tostón de libro; Nabokov es pesado y pedante. No me gusta ni un pelo. Sin embargo, la película de Adrian Lyne logró conmoverme, a pesar de que digan que no tiene el vigor de la novela. Prefiero a Hemingway o a London. Siempre he pensado que la literatura debe estar impregnada de vivencias. En cambio, otros opinan que eso no es más que hacer un recuento de batallitas. Para ellos, la auténtica literatura surge cuando el escritor se enfrenta a la página en blanco, sin saber lo que va a encontrar en cada recoveco de su imaginación. De esa manera resulta tan sorprendido como el lector.

—Es curioso —repuso Juanito—, yo siempre he leído para entretenerme y nunca me ha dado por analizar el placer que siento cuando disfruto de un libro. Pero entonces ¿por qué pertenece a un club literario y no se encuentra ahora mismo jugando a perseguir a un tigre?

—Esta cojera es el precio que he pagado por jugar demasiado a eso mismo, aunque para mi vergüenza no me la produjo un tigre, sino la cox de una malhumorada cebrá. —Ballester sacudió la cabeza conteniendo la risa—. Además, me gusta disfrutar de una conversación inteligente y eso no se encuentra en cualquier sitio. Allí he conocido a gente muy interesante. ¿Ha visto usted a los viejos en esas patéticas salas de fiesta, bailando ilusionados, imitando las poses y los gestos de los protagonistas de las películas románticas? Es lo más parecido que he visto a un cementerio de elefantes. —Los ojos le brillaban de excitación—. Puedo asegurarle que las fiestas que organizamos de vez en cuando en el Lolita Club no se parecen en nada a las que dan en el Imserso.

El teléfono móvil de Juanito sonó cuando estaba a punto de replicarle al coronel en defensa de los viejos, cosa que podría haber sonado incongruente, ya que ese hombre tenía setenta y un años y por lo tanto era un viejo. Rosa, la secretaria del comisario, le comunicó que había desaparecido otra niña en la playa de Villananitos.

A pesar del aviso, cuando salió al aire nocturno y aspiró la brisa del mar, la vida le pareció interesante de nuevo. Cuánto placer puede haber en algo tan sencillo como respirar aire limpio. Juanito recordó entonces los retazos de conversación que había escuchado en el Lolita Club y, consultando apresuradamente sus notas, decidió dar un

palo de ciego.

Marcó el número de Luzón.

—Con la broma del chicle olvidé comentarle algo.

—Usted dirá.

—¿Recuerda que me dijo que le habían extraído a Susana las glándulas paratiroides?

—Claro.

—¿Podría estar relacionado de alguna manera con técnicas de rejuvenecimiento?

—¡Vaya, Proaza! Me sorprende usted. —Luzón guardó silencio, dándole vueltas a la idea—. Ahora mismo no puedo decirle ni que sí ni que no, pero algo me suena. Lo que sucede es que la glándula que cuadraría mejor sería la tiroides y no su antagonista. En fin, me ha dado usted trabajo extra para esta noche.

—Lo siento.

—No, si a mí me encanta. —Soltó una carcajada que sonó como un cacareo—. Echaré una ojeada a algunas revistas y después le cuento. Con este caso suyo me lo estoy pasando realmente bien.

Montó en el Corsa y el último CD de Iron Maiden le despejó por completo. Tardó dos temas en llegar junto a Garrido, que buscaba muestras con una linterna en el lugar donde una anciana había visto el Mercedes negro. Sobre la acera, a la sombra del camión, la huella de unos zapatitos sobre un charco, que la calina vespertina casi consiguió secar, le llamó la atención.

—¿Es lo que parece?

—Exactamente. Parece lo que es.

Paco Garrido se encontraba tomando declaración a los padres de la niña: un hombre alto, de unos treinta y cinco años, abrazado a una mujer rubia que lloraba sobre su hombro.

—¿Quiere saber qué es lo que pienso? La niña estaba en el área infantil, mientras su hermano jugaba al balón con sus amigos tras esa caseta. Él dice que se asomaba de vez en cuando, pero ya sabe usted que para los chavales el tiempo corre de forma distinta que para los adultos. Yo creo que su hija se alejó de la playa y se dirigió hacia este camión, por iniciativa propia o atraída por alguien. Puede que tuviera una charla amistosa con su secuestrador o puede que no. No sé qué le diría ese hombre, pero le entró tanto miedo que se meó encima. Después, la introdujo en su coche y se la llevó, no sabemos para qué.

—¡Ay, Dios mío, no me diga eso! —La madre estaba aterrorizada y tuvo que agarrarse fuertemente a su marido, desechando la idea con movimientos nerviosos de cabeza—. ¡Ay, mi nenica!

—Señora, se lo digo porque si nos ponemos en lo peor puede que se acuerden de algo que en una situación menos grave podría pasarles desapercibido. Algo que tal

vez piensan que no tiene importancia.

—La niña tendría que haber estado contigo. —El padre solucionaba el asunto haciendo responsable a su mujer.

—Pero yo estaba preparando la cena. ¿Es que no podías hacerte cargo de tu hija, en lugar de ir al bar?

—Vaya, hombre, ahora la culpa es mía por haber estado en el bar. Oiga —dijo señalando a Paco—, también es posible que Alba esté ahora mismo perdida. Tal vez se cansó de jugar y al no ver a Rubén intentó regresar a casa.

—La policía local y la Guardia Civil están patrullando la zona y buscando minuciosamente. Lo que acabo de decirle sólo son conjeturas. Conjeturas de las que no puedo responder y de las que no me fío en absoluto. —Paco miraba al hombre con evidente mal humor—. Esta discusión, señor, no nos va a ayudar nada hasta que no tengamos una pista o cuando menos un indicio. De lo que sí estoy seguro, lo que sí puedo asegurarle es que la niña no se ha ido por ahí de copas.

—¡Le voy a dar una paliza a Rubén que se va a acordar de este día durante toda su vida!

—¡Vaya, hombre! Así que ahora le pasamos la culpa al niño. —A pesar de la diferencia de estatura que había entre los dos, Garrido le hablaba como si estuviera a punto de saltar sobre él y zampárselo de un bocado—. Usted le hace responsable por no haber vigilado debidamente a su hermana, como si la misión de los niños fuera vigilar a otros niños y mirar con recelo a los adultos, en lugar de jugar. Se equivoca, señor. Quiero que sepa que yo tengo un sobrino de la edad de su hija y me da por el culo tener que asustarle con eso de que no hable con extraños, que tenga cuidado con los desconocidos, impidiéndole que juegue como deben jugar los niños, con total despreocupación y abandono. ¡La culpa no es de su mujer ni de su hijo, si me permite que le contradiga!

—¡Oiga, no le consiento que me hable de esa manera!

El policía no tenía nada en contra de ese hombre, pero no podía soportar los malos tratos y la incompreensión contra los niños. Sabía que multitud de niños trabajaban desde los cuatro años en condiciones de esclavitud, que había niños camello, niños soldado, niños bomba, que los raptaban para extraerles los órganos y que había un lucrativo turismo sexual en el que los pederastas de todo el mundo abusaban de ellos impunemente. Los niños viven rodeados de monstruos peligrosos. Más de dos mil casos denunciados de agresión sexual por año: raptos, estupro, violaciones, incestos, prostitución... Pero esa cifra representa sólo una quinta parte de la realidad. El resto es silencio. Silencio de los delincuentes, silencio de los niños. Silencio por ignorancia, desesperación, escándalo y miedo.

—Lo que quiero que entienda es que los niños son tan inocentes y confiados que son incapaces de ver lo que se les viene encima hasta que ya es demasiado tarde. La culpa la tiene el cabrón que ha raptado a su hija mientras jugaba, totalmente ajena a sus maquinaciones. Ese hombre acechando en la sombra me enciende la sangre de tal

manera que me cuesta horrores controlarme. Vamos a encontrar a Alba, se lo aseguro, pero hay que actuar con rapidez antes de que sea demasiado tarde.

—¿Han notado algo inusual en los últimos días? —Juanito intervino para evitar que la discusión los alejara aún más de lo que importaba en esos momentos.

—¿Qué quiere decir?

—¿Con quién suele estar la niña? ¿La dejan sola muy a menudo? ¿Vuelve con alguien del colegio? Hay personas que se dedican a vigilar a los niños a los que no va a recoger nadie.

—Oiga, que nosotros cuidamos de nuestra hija.

—No lo dudo, señora.

—Del colegio siempre vuelve con Rubén, ¿no? ¡Le voy a dar una paliza! —insistió de nuevo el padre.

—¿Les hizo algún comentario de que la hubieran seguido, molestado o que la miraran insistentemente? ¿Recuerdan si les contó que había conocido a alguien? Porque me extraña que la niña no gritara. Cuando se asustan o se ven amenazados por un extraño, los niños suelen gritar, y el grito de un niño no pasa desapercibido.

—Eso es cierto —añadió Paco, que había recobrado la calma.

—¿Sugiere que es posible que conociera a quien la raptó? —preguntó la madre.

Juanito no dijo, aunque lo pensó, que el hecho de conocer a su secuestrador reducía las posibilidades de encontrarla con vida.

—¡A ver si ha sido tu padre!

—¿Ya estás otra vez?

—¿Crees que no sé que veía a la niña a mis espaldas? Sé que los martes, después del colegio, vais a su casa.

—Pues entonces no necesitaba raptarla, ¿no?

—Puede que quiera estar a solas con ella.

—Eres injusto, Juan Carlos. Sabes que mi padre adora a la niña y que jamás le haría daño.

—A lo mejor no es daño lo que quiere hacerle. Ya sabes cómo la miraba y cómo se la sentaba sobre las rodillas.

—¡Es su abuelo, imbécil! —La mujer le zarandeó—. A Alba le gusta que su abuelito le cuente cuentos. Eso que tú deberías hacer y no haces.

—¿Has olvidado lo que pasó en el colegio?

—Dices eso, porque nunca le has tragado.

—Ese hombre es un monstruo: se cargó a su mujer.

—Eso es mentira, Juan Carlos.

—Tu padre la mató.

—Fue sólo una discusión, una pelea de matrimonio.

—Fue más que eso. Estaba atontada con sus pinturas, sus cremas y sus perfumes. Cuando íbamos de visita, se movía por la casa como si desfilara en un pase de modelos, y eso a él le sacaba de quicio.

—¿Y qué?

—Tú también estabas allí. ¿Recuerdas lo que le dijo?: «Ya no eres guapa, Lucía, para qué nos vamos a engañar, ni sabes pintarte ni tienes gusto con la ropa». La pobre mujer se quedó pasmada, sin poder reaccionar —dijo dirigiéndose a Juanito—. Pero él necesitaba humillarla un poco más: «Además, te huele la boca. Así que no vayas por ahí como si todos te desearan». Se fue a la cama tambaleándose y una semana después se tomó las pastillas.

—Eres un cerdo. —La mujer lloraba—. Sabes que esa noche había bebido.

—¿Sólo esa noche?

—¡Tú también bebes, borracho!

—Un momento, oiga. —Juanito le agarró del brazo, que estaba tenso y con el puño apretado. Olía a tabaco, a sudor agrio y a vino—. ¿Qué fue lo que pasó en el colegio?

—Ah, ¿no lo sabe? —Con su media sonrisa, el hombre adoptó una pose torera—. Cuéntaselo tú. Diles que al engreído de tu padre lo echaron del colegio por toquetear a los niños.

Cuando llegaron a la casa de Alfredo Seler, lo encontraron disfrazado de payaso, colgado de la lámpara en la habitación que utilizaba de estudio. Tenía la cara amoratada, los ojos desorbitados miraban hacia el techo, como si temiera que en cualquier momento pudiera derrumbarse. A pesar de que se había ahorcado con clase, utilizando una corbata de seda con un nudo *Windsor*, su cuerpo pendía como el badajo de una campana y una mancha vulgar en la entrepierna de los pantalones minimizaba el efecto. A pesar de los *flashes*, el forense realizaba su trabajo, meticulosamente, con escrupuloso empeño y una mirada desconfiada clavada en el anclaje de la lámpara, esperando la llegada del juez para descolgar el cadáver, antes de que el techo se le viniera encima.

Mientras se inventariaba la ropa infantil y los numerosos juguetes que había por los armarios, los de la Científica husmeaban ávidamente las huellas y se repartían diminutos restos. El material fotográfico que encontraron era mucho más de lo que esperaban: fotografías de Susana Montón, de Alicia Pineda, Elena del Moral, Cristina Garcés y tantas otras que habían desaparecido en la región durante los últimos meses, cuya ropa sin duda podrían identificar los padres. El ordenador estaba repleto de desnudos infantiles: colgando del directorio raíz, había una carpeta con el nombre de «lolitas», que contenía numerosos subdirectorios de series europeas, asiáticas, latinas y americanas, ordenados por nombres. Había conversaciones internáuticas con niños, en las que el músico, haciéndose pasar por uno de ellos, *chateaba* de esas cosas que preocupan a los niños, trucos de juegos, intercambio de *craks*, pegatinas y tazos raros, buscados ávidamente para completar sus colecciones, inocentes confidencias y algunas otras cosas no tan inocentes.

En el dormitorio del músico encontraron a Alba tendida sobre la cama, atada y amordazada, rodeada de peluches. La pequeña tenía la boca abierta, la carita sudorosa y el pelo húmedo sobre la frente. Luzón le acarició un ricito rebelde y desbocado que no había querido adherirse a la piel y le pasó los dedos por los párpados, para comprobar aliviado que tan sólo estaba soñolienta, con el abandono propio de los niños. Alba gimió, intentó abrir los ojos y volvió a relajarse. Su cuerpo fue despertándose poco a poco, un dedito dio un salto, la nariz se arrugó, una larga inspiración que rompió en un suspiro y sus brazos se estiraron con el impulso de un formidable bostezo.

Después de reconocerla, el forense aseguró que la habían dormido con cloroformo, pero que no presentaba otros síntomas de violencia. Entonces, ante el desconcierto de los funcionarios, se puso a jugar con ella como un niño grande, sin importarle el ridículo. Tanto la hizo reír que la niña se echaba las manos a la barriga, dándole de vez en cuando algún manotazo para que dejara de hacer tonterías. Esa vocecilla aguda y desbocada, esa risa de campanillas fue como un bálsamo para todos. Cuando llegaron sus padres para recoger a la niña, Alba lo abrazó con tanta fuerza que el forense no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—Es usted muy cruel —sentenció Juanito, señalándole con el dedo—. Mañana va a tener agujetas en la tripita, y todos aquí sabemos quién será el único responsable.

—Ya lo sé. —Luzón se sonó la nariz—. Pero es que cuando veo una criatura tan encantadora, no puedo evitar hacer el ganso. —Hizo un gesto amplio y elevó la voz, dirigiéndose a los presentes—. ¡Por si no lo sabían, todos ustedes llevan un niño muerto en su interior!

En la papelera estaba el resguardo de alquiler de un Mercedes CLK-320, el mismo que se encontraba aparcado junto al camión, el mismo que encontraron en el garaje del edificio. El alquiler se había efectuado a través de internet con nombre falso, mediante el pago adelantado desde una cuenta en PayPal. Sobre un estante había fotografías enmarcadas de su hija y su nieta, y otras donde Alfredo Seler, sonriente, aparecía rodeado de sus alumnos. En el cajón de su escritorio, cerrado con llave, junto a la tarjeta que le dio Juanito y una Nikon digital, encontraron un *pendrive* que contenía la dirección de algunas páginas web, las contraseñas de descompresión de numerosos archivos que pululaban por la red y un documento en formato docx que resultó revelador:

Soy un hombre de sesenta y dos años y aunque toda mi vida he sido profesor de música ya estoy acabado. ¿Por qué amo a las niñas?, me pregunto a menudo. ¿Es una inclinación infernal? Yo quiero mirar sus pequeños cuerpos, deseo acariciarlos, pero resulta que en esta época ese tipo de inclinaciones están condenadas. La sociedad piensa que determinadas relaciones no son adecuadas para los niños, especialmente si estas tienen lugar con un adulto. Aunque es la opinión generalizada, yo creo que no es así. Un niño sería más feliz si le dejaran expresarse con total libertad en todas las facetas de la vida. Hace tiempo que he renunciado al deseo que siento y nunca he mantenido ningún tipo de relaciones con niñas, porque no quiero que sufran las contradicciones que provocarían en ellas la condena social y la incompreensión de los adultos. Pero ¿qué puedo hacer yo si me gusta mirarlas? Hay tanta felicidad en algo tan simple. Sólo puedo decir que nunca le he deseado mal a una niña. Ellas son como ángeles.

Lewis Carroll enamorado

La mañana del jueves, los inspectores estaban congregados en torno al ordenador. El agente Ruano, del grupo de delincuencia informática de la Guardia Civil, tenía el pelo tieso como un erizo y unos ojos parecidos a dos chinchetas negras que alguien hubiera clavado en una talla de madera. Sus ademanes eran escuetos y precisos, mientras charlaba con el comisario De la Mata, Garrido y Juanito sobre el lado oscuro de internet.

—Este material está disponible en la red desde hace varios años. En realidad es bastante antiguo. Cualquiera que esté conectado puede bajarlo a su ordenador de forma gratuita.

—¿Quiere decir que no es ilegal? —preguntó Juanito.

—Lo que hemos encontrado en el ordenador de Seler pertenece a la categoría del erotismo, a la que se dedican de forma legal numerosos fotógrafos.

—¿Con el consentimiento de los padres de los niños? —Juanito no paraba de tomar notas.

—Y con su bendición si la suma es elevada, que no suele bajar de tres mil euros al mes. Los niños son modelos y las fotos un producto artístico, ya sabe. Estos contenidos se encuentran residentes en un servidor web que vende su espacio a multitud de empresas, entre las que se encuentra la del fotógrafo que pone el material en la red. Este, a su vez, distribuye claves de usuario a sus clientes para que puedan acceder a las páginas, una especie de catálogo de fotografías y vídeos que pueden ver y adquirir por un precio estipulado. Ese es el negocio y hasta ahí todo es legal. El problema es que el servidor no conoce todo el contenido de lo que depositan en el espacio que vende y que muchos distribuidores de pornografía se les cuelan por la cara. No obstante, puede conocerse desde dónde se están realizando transferencias de material de esas características. Pero no podemos hacer nada contra los que visitan las páginas y se bajan una foto de aquí y otra de allá, sin que se dé una transacción comercial.

Como a Juanito se le quedó cara de pez, el agente Ruano creyó conveniente extenderse un poco más en sus explicaciones.

—Hace un par de años, una conocida marca de lencería lanzó una campaña que causó polémica en la red. Se trataba de ropa interior con cierto estilo, para niñas de entre cuatro y doce años, que posaban maquilladas, adornadas con bisutería y estrambóticos peinados. Nada más. Aunque algunos apuntaron que las fotografías tenían una connotación sexual.

—Pero eso es diferente, ¿no? Hay un límite que no se debe traspasar.

—Claro, claro... Pero ¿dónde se encuentra ese límite?

—En la mirada —respondió Garrido.

—Bien —cortó el comisario, que ya estaba harto de tanta ambigüedad—. Creo que ese límite nos lo marca la ley, y como no podemos perseguir las miradas y los pensamientos, nos centraremos en los hechos. El experto es usted y nosotros confiamos plenamente en su criterio. Ahora lo que necesitamos es su valoración del material confiscado.

—Sí, a eso iba. Aún no he tenido tiempo de verificar minuciosamente el contenido del ordenador de Alfredo Seler, pero puedo adelantarles que algunas de las fotos que he examinado parecen retocadas.

—¿Se refiere a que han sido corregidas para mejorarlas o algo así?

—Tal vez esa haya sido su intención, pero el resultado deja mucho que desear. Las siluetas de las niñas han sido recortadas y se ha suprimido todo lo demás. —Ruano hizo doble clic sobre uno de los archivos—. Lo curioso es que sólo lo he observado en las fotografías de las niñas asesinadas. —La fotografía mostraba a Elena del Moral desnuda sobre un fondo negro, con los ojos cerrados, como si estuviera dormida—. El trabajo es un poco chapucero. Ni siquiera se ha molestado en suavizar el contorno.

—¿Y?

—Pues que tengo la impresión de que eso lo ha hecho con la intención de ocultar el fondo, más que para mejorar las fotos.

—¿Supone que hizo eso porque había algún elemento que pudiera dar pistas o implicarle de alguna manera? —intervino de nuevo Garrido.

—Es posible que el fondo lo relacionara con determinado lugar.

—¿Hay algo más que debemos saber? —preguntó el comisario.

—Sí. Que la manipulación de las imágenes se ha efectuado en los dos últimos días.

—¿Sobre eso no hay ninguna duda?

—Los archivos guardan la fecha en que fueron creados y la del último acceso.

—Entonces sabemos que Alfredo Seler estuvo retocando las fotos ayer o anteayer. ¿Puede saberse la hora?

—Sí.

—Estupendo. —De la Mata descolgó el auricular y empezó a marcar un número de teléfono—. Sería interesante que investigara las direcciones del *pendrive* que apareció en su escritorio. —El comisario hizo un gesto solicitando silencio y activó el manos libres—. Luzón, ¿sabemos algo?

—La niña se encuentra perfectamente: no ha sido forzada, y, a pesar de que la amordazaron y la ataron a la cama, estaba demasiado aturdida para recordar algo.

—¿No recuerda nada en absoluto?

—Alba me ha contado que un payaso malo le puso un pañuelo en la nariz que no la dejaba respirar, pero no lo ha relacionado con su abuelo. De todo lo que le ha sucedido, esa es la única reminiscencia que guarda en su memoria.

—Afortunadamente para ella, aunque eso no nos ayuda demasiado. ¿Hay algo

más?

—He preferido no mostrarle el disfraz a la niña. Podemos identificarlo por restos de saliva y escamas de la piel. Todo eso lo sabremos pronto, cuando mi ayudante, el insigne Óscar Piédrola, deje de tocarse los cojones y empiece a clasificar y analizar todas las porquerías que nos han hecho llegar. Un momento, señoras y señores, parece que por fin va a iniciar el estudio comparativo de dos pelos. Tendría que estar aquí, comisario. Las imágenes que muestra el microscopio electrónico son de una belleza impresionante. Por su textura, parece que en lugar de filamentos estuviéramos contemplando las ramas de un árbol. En la pantalla se aprecia que la corteza y la médula tienen diferencias significativas. Aunque la pigmentación de la queratina los hace parecer similares, uno de ellos, el del músico, contiene burbujas de aire intersticial, lo que le da un ligero tono plateado. En cuanto al otro, por la estructura del folículo piloso, yo diría que este hombre padece trastornos de la hipófisis o del tiroides. No cabe duda: aunque corresponden a varones, no necesito del espectrómetro de masas para asegurar que estos pelos pertenecen a personas diferentes, lo que quiere decir que el disfraz lo han utilizado al menos dos personas.

—¿Y sobre la causa de la muerte de Alfredo Seler?

—Cuando lo encontramos, debía de llevar muerto poco más de una hora. ¿Suicidio o asesinato?, se preguntará. Todos sabemos que un suicidio es un homicidio hasta que la sospecha de asesinato queda descartada. Pero el caso es que no hay señales de lucha ni marcas en el cuello, a excepción de la que dejó la corbata, y para colgar a ese hombre hace falta ser muy fuerte o haberlo hecho entre varias personas.

—¿Descarta el asesinato?

—Yo no me atrevería a tanto —respondió Luzón—. Pero si lo han asesinado, debieron de narcotizarlo con algo que no deja rastro y colgarlo una vez que estuviera inconsciente. La muerte le sobrevino por asfixia, no por rotura del cuello, lo que resulta si no sorprendente, por lo menos curioso dado el volumen de la víctima. Por otro lado, los ahorcados suelen presentar marcas de dientes en la lengua, que en este caso no aparecen. A propósito, ¿se sabe ya si la huella de la blusa de Susana corresponde a Seler?

—Ahora mismo voy a llamar a Dactiloscopia —respondió De la Mata.

—¿Está por ahí Proaza?

—Lo tengo a mi lado.

—¿Tiene algo para mí, Luzón?

—Es sobre lo que me preguntó ayer. He descubierto un libro muy interesante escrito por P. McGrady, que se titula *Youth Doctors*. Habla sobre los primeros intentos médicos de rejuvenecimiento, Metchnikoff, Voronoff, Steinach y, especialmente, de Niehans, el inventor de la terapia celular.

—¿Ha sacado algo en claro?

—Niehans sostenía que si determinado órgano no funciona bien, hay que inyectar extractos del mismo órgano procedente de un animal, por lo general de un cordero; si

el exceso de funcionamiento de un órgano causaba un trastorno, entonces había que inyectar extracto del órgano antagonista.

—¿Quiere decir que el tipo del pelo es nuestro hombre?

—No se precipite. Lo que quiero decir es que el tipo del pelo puede ser nuestro hombre. —El forense carraspeó—. Piédrola está pulverizando la nariz del payaso en busca de más restos. —Luzón se aclaró de nuevo la garganta—. Si descubrimos algo nuevo, se lo haremos saber de inmediato.

De la Mata marcó el número del laboratorio de Dactiloscopia. Descolgó el teléfono una voz nasal que, sin pararse a respirar, recitó sus conclusiones:

—Ya sabíamos que la huella parcial que encontramos en la blusa no era de la niña, ni de sus padres, ni de su amiga, ni de Pablo. El dactilograma latente... —El perito empezó a disertar sobre los puntos característicos de los dibujos papilares, y eso hizo que el comisario cerrara los ojos y resoplara. «Los expertos —pensó—, todos quieren deslumbrarte con sus conocimientos, abrumarte con su sabiduría, en lugar de ir al grano»... por lo que deducimos que tampoco es de Alfredo Seler, de manera que hay por lo menos otra persona implicada. Tal vez se trate de la misma persona que dejó la huella de su zapato en la orilla, cuyo peso y altura tampoco coinciden con los del músico.

—Cojonudo... —Octavio de la Mata no estaba contento.

Ese caso, que parecía cerrado desde el primer momento, se estaba hinchando tanto que la carpeta no iba a caber en el archivador. El comisario se levantó de la silla, dio unas indicaciones a Paco Garrido, que abandonó la sala, y se encerró en su despacho.

A pesar de lo aburrido del trabajo y de que a Ruano no le gustaba hablar demasiado, Juanito pasó toda la mañana a su lado, observando cómo examinaba los archivos en busca de no sabía qué. Cuando tecleó la primera dirección web la cosa tomó otro cariz; unas páginas te conducían a otras a través de enlaces, prometiendo placeres y delicias sin fin. Juanito no se sintió escandalizado, sino más bien sorprendido. Había esperado encontrar niñas tristes y apagadas forzadas a posar ante una cámara, y se encontró con chiquillas sonrientes que jugaban a adoptar posturas provocativas. *Dulces Alicias, Inocentes Lolitas y Pequeños Ángeles*.

—No dejo de darle vueltas al texto del *pendrive*. —El guardia civil rompió el silencio, como si un pensamiento se le hubiera escapado de la mente para materializarse en el aire.

—¿A qué exactamente? —Juanito aprovechó encantado ese discreto arrebató de locuacidad.

—A lo que dice de que nunca le ha deseado mal a una niña.

—Resulta conmovedor —dijo con un tono irónico y burlón—. Hay muchos asesinos y violadores que no le desean nada malo a sus víctimas, pero las torturan y matan porque no lo pueden evitar, según dicen.

—Tengo la impresión de que las fotografías de las niñas asesinadas fueron

colocadas ahí intencionadamente, por alguien que no fue el profesor.

—¿Por qué cree eso?

—Han sido puestas en el directorio raíz, fuera del lugar que le corresponde dentro del orden que guardan el resto de las fotografías, y las han retocado apresuradamente.

—Mientras hablaba, Ruano abrió una fotografía, la que mostraba a Susana Montón con los ojos cerrados tumbada sobre el lugar que había sido recortado—. Mire esta imagen. Se aprecia claramente el pixelado alrededor de la silueta: blanco sobre los hombros y el cuello, y gris en el resto del cuerpo. Hay una herramienta en los programas de retoque fotográfico que se llama varita mágica, que discrimina los píxeles teniendo en cuenta la tolerancia de color; es la más rápida para seleccionar colores planos, pero necesita el complemento de otras herramientas más precisas, el lazo y la gota, para conseguir resultados más profesionales.

—¿Está tratando de decirme que Alfredo Seler fue asesinado por la misma persona que mató a las niñas?

Juanito pensó que tal vez no fuera una casualidad que el *pendrive* se encontrara junto a su tarjeta, la que le había dado después de su conversación en el Dionisos, cuando tuvo la impresión de que Seler quería contarle algo, algo que no se atrevía a confesar. Tal vez, después de todo, esa declaración estaba dirigida a él.

—Estoy tratando de decirle únicamente lo que le he dicho, además del hecho de que la nieta de Seler es demasiado pequeña.

—¿Demasiado pequeña para qué?

—Para ser una lolita. Susana, Alicia y Elena están relacionadas, porque se encuentran dentro de la franja de edad que Nabokov consideraba que debía tener una niña para resultar sexualmente atractiva, lo que él llamaba «nínfulas».

Después de la explicación, el agente Ruano guardó silencio y se concentró en una nueva página:

Bienvenido al LOLITA CLUB
(6228 miembros)

Este sitio NO contiene fotos pornográficas de niñas. Sólo encontrará artísticos desnudos de su edad de pubertad. Como miembro del club, usted verá la colección en serie de lolitas europeas en poses naturales. Más de 1500 fotos con excelente resolución y una nueva galería de jovencitas cada semana. Disfrute de un bono con 125 fotos gratis. Este sitio No ofrece Cargos Ocultos ni Publicidad.

—¿Puede ser nuestro Lolita Club?

—No es probable. Hay numerosos clubes que se llaman así, en homenaje al libro de Nabokov. —El guardia civil regresó a la pantalla de inicio y empezó a buscar en la lista de programas—. Vaya, vaya...

—¿Qué sucede?

En lugar de contestarle, el agente Ruano formuló una pregunta:

—¿Han encontrado otro ordenador en la casa de Seler?

—No, que yo sepa. —Juanito parecía desconcertado—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque no hay ningún programa de retoque fotográfico en este ordenador.

Por la tarde, después de jugar en la playa y comer con Virginia en el chiringuito del puerto, Juanito se dirigió por tercera vez al Lolita Club, dándoles vueltas a los nuevos datos que el forense, el perito de Dactiloscopia y el guardia civil habían introducido en el caso. Edgar Allan Poe le recibió casi con amabilidad, como si se hubiera sacado el tapón del culo. Lo condujo directamente al despacho de Álvaro Laíz, quien se mostró consternado y deslumbrado al mismo tiempo, por contar entre sus conocidos con un pederasta asesino, con el que había convivido durante meses sin sospecharlo, y un inspector con una mente rápida y clara, que había conseguido desenmascararlo en sólo tres días.

—Los que disfrutamos con la literatura sabemos apreciar estos momentos mejor que nadie. Es como el final de una novela que hemos vivido sin sospecharlo. —Contento con su frase, no pudo evitar que se le formara una media sonrisa autocomplaciente que le animó a seguir—. Ahora que todo ha acabado es el momento de la reflexión, porque no basta con leer; es preciso comprender.

—Entiendo —dijo Juanito, que no le había prestado atención—. ¿Conocía usted bien a Alfredo Seler?

—No más que a cualquier otro socio. Menos, si tenemos en cuenta que fue el último en subir a bordo. Parecía un hombre tranquilo, y habría jurado que era buena persona. Pero ¿qué es ser buena persona? —preguntó a los miembros de un jurado invisible—. Una formalidad, un mero acuerdo que nos enseñan desde chiquititos: no hagas esto, no hagas aquello; esto es hermoso y eso, feo; eso, malo y esto, bueno. Ese hombre tenía dos caras. Con una aparentaba respetar los acuerdos que sustentan la sociedad y con la otra acechaba a las niñas. No era humano, aunque aparentaba serlo. Pero eso lo decimos ahora porque, gracias a usted, sabemos que su apariencia era un disfraz. No puedo decirle más.

Juanito sonrió, agradecido.

—La verdad es que no me ha dicho nada.

—Es cierto. Todo el mundo afirma que soy muy elocuente, pero en realidad quieren decir que hablo demasiado —reconoció humildemente, juntando las manos bajo su cara de ardilla—. Si realmente está interesado en saber sobre él, creo que debería hablar con el doctor Boada.

Esta vez fue Poe quien le condujo hasta el salón, donde los socios del club discutían sobre sus temas favoritos. El presidente se quedó en su despacho meditabundo, rumiando en silencio su condición de charlatán irredento. Juanito pudo apreciar que el ambiente había cambiado, era distinto al de la primera vez, cuando apareció como un policía descolorido y novato, perdido entre conversaciones trascendentales de temas intrascendentes, al que nadie le prestó demasiada atención. Ahora todos le miraban. Esos ampulosos ancianos de mirada acuosa le observaban con curiosidad y extrañeza, unos con una mezcla de respeto y admiración, otros, con

el desdén con el que trataban todo lo que no tuviera que ver con la literatura. Lo que más molestó a Juanito fue el desprecio de los socios que parecían más interesados en la evolución del humo de sus cigarrillos. Pero Juanito estaba convencido de que uno de ellos tenía dos caras, una máscara sobre otra máscara, utilizando la metáfora de Laíz.

Atravesando el espeso silencio y la música perenne de Vivaldi: «¿Es que no tenían otra cosa?», que había tenido el detalle de tomarse un respiro entre tema y tema, se acercó al grupo formado por Anselmo Grijaldo, Julián Ballester y Ernesto Boada.

Sonriendo, el coronel le tendió la mano y el silencio se transformó en un rumor, un roce de ropas, un murmullo de voces exquisitas y refinadas.

—Reitero lo que dije sobre su condición de cazador —dijo como si ese fuera el mejor cumplido que pudiera hacerle.

—Supongo que es usted el responsable de que todos estemos hoy tan abatidos. — El doctor Boada le estrechó la mano.

—Yo creo que el auténtico responsable ha preferido ausentarse.

—No me mal interprete —se apresuró a decir, viendo que el policía no apreciaba su ingenio—. Tan sólo pretendía hacer un juego de palabras.

—Yo también.

A pesar de su avanzada edad y de su reducido tamaño, el doctor Boada era un hombre elegante, de mirada penetrante y aspecto digno, totalmente satisfecho y seguro de sí mismo. En la solapa de su chaqueta lucía el pin del Lolita Club.

—Me gustaría que no se formara una idea equivocada de nosotros. Lo que buscamos, además de tranquilidad e independencia familiar, es alguna que otra charla sobre libros y hablar sosegadamente de nuestras manías. La mía es el arte, la de Ballester, al que ya veo que conoce, es la caza y la taxidermia y la del doctor Grijaldo la gerontología.

Forzando una sonrisa, Juanito estrechó la mano del gerontólogo, que parecía interesado pero no comprometido con los asuntos del mundo. Una mano húmeda y fofa, cuyo contacto le desagradó. «Está nervioso», pensó.

—Verá usted, inspector. —Juanito notó cierta hostilidad en su tono de voz que el anciano fue incapaz de disimular. El gerontólogo, tras unas gafas que parecían fundidas con la cara, se aclaró la garganta y tragó saliva—, Nabokov, además de ser el autor de la genial novela que da nombre al club, era profesor de literatura; sus clases han quedado recogidas en unos soberbios libros que todos estudiamos e idolatramos. ¿Ha leído *Lolita*?

—Todavía no he tenido tiempo —dijo Juanito, harto ya de que le preguntaran siempre lo mismo—. Pero en realidad no estoy aquí para debatir sobre la novela.

—Es cierto. —Durante unos segundos el doctor Boada sujetó entre las manos una pelota que nadie fue capaz de ver—. Usted quiere que le hablemos de Alfredo. Pero ¿qué podemos añadir, ahora que él mismo lo ha dicho todo?

—Usted era su amigo, ¿no es cierto? Seler me contó que se habían conocido de forma casual hace años y que habían congeniado. Me gustaría saber si le han sorprendido los últimos acontecimientos.

—Debo confesarle que más que sorprenderme me han pillado desprevenido.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que no podía suceder algo distinto de lo que ha ocurrido, ya que era un hombre marcado con el estigma del infortunio. —Después de una breve pausa prosiguió—: En cuanto al secuestro de su nieta, es evidente que se encontraba trastornado, porque no he conocido a nadie al que le gustaran los niños más que a él y quiero que entienda que no me estoy refiriendo a la faceta sexual, eso supo mantenerlo oculto. Ni siquiera yo lo vi.

—Sin embargo, en el colegio...

—Ah, eso. —Torció el gesto arqueando las cejas—. Ese fue uno de los muchos tropiezos por los que ese hombre tuvo que pasar a lo largo de su vida, algo que no pudo controlar y de lo que no fue responsable en absoluto. Tenía buen corazón, eso puedo asegurarlo, un hombre sensible con mucho talento para la música; pero era confiado y tuvo mala suerte con las personas que conoció, eso es todo.

—¿Diría usted que era una persona desdichada?

—Lo hicieron desdichado, pero tenía todas las cualidades necesarias para ser feliz.

—Tal como lo cuenta, da la impresión de que ha habido una conjura contra él.

—¿Una conjura, dice? —El doctor sonrió, pero era una sonrisa amarga—. Cuando estaba en el conservatorio, era la joven promesa en la que el centro tenía puestas sus expectativas. Todos sabían que podría llegar a tener la talla de Domingo o Kraus si quisiera, y él, naturalmente, quería. Era un tenor dramático, con una cualidad en los registros más graves que le acercaban al barítono. Pero su profesor de canto, un imbécil ambicioso y sin talento, le dio el papel para el que aún no estaba preparado y lo puso en ridículo en su debut. Se trataba de una ópera de Wagner, una obra para la que se requería una potencia de voz que fuera capaz de proyectarse por encima de la poderosa instrumentación. Tal vez habría sido perfecta para él tan sólo un año después, con algo más de técnica y madurez en la voz, pero eso ya nunca lo sabremos, porque los críticos, esa gente frustrada que se alimenta de migajas desde la periferia del arte que dicen admirar, lo destruyeron.

Meditabundo, el doctor guardó silencio y Juanito le acompañó, esperando pacientemente que reagrupara sus pensamientos.

—Son como ratas en las alcantarillas. Cuando tienen algo que roer, esos pedantes de palabras huecas no reparan en las consecuencias, de manera que se cebaron con él. Seler continuó estudiando y seguía siendo brillante, pero había perdido la chispa, el valor de enfrentarse al público, y se conformó con la docencia. Después, se casó con una mujer estúpida, obsesionada por su belleza, ese tipo de mujer que se viste provocativamente y no para de reír, porque no tiene otra cosa que aportar al mundo.

Cuando ya no le quedó ni eso, cuando su belleza superficial se esfumó, se refugió en la bebida arrastrando con ella a su marido.

—Sí, pero...

—Ya, el colegio. ¿Qué le parece si le digo que no pasó nada de nada?

—¿Nada de nada?

—Exacto. La niña le contó a la madre, sin ninguna intención, que su profesor le estaba enseñando a respirar con la barriga. Se llama respiración intercostal diafragmática y al propio Seler se lo enseñaron en la escuela de canto de la misma manera. Pero como estamos en una sociedad en la que el sexo es tabú y la barriguita da la casualidad de que se encuentra donde se encuentra, la madre, una cotorra sin cerebro, lo contó a su manera a una cacatúa y esta a su vez a un loro, y de esa forma llegó al cerebro saturado de ecos de un director sin carácter, desde donde rebotó al de un juez reprimido. Eso fue todo, o sea: nada. Lo que no quiere decir que acabara ahí.

—¿Ah, no?

—No sé quién dijo que el ser humano es inteligente, pero que la gente es estúpida. Sus amigos, sus colegas, sus vecinos, su familia, todos, a excepción de su hija y de su nieta, le dieron de lado. Ya puede imaginar lo que representaron en semejante situación esas personas para él.

—Me pregunto de dónde sacaba el dinero. En la sentencia le suspendieron de empleo y sueldo hasta que le llegara la jubilación. Eso, supongo, no da para ir alquilando Mercedes.

—Cuando nos encontramos en el Dionisos, estaba sentado en un rincón apurando una copa. Miraba ensimismado una tarjeta, su carnet de pensionista. Tenía una pequeña fotografía en la mano y la observaba sin atreverse a pegarla sobre el cartón, como si ese simple acto representara una renuncia a la vida. Hablamos, le agradecí de nuevo el detalle que había tenido dos años antes cuando me regaló un CD de Bach, y le ofrecí pertenecer al club, a lo que se negó porque no podía permitirse el pago de la cuota. Yo le dije que no debía preocuparse por eso. Le prestaba dinero cuando me lo pedía, y de vez en cuando le hacía una transferencia a su cuenta sin que me lo pidiera. No soy el único, créame, porque aquí somos como una pequeña familia y todos le apreciábamos.

—¿Tenía otros amigos, aparte de ustedes?

—Si los tenía, no nos habló de ellos. —Boada sonrió—. ¿Sabe usted lo que era para él la felicidad?

—No.

—Veinticinco niños y niñas de nueve y diez años, turbulentos y nerviosos según avanza el día, encerrados con él en el aula, cantando y hablando de música. Lo que para la mayoría de la gente puede representar una pesadilla, para él era como estar en el paraíso rodeado de ángeles.

—¿Es posible que su amor por los niños, esa pasión, llegara a obsesionarle de alguna manera? Ya sabe lo que sucede con los maestros: mientras ellos envejecen,

año tras año, sus alumnos se renuevan constantemente, siempre distintos y siempre con la misma edad.

—Sobre eso el experto es Grijaldo. Lleva toda su vida echando ojeadas al interior del cuerpo humano; ha estudiado sus mecanismos y afirma que ha descubierto algunos secretos.

—¿Existe algún método efectivo para retrasar la vejez? —preguntó Juanito al gerontólogo.

—Usted se refiere al envejecimiento biológico, no al patológico, supongo.

—No sabía que hubiera dos tipos de vejez.

—Naturalmente. —Inspiró por la nariz haciendo demasiado ruido—. Lo más efectivo para retrasar la vejez es controlar el estrés, ya que aumenta el consumo de oxígeno y provoca el deterioro celular. Eso, unido a una dieta sana y a un poco de ejercicio, es más que suficiente.

—¿Nada más?

—Está claro que hay que prescindir del alcohol y del tabaco. Pero aunque lo retrasemos, no podemos evitar el desgaste neuronal, ni que el ritmo cardíaco disminuya, ni que se pierdan reflejos. La piel se arruga; la masa muscular y ósea se reduce; la vista, el oído y el olfato pierden agudeza y se produce una especie de inmunodeficiencia latente. En fin, no quiero aburrirle, porque eso no es todo.

—Antes ha hablado de la vejez patológica.

—Sí. Una enfermedad degenerativa que hace fallar uno o varios órganos del cuerpo.

—¿Y existe algún tipo de remedio para eso?

—Hay numerosos tratamientos, unos más o menos efectivos, como la melatonina, y otros que no son más que simples placebos. —El doctor Grijaldo se detuvo—. Perdome, pero ¿por qué le interesa todo esto?

—Al cadáver de Susana le faltaban las glándulas paratiroides. Y no dejo de preguntarme para qué necesitaba Seler esa glándula.

—Ah, ya entiendo. —El gerontólogo hablaba sin mirarle a los ojos, humedeciéndose los labios continuamente y retirando a lengüetazos la salivilla blanca de las comisuras—. Verá usted, inspector, aquí charlamos de multitud de cosas, pero mi tema preferido, como antes ha apuntado Boada, es la gerontología. Es probable que Alfredo Seler haya malinterpretado algo de lo que yo he dicho. Otra cosa no puedo decirle.

—Pero ¿comentó alguna vez o dejó entrever que padeciera alguna enfermedad degenerativa? —Los tres hombres se miraron. El coronel Ballester se encogió de hombros y el doctor Boada hizo con la lengua un concienzudo recorrido por su dentadura. El gerontólogo abrió las manos, dando a entender que la respuesta ya estaba dada—. ¿Le echaron de menos en el club los días que desaparecieron Susana Montón y Alicia Pineda?

—No siempre salía a la misma hora. —Grijaldo se rascó la sien—. Recuerdo que

el domingo por la tarde se encontraba meditabundo. Puede que fueran las ocho o las nueve de la noche cuando se despidió de nosotros y se marchó, pero no dijo adónde.

—¿Y el martes?

—Ese día yo no estaba —dijo Boada—. Tuve una suplencia en el ambulatorio.

—Usted estuvo aquí —exclamó el coronel—. Lo recuerdo dando vueltas por el salón, con una Coca-Cola en la mano.

—Es cierto. —Juanito sonrió—. Les vi charlando a los tres en este mismo lugar, pero me fui enseguida.

—Yo también salí pronto... —añadió el gerontólogo—. Poco después de que usted se marchara, aunque, si he de serle sincero, le noté algo inquieto.

Juanito sacó del bolsillo un pequeño calendario plastificado con el emblema de la policía y se lo entregó a Boada.

—Me ayudaría muchísimo si pudieran señalar los días que Seler salió del club a una hora inusual. Intenten recordar, por favor, pero no teman equivocarse. —El doctor meditó unos instantes e hizo con su bolígrafo unas marcas; después, se lo pasó al coronel y al gerontólogo, quienes las confirmaron, añadiendo alguna más—. Está bien —dijo Juanito recogiendo el calendario—. No les molesto más. Han sido ustedes muy amables.

—Vuelva siempre que lo desee, inspector, y pregunte lo que quiera.

Cuando Juanito estaba a punto de salir, se detuvo ante la vitrina. Todo estaba igual que la tarde del martes, cuando visitó el club por primera vez, incluyendo al silencioso Edgar Allan Poe plantado junto a la puerta, pero las direcciones de las páginas web habían desaparecido.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Valerio?

—Por supuesto, señor.

—¿Recuerda a qué hora salió del club Alfredo Seler el pasado domingo?

—Don Alfredo Seler salió de aquí poco después de las doce.

—¿Y ayer?

—A la misma hora.

—¿Está totalmente seguro?

—Por supuesto que sí. Don Alfredo, muy atento, esperó a que yo cerrara, y después le acompañé al Dionisos dando un paseo.

Cuando llegó a la comisaría, Ruano hablaba con el comisario, y el ordenador de Seler estaba desconectado. Juanito le entregó a De la Mata el calendario con las huellas de Boada, Grijaldo y Ballester, para que fueran confrontadas con la huella parcial del botón de la blusa de Susana. Una mueca fugaz del comisario, un leve movimiento de sorpresa, y sus miradas conectaron en lo que el inspector interpretó como un gesto de aprobación.

—El agente Ruano se marcha —dijo De la Mata—. Nos ha dejado un informe

muy interesante del que te pasaré una copia de inmediato. Luego se la pides a Rosa.

—Verá, comisario, tengo unas direcciones web en mi bloc que he pasado por alto. Las tomé del Lolita Club el martes, cuando me presenté casi por sorpresa, y hoy ya las habían retirado.

—¿Quiere que les eche una ojeada? —se ofreció Ruano.

Conectaron el ordenador y Ruano fue introduciendo una a una las direcciones, que resultaron ser páginas sobre arte y literatura: Nabokov, Lewis Carroll, Charles Perrault y Bouguereau, un pintor especializado en ángeles.

—No parece que sean otra cosa que enlaces culturales. —El guardia civil se levantó dispuesto a marcharse—. Sin embargo, debo decirle que los nombres de Nabokov, Lewis Carroll y Bouguereau aparecían a menudo en las antiguas BBS y siguen apareciendo en los actuales foros de lolitas. Algunos de los links que proporcionan los usuarios suelen enlazar con esas páginas por razones obvias.

—¿Qué tiene que ver Lewis Carroll con todo esto? —preguntó Juanito extrañado—. Si no recuerdo mal fue el autor de *Alicia en el país de las maravillas*.

—¿No conoce su otra faceta? El reverendo Charles Dodgson, es decir, Lewis Carroll, tenía una debilidad. Adoraba a las niñas y le gustaba fotografiarlas, a ser posible desnudas. No fue casual que escribiera esa obra maestra de la literatura infantil. Alicia existía en la realidad, y la escribió para ella porque la amaba.

Cuando Ruano abandonó la sala, Juanito no desconectó el ordenador, pues estaba convencido de que alguna de esas direcciones ocultaba alguna clave o, cuando menos, un dato revelador. Decidido a seguir donde Ruano lo había dejado, volvió a visitar una a una todas las direcciones que tenía anotadas en su bloc. La última página que visitó fue la de Bouguereau y, cuando ya estaba por darle la razón al guardia civil, observó detenidamente *El cupidón*, un tributo a la belleza y a la sensualidad, un niño con alas representando al dios del amor. Entonces, reparó en las veces que había escuchado la palabra ángel en los últimos días y en las personas que la habían utilizado refiriéndose a los niños: Álvaro Laíz, Alfredo Seler, Julián Ballester y Ernesto Boada; podía tratarse de una casualidad, una metáfora, un símil compartido. Pero esa tarde se había descubierto numerosas veces con la vista clavada en el ángel custodio, emblema de la policía. Era como si su mente le estuviera enviando un mensaje. Puso la flecha del ratón sobre la palabra links, y se desplegó una nueva página donde aparecían direcciones de páginas relacionadas. Fue abriéndolas una a una, hasta que se encontró en una titulada eljardin.com, donde la imagen de fondo era el tema central del cuadro de El Bosco. No había índice, tan sólo la dirección de correo electrónico paraiso@ngeles.com y una enigmática pregunta:

¿Qué puerta se corresponde con el mundo de los pecados: la del Infierno o la del Paraíso?

Pulse ENTER

Juanito pulsó ENTER y se abrió una pequeña ventana mostrando *El cupidón* de

Bouguereau, que le solicitaba su nombre y contraseña. Escribió: Alfredo Seler, y como contraseña tecleó: Bach.

«El nombre y la contraseña no son correctos».

Tecleó: Ernesto Boada y *Magnificat*.

«El nombre y la contraseña no son correctos».

Tecleó Lewis Carroll y Alicia y la pantalla quedó a oscuras. El ordenador quedó bloqueado, no respondía, y Juanito tuvo que reinicializar el equipo. Aunque lo intentó con diferentes nombres y contraseñas, al tercer intento siempre se colgaba.

Esa noche, hurgando entre sus CD, encontró *Sad Wings of Destiny*, el segundo trabajo de Judas Priest y sintió la urgencia de escucharlo. Aunque no era de sus favoritos, en ese momento parecía ejercer sobre él una poderosa atracción. Observó la carátula, donde aparecía un ángel caído revelando todo su sufrimiento; el plumaje de sus alas era excesivo, como si al ilustrador no le hubiera acompañado la inspiración y se hubiera limitado a copiar las alas de un cóndor. Estaba a punto de guardar el CD cuando algo pareció encajar en su mente.

Las plumas.

Sacó las fotografías que había pedido a Ruano y observó con detenimiento el pixelado blanco que aparecía sobre los hombros, el cuello y la parte superior del brazo.

«¡Eso es!».

Habían recortado las alas y las habían suprimido, antes de introducir las fotos en el disco duro de Seler, de forma que pareciera que formaban parte de su colección. Ahora lo entendía. La pluma ensangrentada que había encontrado Luzón adherida a la espalda de Susana pertenecía a las alas que llevaba cuando murió. Plumas de cisne para simular las alas de un ángel, clavadas en los omoplatos por dos afiladas cuchillas.

Cuando esa noche consiguió dormirse, Juanito tuvo un sueño extraño e inquietante, en el que sólo aparecían sonidos: suspiros, lamentos desesperados, sollozos afligidos de niñas que estaban solas y aterrorizadas, que lloraban perdidas en algún lugar del olvido.

16

Confidencias

—Entiendo tus argumentos, Juanito. —Después de leerlo, el comisario introdujo el informe en el expediente—. Ahora estás completamente seguro de que no fue Seler, como cuando creías que el CD era la prueba definitiva que le acusaba. Las transferencias a su cuenta parecen perfectamente justificadas; no obstante estamos investigando sus ingresos bancarios, sus facturas telefónicas y su correspondencia electrónica con sumo detalle. Por lo que a mí respecta y a tenor de lo que dice Luzón, no tenemos indicios de que fuera asesinado. Tú crees saber quién lo hizo, incluso por qué lo hizo, y estás convencido de que una orden de registro lo aclarará todo. Pero no tienes una maldita prueba que justifique la solicitud de esa orden al juez. —Y le entregó la fotocopia de una hoja arrugada que habían encontrado en el bolsillo del pantalón del músico:

Se convoca a D/D.^a Alfredo Seler Arroyo al consejo escolar que, con carácter extraordinario, tendrá lugar el próximo día 29/10/2011 a las 12.30 horas en la biblioteca del centro, con el siguiente orden del día:

1. Esclarecimiento de los hechos denunciados por los padres de la alumna de 5.º curso Ana M.^a Gutiérrez Martín.
2. Debatir las responsabilidades pertinentes.
3. Propuesta de sanción, si procede.

Sin terminar de leerlo, guardó la fotocopia en el expediente.

—Pero es que todo estaba ahí —repuso Juanito—, todo tan oportuno y conveniente, para que lo viéramos y pudiéramos acusarle, que no termino de creérmelo.

—A veces las cosas suceden así, sin más —respondió el comisario—. Estoy harto de verlo. Sencillamente encajan.

—Además, Grijaldo mintió sobre la hora en que Seler abandonó el club el domingo. Antes de salir, le pregunté al conserje y este me dijo que estuvo allí hasta las doce.

—Puede que se confundiera —respondió Garrido—. Ya sabes que los viejos no tienen buena memoria.

—¿Y la corbata con la que se ahorcó?

—¿Qué pasa con eso?

—Seler no las usaba. En su armario había siete pajaritas, pero ninguna corbata.

—Puede que alguien se la regalara.

—O que la tuviera por si necesitaba utilizarla en algún momento puntual —intervino Marín.

—También pudo comprarla para suicidarse, sin más —añadió Utrero.

—¿Ha pensado que Alicia aún puede estar con vida?

—No dejo de darle vueltas, y seguimos buscándola. Pero no debes mortificarte ni hacerte responsable de lo que ha sucedido o pueda llegar a suceder. Trabaja lo mejor que sepas y procura obtener resultados. A pesar de que aún quedan algunos puntos por aclarar, a pesar de que parece improbable que pudiera hacerlo él solo y de que no sabemos dónde ha podido ocultar a la niña, todo señala a Seler. También sabemos que había sido profesor de música de Alicia, por lo que esta pudo subir a su coche, confiada, sin sospechar lo que iba a sucederle. Si quieres hacerme cambiar de opinión, tendrás que convencerme con algo más sólido.

Después de la reunión, Garrido y él decidieron repartirse el trabajo. Juanito montó en el Corsa y se dirigió a Santiago de la Ribera con el inquietante sonido de Paradise Lost reventándole los tímpanos.

Cuando llegó a la plaza de la Puerta del Mar, saturado como estaba de música cañera, se dirigió hacia la gasolinera Repsol, donde habían visto a Alicia por última vez. Aprovechó para repostar. En la tienda *Sprint*, el empleado que le atendió desde detrás del mostrador era un hombre de mediana edad, sonriente, perfumado y repeinado, que estaba encantado de cooperar. Hasta podría decirse que cooperaba demasiado.

—Sí, señor, venía de la plaza y se fue para allá —dijo señalando en dirección a San Javier—, por la avenida del Mar Menor.

Según el empleado, parecía cansada. La describió con precisión: el color del pelo, la camiseta, la falda, las zapatillas deportivas...

—¿A que llevaba calcetines a rayas? Eso no aparece en los periódicos, ¿eh?

Ni en el atestado, pero sí en la declaración que los padres hicieron cuando Juanito habló con ellos.

—Pues claro que me fijé, porque a esas horas no pasa mucha gente y cualquier cosa que se mueva lo entretiene a uno. Tengo muy buena memoria, oiga. Memoria fotográfica, como la Salander esa de la película.

Ningún coche sospechoso, ni nadie que la siguiera, ni estaba haciendo autostop, ni parecía asustada, ni oyó gritos, ni nada de nada. «Oiga, ¿no me deja una tarjeta, por si recuerdo algo más?».

Salió de la gasolinera, aparcó el coche en la parte de atrás, a la sombra del centro de lavado, valoró las opciones que le ofrecía el lugar y se sentó en la terraza del restaurante Big House, contemplando la plaza, como si esta pudiera hacerle partícipe de lo que había ocurrido allí dos noches atrás.

Todos sabemos que tras las ventanas de las casas, ocultos por los visillos, hay ojos que lo contemplan todo o, al menos, partes incompletas del todo: un mosaico repartido entre esos rostros anónimos que componen la realidad del lugar. Si supiera dónde buscar, si pudiera encontrar esos rostros y sonsacar la verdad, resolvería el misterio de la misma manera en que se monta un puzle. Así de sencillo. Lo que

sucede es que los pensamientos que no conducen a nada rara vez te llevan a algún sitio. A pesar de todo, abandonó la silla de plástico y desanduvo el camino que Alicia había recorrido antes de desaparecer, respirando la calle, observando a la gente que tal vez, sin sospecharlo, escondía en su memoria recuerdos preciosos y esclarecedores. Sin pretenderlo, se encontró junto al cine de verano del que la niña había salido en el momento más inoportuno. La policía local ya había tomado declaración al portero, un hombre casposo y gris, que estaba barriendo las cáscaras de pipas, los envoltorios vacíos y las colillas de los cigarrillos, preparando la sala para la sesión de esa noche, del que tampoco Juanito consiguió sacar nada. Regresó al Big House, donde había quedado con su compañero, esperando que hubiera tenido más suerte en el ambulatorio.

Después de dos zumos, una Coca-Cola y una llamada de Vir, Garrido apareció con su nariz y su perenne sonrisa, pidió una cerveza, encendió un cigarrillo y se dispuso a contarle lo que había averiguado.

—He intentado apretarle las tuercas a un tipo que conozco en el puerto de Cartagena, un confidente al que tengo bien agarrado. Trabaja con actrices y actores jovencitos, aspirantes a modelo y todo eso; él se lleva dos terceras partes de lo que cobran y les proporciona clientes.

—¿De qué me estás hablando, Paco?

—Si me dejas terminar te enterarás —dijo sin dejar de sonreír—. Hace los tratos en su quiosco del puerto, junto a la fuente del submarino. Allí van los jóvenes que necesitan dinero, y también los pervertidos. Conoce ese ambiente y me ha asegurado que no tiene ni idea de todo este asunto. No sabe quién es Seler, ni Boada, y de lo que les ha sucedido a las chicas sabe lo que han contado los periódicos.

—¿Dices que trabaja con adolescentes y no te importa?

—No he dicho que no me importe. Pero es algo consentido por ambas partes y yo no puedo hacer nada, salvo obtener información.

—Porque si supiera algo te lo contaría, ¿no?

—Oye, listo, yo tengo mis métodos para averiguar las cosas y tú de momento estás aprendiendo. —Garrido ya no sonreía—. Te aseguro que tendrás que recurrir a los confites más de una vez, aunque no te guste, porque son los que realmente conocen la calle.

—¿No decías que los que conocían la calle eran los chavales?

—Hay muchos tipos de calles.

—¿Y cómo estás tan seguro de que ese amigo tuyo no se encuentra en el ajo? ¿Cómo sabes que no se trata del hombre que ayudó a Seler?

—En primer lugar, no es mi amigo. Y, contestando a tu pregunta, te diré que ese tipo de cosas perjudica su negocio. Su medio de vida no es el secuestro ni el asesinato. Es como una Celestina: por cada trato él se lleva trescientos euros. ¿Por qué se iba a arriesgar?

—Por dinero, naturalmente.

—Puedo asegurarte que le va muy bien. ¿Por qué tienes que sospechar de todo, gilipollas?

—¿Has estado en el ambulatorio?

—He hablado con médicos, celadores y administrativos: el doctor Boada es fabuloso; todos los niños van a su consulta sin rechistar y las mamás y los papás están encantados con él.

—¿Eso es todo?

—No. —Un trago de cerveza, una calada a su cigarrillo y de nuevo recuperó la sonrisa—. El pediatra al que hizo la suplencia confirmó lo que todos habían dicho, pero cuando le pregunté sobre irregularidades me comentó algo sin darle demasiada importancia. Me contó que una madre volvió al día siguiente de que Boada reconociera a su niña. Le habían hecho una analítica completa, sangre, pis y todas esas cosas y el pediatra le dijo que tenía un aumento de leucocitos, lo que podía ser síntoma de apendicitis; le preguntó si la niña había tenido fiebre, si le había dolido el vientre, si se quejaba de esto y aquello y le hizo unas palpaciones intestinales que dieron resultado negativo. «No hay por qué preocuparse, señora, puede irse tranquila», le dijo. Pero la madre estaba asustada y al día siguiente fue a su pediatra de siempre, para que confirmara el diagnóstico de Boada. De nuevo palpaciones intestinales, preguntas sobre si la niña había tenido fiebre, si se quejaba de esto y aquello y le dijo que no, que la pequeña no tenía apendicitis.

—¿Y...?

—Pues que cuando el pediatra estudió la analítica no vio ningún aumento de leucocitos.

—¿Dónde está la gracia? No entiendo el chiste.

—¡Joder, Juanito, a veces pareces un poco espeso! —Trago de cerveza, eructo, «por favor, otro botellín»—. El doctor Boada le había tocado toda esa zona que se encuentra alrededor del apéndice, ya sabes, y lo había hecho sin justificación. Pudo ser un error, un simple cruce de números debido al cansancio. Pero también puede ser la persona que andamos buscando, esa persona que se dio el gustazo de manosear a la niña delante de su madre. Qué morbo, ¿no?

—¿Crees que eso será suficiente para que De la Mata pida la orden de registro?

—Si conozco al comisario, yo diría que no. Y creo conocerle. ¿Nunca has tenido un chasco por creer una cosa que parecía lo que en realidad no era?

Juanito sonrió, rememorando una ocasión en la que los prejuicios y el miedo le obligaron a reaccionar de manera equivocada.

—Hace unos años, cuando estaba en la facultad y andaba escaso de pasta, puse un anuncio en el periódico para vender un recopilatorio doble de Iron Maiden. Recibí la llamada de un chaval que estaba interesado y quedamos en su barrio. El chaval tardaba y cuando ya estaba a punto de largarme apareció con un amigo. Ambos llevaban el pelo rapado al estilo skin y uno de ellos tenía perilla. Nos reconocimos, nos saludamos y el de la perilla me pidió el CD mientras el otro se enrollaba sobre lo

bueno que era Bruce Dickinson, al que acababa de ver en el concierto que el grupo dio en Madrid; cuando el otro terminó de analizarlo a sus anchas, me contó que se lo quedaba, pero que en ese momento no tenía el dinero. «¿Acaso no hemos quedado para eso?», le dije yo. «Que sí, que sí», añadió él, «voy un momento a mi casa y regreso con el dinero». Los tipos se marcharon, y al momento volvió uno de ellos contándome no se qué cosa sobre la tarjeta, que su amigo tendría que bajar al cajero y que después había quedado con él en su casa.

—¿En casa del de la perilla?

—No, en la del otro. Fuimos callejeando —continuó Juanito— por un barrio que yo desconocía, hasta llegar a la casa. Entramos en el portal, sacó las llaves y abrió la puerta del piso, un bajo oscuro y maloliente. Encendió la luz y pasamos a su habitación. Había un ordenador, unos cuantos libros y numerosos estantes repletos de CD. Sobre la pared estaban clavados con chinchetas y grapas fotografías y carteles de Megadeth, Rage, Kiss, Rammstein, Rob Zombie y toda la tropa siniestra del heavy. Eso no me asustó, porque forma parte del espectáculo y resulta divertido. Lo que me inquietó fue que sobre el equipo de música había dos bates de béisbol y me terminó de acojonar el hecho de que, cuando quisimos probar los CD que intentaba vender, vi que faltaba el segundo de ellos.

—¡Vaya! —dijo Garrido.

—Yo le pregunté: «¿Dónde está el CD?». Poniendo cara de sorpresa, me contestó: «Y yo qué sé». En esos momentos, estaba convencido de que el otro me había mangado el CD. Pero estaba dentro de la casa de un tipo que parecía un skin, en un barrio de Murcia desconocido para mí y el tipo de la perilla podía entrar por la puerta en cualquier momento. No dejaba de mirar los bates de béisbol, emitiendo un mensaje de peligro que se repetía en mi mente de forma intermitente.

—¿Qué hiciste entonces?

—Pensé que debía largarme, aunque perdiera el CD y mi autoestima quedara por los suelos. Eso era preferible a que me dieran una paliza, me robaran el dinero y los dos CD. De manera que abrí la puerta y salí a la calle con el tío detrás de mí diciéndome que esperara a su amigo, que no tardaría en llegar.

—Parece que te libraste de una buena.

—Lo que sucedió es que, al llegar a mi casa, encontré el segundo CD en la bandeja del equipo. Había olvidado meterlo en la caja cuando terminé de grabarlo.

Garrido se tapó la boca con la mano, intentando contener la risa, aunque no pudo evitar que una carcajada se le escapara por la nariz.

—A pesar de todo creo que actuaste como debías, largándote antes de que regresara el de la perilla.

—Es lo que me digo cuando pienso en ello, pero sé que me dejé llevar por el pánico y que no sopesé todas las posibilidades. Eso es lo que me hace dudar sobre la culpabilidad de Seler, porque, igual que sucedió en esa ocasión, puede que no sea lo que parece.

—¿Por esa razón te has dejado esa ridícula perilla, para no olvidar?

—No —le respondió Juanito—. Ese no es el motivo.

—A propósito —dijo Paco—, olvidaba contarte otra cosa.

—¿Qué?

—La chica de información, una tía muy simpática con la que he quedado para el domingo, me ha confirmado que Boada era el pediatra de Alicia y me ha impreso bajo cuerda su fotografía.

—¿La foto de Alicia?

—¡Joder, Juanito...! La-fo-to-del-pe-dia-tra.

—¡Ah, estupendo! Con esa foto ya está todo solucionado.

—No entiendes nada. Esta noche vamos a ir tú y yo a La curva, buscamos a Pablo y, si le reconoce, ya tenemos más puntos para la orden de registro. ¿Qué te parece?

—Pues que podemos ir a su casa ahora mismo y nos ahorramos lo de esta noche.

—Dio un largo trago a su Coca-Cola y suspiró—. Tengo ganas de acabar y echarme una siesta.

—No sabes disfrutar de la vida, hombre. Aprovechando que estamos en el mar Menor, vamos a comer a un chiringuito; después, nos damos un baño, antes de regresar a Cartagena. —Apuró su cerveza y se incorporó—. Y esta noche volvemos y nos vamos de marcha.

Se acercaron a Lo Pagán y comieron en un quiosco de la playa de la Puntica, alejado de las Salinas, porque le habría sido imposible bañarse en la de Villananitos, junto al área infantil y la caseta de la Cruz Roja. Lo Pagán es un lugar tranquilo muy agradable, que Juanito no podía disfrutar en esos momentos. El inspector no se estaba divirtiendo, no era capaz de reír ni de abandonarse a los chapoteos como hacía Garrido. Contemplaba a las gaviotas volar y bajar en picado, y, en lugar de relajarse, no dejaba de pensar que tal vez se trataba de las mismas que se habían alimentado de Susana. No podía dejar de pensar en Alicia, no podía olvidar que si no se daban prisa, tal vez volverían a darse un nuevo banquete. Quería que pasara el tiempo rápidamente, deseaba ponerse en marcha y volver a Cartagena. Estaba impaciente por que llegara la noche, para buscar a Pablo y continuar con su trabajo. Además, llevaba cuatro días sin entrenar y empezaba a notar las tensiones acumuladas. Nadó hasta las boyas que sujetaban la red de contención de medusas, regresó a la playa y se tumbó sobre la arena, agotado y triste.

—¿Por qué te fuiste a San Javier, pudiendo vivir aquí?

—Por mis padres.

—¿Qué pasa con tus padres?

—No pasa nada —mintió—. Necesitaba independencia.

—No te veo muy contento. ¿Qué te está consumiendo, *pringao*?

—Nada.

—¿Tienes novia?

—Novia, novia..., no.

—¿Y cómo se llama tu no-novia?

—Virginia.

—¡Coño, Juanito! Has sonreído y se te está cayendo la baba. ¿Es de San Javier?

—No, de Lo Pagán. Ambos somos murcianos de toda la vida.

—Bueno, yo soy de Cartagena, pero no murciano. —El orgullo cartagenero cabalgando de nuevo. Todo el mundo sabe, o debería saberlo, que los cartageneros son geniales: la caña y la crema. *Acho*, no en vano fueron los únicos que plantaron cara a los romanos, pero no aquí, no. Ellos echaron a andar hacia Roma, con sus cojones y sus elefantes, y les pegaron una tunda a los romanos que todavía hoy se están acordando. Si no hubiera sido por Escipión, ese cobarde que les atacó a traición, el mundo sería ahora de otra manera. Se llamaría Cartagena, en lugar de tierra, que no quiere decir absolutamente nada.

—Oye, Paco. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Pues claro.

—¿Por qué te pusiste borde con Álvaro Laíz? El tipo fue de lo más correcto y nos facilitó el trabajo, ¿no crees?

—No me gustan esos clubes, ni el tipo de gente que suele haber dentro.

—¿Por algún motivo?

—Siempre hay algún motivo para todo.

—O sea, que no me lo vas a contar...

Paco Garrido soltó un largo suspiro, sacó un cigarrillo del paquete, «Fumar puede matar», y lo encendió con la mirada perdida. Dio un par de caladas casi seguidas, adoptó su mirada oblicua, especialidad de la casa, y le apuntó con la nariz.

—Cuando estaba en la ESO hice buenas migas con Isidoro Belda, un chaval reservado, que me cayó bien durante un tiempo. Como su padre tenía mucha pasta, el chófer iba a recogerle todos los días a la salida del instituto. Estaba a su disposición y podía llevarnos a cualquier sitio que le dijéramos. Al principio, le pedíamos que nos llevara a los recreativos o al parque de la Victoria para tirarnos el rollo con las chavalas. Después, empezamos a ir al club de golf, donde su padre era el rey, a mangar pelotas y a sacarle la pasta. ¡Menudo cabrón estaba hecho! Don Cayetano Belda era un hijo de puta y un sádico que disfrutaba humillando a todo el que estuviera por debajo de él. Siempre que íbamos montaba alguna, acosaba a la recepcionista, intentando tocarle las tetas sin disimulo, o tiraba la bebida intencionadamente al suelo y les ponía la zancadilla a los camareros, siempre con mucha guasa. En esos momentos yo pensaba que lo hacía para alardear delante de su hijo, porque se creía gracioso.

Garrido encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior, apagó la toba en la arena y la dejó junto a la camisa.

—También humillaba a los empleados de mantenimiento y al *caddie*,

especialmente a este. Nos miraba, nos daba con el codo, nos pegaba pellizcos en los mofletes y nos soltaba mil pelas. Ese era el precio que pagábamos por nuestra atención. —Paco estiró las piernas, dejando que el flujo de la marea le empapara los pies—. Pero, además, pagábamos con pequeñas porciones de nosotros mismos, porque en esos momentos colaborábamos con él y nos convertíamos en una extensión de su propia maldad.

—Erais unos críos. ¿Qué podíais hacer?

—Y una mierda. Era un tipo tosco y desagradable, con el que no habríamos aguantado ni medio segundo de no haber sido por la pasta. Nos compraba, el muy cabrón, y a nosotros nos parecía bien el precio. Al principio era divertido, seguirle por el campo recogiendo pelotas que nos guardábamos en el bolsillo para cambiarlas luego en el instituto por tabaco o cualquier otra cosa. —Una calada, el humo saliendo por la nariz, como un búfalo enfurecido—. Un día intentó colar la bola en un hoyo diseñado con un ángulo muy pronunciado, un *hándicap* muy bajo, que diría don Cayetano. Alardeaba por anticipado de su supuesta habilidad, y le salió un filazo, un golpe en la parte superior de la bola, que voló demasiado baja. Miró con cara de mala leche al *caddie* y le pidió otro palo. «A ver si esta vez me das el hierro adecuado», le dijo. El chaval no replicó. Caminamos en silencio hasta el lugar donde había caído la bola, el *caddie* la colocó sobre el soporte de plástico, escogió el *driver*, un palo más largo, diseñado para alcanzar grandes distancias y el viejo lanzó el *swing*, que en lugar de acertar a la bola arrancó una chuleta de hierba.

»“Vamos a ver, mamarracho, ¿qué te he dicho antes?”.

»“Señor, es que la varilla del *driver* es un poco más larga”.

»“Ya sé que la longitud de este hierro es mayor”. Le gustaba llamar hierro a los palos, para sentirse un tipo duro. “Pero eso no es lo que te he preguntado, cretino”.

»El muchacho guardó silencio.

»“Ven aquí, Agapito”.

»“No me llamo Agapito, señor”.

»“No te consiento que me repliques. He dicho que vengas”. El *caddie* se acercó, avergonzado, mirando al suelo. “¿Has sido malo, Agapito?”.

»Primero miró a su hijo y después a mí. Ambos sonreímos.

»“¿Has sido malo, Agapito?”, insistió.

»La cara del pobre chaval estaba congestionada.

»“Perdone, señor, ha sido culpa mía”.

»“Ya sé que la culpa ha sido tuya, pero no te he preguntado eso, Agapito”.

»“He sido malo, señor”.

»“¿Ves cómo no es tan difícil?”. De nuevo nos miró, y de nuevo le otorgamos nuestra complicidad.

Paco encendió otro cigarro, una vez más con la colilla del anterior, de nuevo la apagó en la arena y la dejó junto a la camisa, como una ofrenda, una penitencia, un ritual purificador.

—Entonces, el viejo colocó la mano sobre la cabeza del *caddie* y empezó a repiquetear con los dedos, ta-pa-tá..., tapa-tá..., ta-pa-tá... Don Cayetano ya no me miraba a mí, miraba a su hijo, al que se le había petrificado la sonrisa. Era una lección exclusivamente para él, para que viera la diferencia que había entre ellos y nosotros. «Está bien, sigamos», dijo el cabrón, que continuó jugando como si allí no hubiera pasado nada. Ese día nos dio mil pelás a mí y mil al *caddie*, y un billete de cinco para su hijo. A la mañana siguiente, en el instituto, pasó junto a mí sin mirarme, y a partir de ese día ya no volvimos a hablar.

—Pero eso no quiere decir que todos los ricos sean unos hijos de puta, ¿no?

—Supongo que no.

A Juanito le vino a la memoria el escupitajo sobre la placa del Lolita Club.

—Dime una cosa, Paco. ¿Piensas acabar con todos los clubes elitistas a lapos?

—¿Me estás sermoneando?

—No, Agapito.

Con el cigarro todavía en los labios, Garrido se lanzó al mar, nadó hasta que se quedó sin resuello, y al regresar se sacudió el agua sobre la espalda de Juanito, que de un brinco se puso en pie, le llamó cabronazo, le hizo un *shihonage* como el que no quiere la cosa, y lo inmovilizó sobre la arena sin parar de reír.

De regreso a Cartagena, dejó a Paco en el Palacio de Justicia, solicitando la orden de registro para El Galeote, mientras él bajaba al Instituto de Medicina Legal a ver al forense. Junto a la máquina de café, le puso al corriente de sus sospechas sobre lo que podía representar la pluma de cisne, y su posible relación con las heridas que los cadáveres presentaban en la espalda; el forense, a su vez, le comentó que no había descubierto nada nuevo sobre las técnicas de rejuvenecimiento, aparte de confirmarle que era un placebo, un tratamiento desesperado para gente rica, que no tenía otra cosa que perder que su dinero.

—Esto lo podíamos haber hablado por teléfono, ¿verdad?

—Sí, claro, pero quería invitarle a un café.

—Ya. No puedo imaginar un lugar mejor para saborear un café que este pasillo apestando a muertos.

—Algún día, me gustaría preguntarle por qué se hizo forense.

—¿Qué manera de hablar más enrevesada! Acaba de preguntármelo. ¿Por qué no dice las cosas directamente, sin rodeos?

—No le entiendo. Usted también da rodeos cuando cuenta las cosas.

—Pero yo lo hago por amor al arte, con la intención de embellecer el momento, elevar la tensión narrativa y capturar su atención.

—¿Y yo?

—Usted sabrá. —Amplia sonrisa—. Yo creo que quien da rodeos es o bien porque le sobra el tiempo, o porque teme llegar demasiado pronto.

—O por ambos motivos, ¿no?

—O por ninguno de ellos.

—¡Joder...! ¿Me creería si le dijera que no me he enterado de nada de lo que ha dicho?

—Ni yo de la mitad de lo que usted dice. Pero eso no importa ahora, algún día intentaré responder a todas a sus preguntas, y le contaré por qué elegí la ciencia forense en lugar de la cirugía estética. —Pausa intencionada—. Venga, inspector, vaya al grano de una puta vez.

—Está bien, Luzón. —Cómo le gustaba a Juanito que le llamaran inspector—. ¿Puedo pedirle un favor?

—Pero ¿qué manera de hablar es esa? Si ya me lo está pidiendo.

Hoy es viernes y quiero bailar

Eran las nueve y cuarto cuando se dirigían de nuevo hacia Lo Pagán, en el Ibiza destartalado de Garrido. Circulaban por la F-34, un tramo de la carretera de Los Alcázares que los faros del coche no conseguían iluminar, con la música de Joaquín Sabina amargándoles el trayecto. Paco estaba encantado. No había una melancolía como la de Sabina, decía, ni unas letras compuestas con más gracia y sensibilidad que describieran la realidad de la calle y los sentimientos contradictorios que nos embargan a veces. Uno de los pocos cantautores que lograban conmoverlo, con su voz cascada, cantando con sencillez y humildad sobre el amor y las relaciones. Juanito dio un respingo mientras sonaba la canción *Más de cien mentiras*.

—¿Has oído...? —preguntó perplejo, porque entre todos esos motivos Sabina afirmó que «... tenemos lolitas, tenemos donjuanes...»—. Ha dicho lolitas.

—Sí, lo he oído. Y tú mejor que nadie sabes que eso es cierto, que no se trata de ninguna metáfora.

—Ya, pero es que esta tarde he visto en una perfumería de Santiago un anuncio que también me ha sorprendido: «Les Pimkie's Lolita thé eau de toilette». He seguido caminando, y al pasar junto a una frutería he visto que vendían mandarinas Lolita, de Tabernes. Ayer vi una película que me bajé de internet...

—No sería *Lolita* —le interrumpió Garrido.

—Era la película de Almodóvar *Todo sobre mi madre*, distribuida por Lolafilms. Creo que me voy a volver loco.

—Sólo estás obsesionado. —Encendió un cigarrillo con el mechero del coche—. Es posible que si ahora mismo ponemos la radio escuchemos cantar a Lolita, la hija de Lola Flores, o que mañana en la tele veamos una película de Lolita Davidovich o un episodio de dibujos animados donde aparezca la seductora conejita Lola Bunny.

Llegaron a Lo Pagán, y al pasar junto a La curva tuvieron que seguir las indicaciones de la policía local, dejando atrás el parque donde se hallaba ubicada la feria. Pasaron junto a lo que había sido el cine Brasilia, convertido ahora en flamantes apartamentos, y cuando pensaban que para poder aparcar iban a tener que ir hasta San Pedro del Pinatar, encontraron un hueco en una calle tranquila que había detrás de la gasolinera Agip. Caminando, recorrieron la avenida del Generalísimo, sorteando a las multitudes que abarrotaban las tiendas y las terrazas, hasta llegar a la feria, donde los padres aguardaban pacientes a que sus hijos agotaran sus energías, de atracción en atracción y de puesto en puesto. Atravesaron el parque del Mar, pasando junto al Baracoa, el Siroco, el Camagüey, La Madruga y el Before, un hormiguero de gente joven que reía y bebía, hablaban, fumaban y se reconocían ese viernes único entre

todos los viernes. Desembocaron por fin en La curva, cruzaron la calle y se detuvieron a reponer fuerzas en el Come Guay; Juanito, una porción de pizza y una Coca-Cola, y Garrido, dos cervezas y un bocadillo de calamares. Sólo entonces torcieron hacia la izquierda, y se metieron por la calle que había tras el auditorio, pasaron junto al Coyote, La Falúa, el Bastilla y la Escuela Municipal de Piragüismo para desembocar en la playa. Se abrieron paso como pudieron entre la juventud eufórica, ese grupo diferenciado que había descubierto su identidad en los años sesenta y que ahora estaba completamente asumido por alimañas que se alimentaban de su desorientación y su desencanto. La diversión es un poco como ir a la deriva, dejarse mecer por el suave oleaje de la inercia y del consumo, rodeado de tiburones.

Juanito se dejó envolver con los ojos abiertos, viendo cómo las discotecas y los garitos de moda con sus decibelios desbocados consumían a los jóvenes, que los devolvían noche tras noche a sus hogares, exhaustos, con el alma y los bolsillos vacíos, un pitido en los oídos y la sensación esperanzadora de que el milagro de la transformación de las ilusiones, ese milagro que convertía la inocencia en expectativas y las expectativas en resaca, tendría lugar, tal vez, la siguiente noche. Cuando llegaron al Tela, Manolo García cantaba «... hoy es viernes y los sueños brillan más, hoy es viernes y quiero bailar, sólo bailar».

—No los veo.

—A lo mejor es demasiado pronto.

—O puede que estén dentro.

—Si están dentro, ya saldrán.

—Pero...

—¿No ves el ruido que hay? Por no hablar del calorazo que tiene que hacer.

—Ya, pero por lo menos podríamos mirar, ¿no?

—¿Para que nos vean y nos den esquinazo? Mejor los esperamos fuera. — Garrido señaló la terraza del café Arangus, desde donde tenían una vista privilegiada de toda La curva, con el Magallanes y el Tela en primera línea, el mar de fondo y las urbanizaciones costeras de La Manga salpicadas de luciérnagas—. Anda, relájate y vamos a sentarnos.

Las sillas de aluminio estaban fresquitas, cosa que Juanito agradeció. El calor y la humedad lo dejaban tirado; ese era otro de los motivos por el que se había ido a vivir a San Javier, y por el que bebía tanta cafeína. Pidió un café con hielo y Paco otra cerveza. Había pasado más de una hora cuando, con un leve movimiento de barbilla, dijo:

—Ahí están.

—¿Dónde?

—Allí, en la playa.

Pablo, Álex, Protasio y el Mico, recostados en el murete que separaba la playa del paseo marítimo, de espaldas al Tela, se pasaban un mini.

Los inspectores pidieron la cuenta, se levantaron y, con paso tranquilo,

recorrieron los escasos treinta metros que los separaban de su objetivo.

—Hola, chicos.

Pablo experimentó un sobresalto y a punto estuvo de derramarse la bebida sobre la camisa cuando vio al policía. Tenía el rostro magullado, el labio partido y un pómulo coloreado con tonos violeta.

—¿Os hemos asustado? —Paco, con la cerveza en la mano, lucía su mejor sonrisa.

—Estábamos aquí tranquilos, sin meternos con nadie —repuso el muchacho con cara de asco—. Pero ya nos íbamos.

—Sí, ya sé que somos unos cerdos, que no hacemos otra cosa que perseguir a pobrecitos inadaptados como vosotros. —Garrido, con su sonrisa patosa y sus ojillos brillantes por el alcohol, tenía ganas de jaleo—. La vida es difícil, la sociedad es injusta, y encima ni siquiera os dejamos en paz con vuestros porros. No te cortes, chaval, y acáballo.

Protasio destripaba un cigarro con una china entre el pulgar y el índice, un filtro entre los labios y el mechero de plástico sujetando el papelillo sobre la arena. Le habían pillado, pero como el policía le dio permiso, continuó haciéndose el chiri.

—¿Quién te ha hecho eso?

—Nadie.

—¿Te has metido en algún lío? —Garrido le miraba con desconfianza, como si al menor descuido fuera a robarle la cartera.

—¿A ti qué te importa?

—Espera, espera. —Juanito agarró del brazo a su compañero, que se había lanzado hacia él—. Oye, Pablo, quiero que quede claro que no tenemos nada contra ti y que si estamos aquí ahora mismo es porque necesitamos tu ayuda.

—¿Sí?

Sacó una hoja doblada, donde aparecían impresas y ampliadas la fotografía de Boada junto a la de Seler, y se la puso ante las narices.

—¿Conoces a alguno de estos hombres?

—No. —Apenas los miró, desvió la vista de las fotografías y se quedó contemplando la playa, bebiendo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¡Vamos, hombre, estamos buscando al asesino de Susana, ese tipo que te tendió la trampa! —Juanito enarbolaba la hoja—. ¿Estás completamente seguro?

—Ya te dije que tenía bigote.

—No seas ingenuo, un bigote puede ser un disfraz. —Sacó un rotulador y se lo colocó en la mano junto con la hoja impresa—. Sabes dibujar, ¿no? Píntales el bigote.

Álex, Protasio y el Mico permanecían en silencio, atentos como búhos a los acontecimientos y al canuto, que Protasio había encendido y que no acababa de pasar. Pablo les miró en busca de alguna señal, algún gesto sutil que pudiera interpretar

como signo de aprobación. Cuando se decidió, sopló por la nariz y les dedicó a las fotos una larga e intensa mirada. Sólo entonces dejó el vaso sobre la arena, le quitó el capuchón al rotulador y se concentró en el dibujo de los bigotes, que ejecutó pacientemente, con el cariño y la atención que un artista dedica a sus mejores obras. Después de algunos retoques, superponiendo la imagen mental a la foto, se la devolvió a Juanito y le pegó un generoso trago a su bebida.

—¿Y bien?

—Este es el que más se le parece —dijo señalando la cara de Boada.

—¿Te atreves a asegurar que es el mismo hombre?

—Yo no me atrevo a nada. Sólo digo que se parece.

—¿Un poco? ¿Bastante? ¿Mucho?

—Un poco.

—Míralo por última vez y te dejamos en paz.

—Bastante.

—Gracias, Pablo. —Pero Juanito no se movió—. ¿No vas a decirme quién te ha hecho eso?

—Ha sido el viejo de Susana —respondió Protasio, pasando por fin el porro—. Lo pilló ayer en el puerto y le dio de hostias.

—¿Quieres poner una denuncia?

—No.

—¿Por qué?

—Porque en su lugar yo habría hecho lo mismo, probablemente.

—¿Y vosotros no le ayudasteis? —Paco intentaba provocar, con la mano sobre la cadera, de manera que todos pudieran ver la culata de la pistola.

—¿Quién, nosotros? ¿Los sospechosos? ¿Los amigos de un asesino? *Acho*, tú no sabes cómo nos miraban todos esos garrulos. —El que hablaba era Álex, las orejas repletas de aros y un tribal tatuado en el hombro—. No sabes cómo nos sentimos cuando nos rodearon... Pensé que iban a lincharnos.

—Vamos a coger a ese hombre, Pablo, y vas a tener el placer de reconocerle en comisaría. Te lo aseguro.

El inspector dijo eso pensando que se trataba de un gran honor para el chico, como si en ese momento no pudiera desear algo mejor que ser útil a la justicia y colaborar para que la película tuviera un final feliz. Se dio la vuelta sin despedirse, creyendo que había logrado un excelente efecto, pero Paco lo estropeó tirando el botellín vacío a la papelera, que rebotó y cayó fuera y el Mico, con sus orejas de soplillo, no pudo contener la risa. Juanito tuvo que volverse como a cámara lenta para sujetar a Garrido, que se le escapaba como una anguila, y evitar que le estampara un puñetazo en su cara de simio.

Los últimos botellines habían provocado que Paco rebasara el punto, ese estado celestial que con tanto celo se afanaba por mantener a lo largo del día. Se puso cabezón y no hubo forma de evitar que le pidiera al Mico su nombre y su domicilio,

porque iba a recorrer Lo Pagán y le iba hacer pagar doscientos cincuenta euros de multa por cada pintada en la que apareciera su ridícula firma.

Regresaron al Ibiza esquivando gente, sosteniendo un incómodo silencio que Juanito rompió con una carcajada cuando se subieron al coche.

—¿Se puede saber de qué coño te ríes?

—De nada.

Puso el CD de Sabina y volvió a preguntar:

—¿No me lo vas a decir?

—Sólo si me prometes que no te vas a mosquear.

—Venga, tío...

—Prométemelo.

—Vale, te lo juro.

—La dirección que te ha dado el Mico no existe en Lo Pagán.

—Tampoco me importa, porque sólo pretendía asustarle.

Iban por la F-24, a la altura del centro comercial Dos Mares, cuando Garrido volvió a la carga.

—¿Cómo sabes que la dirección es falsa?

—¿Ha dicho que vivía en la calle Benito Camelas?

—Sí.

—Pues eso.

—¿Qué pasa, que conoces todas las calles del pueblo?

Juanito no respondió. Bastante trabajo le estaba costando contener la risa...

—¡Me cago en la...! —Garrido cayó en el juego de palabras y pisó a fondo el pedal del freno. De no haber sido porque la vida de una niña podía depender de lo rápido que actuaran, nada habría impedido que hubiera vuelto para buscar a ese crío, al que le iba a arrancar el *piercing* de la nariz a hostias, y le iba a hacer un montón de cosas más, si tenía la mala suerte de cruzársele en su camino.

La décima orden

Paco tenía que pasarse por el juzgado de guardia para recoger el nuevo auto judicial, mientras Juanito, en su Opel Corsa, se dirigía hacia la casa de Boada. Aparcó en la misma calle Catamarán, a un par de chalets de distancia, desde donde podía observar la puerta sin que lo vieran a él. Mientras esperaba, se metió en Google Maps a través del móvil, para tener una vista aérea del chalet y hacerse una idea más exacta de lo que podrían encontrar tras la verja. Se trataba de una construcción de dos plantas, con un ala cilíndrica añadida, semejante a una torre, que le daba un aspecto señorial. Aunque no pudo ver demasiado, debido a la espesa vegetación que rodeaba la casa, a Juanito le pareció impresionante. Jamás podría permitirse tener algo así, al menos no con el sueldo de policía. Dos horas después, Garrido llegó en su escandaloso Ibiza, justificándose: había tenido que localizar al comisario, quien debió convencer al juez de instrucción para que autorizara el registro, por eso se había retrasado, aunque a Juanito le pareció que su sudor destilaba más alcohol del habitual. A pesar de todo, llevaba el documento bien a la vista, sobresaliendo plegado del bolsillo de la camisa.

Las polillas y los mosquitos se afanaban en torno a la luz. Algunos murciélagos aleteaban alrededor de las farolas, dándose la gran comilona, mientras los policías discutían sobre la conveniencia de inspeccionar el interior sin que el pediatra se percatara. Juanito dijo que no, que de ninguna manera, que para eso tenían la orden de registro. Paco hizo como que pulsaba el timbre y Juanito no reparó en el ardid. Aguardaron unos segundos en silencio, pero nada sucedió. Desde la puerta, la casa resultaba prácticamente invisible tras el selvático jardín, dando la impresión de que en su interior jamás había brillado ni la luna ni el sol. Garrido sacó su juego de ganzúas e introdujo el llavín desdentado en la cerradura; después, empezó a manipular el alambre de acero con la punta doblada a modo de garfio, buscando una a una las guardas y haciendo que saltaran los pequeños resortes. Cada vez que chascaba uno intentaba girar el llavín, hasta que por fin consiguió que corriera el pestillo de la cerradura y la puerta se abriera. Empujó la verja y una lechuza ululó cuando se pusieron en marcha.

Para los inspectores, la decoración del jardín era meramente ornamental. No repararon en la imagen que representaba al arcángel Gabriel, gobernador del Edén y mandatario de los querubines. No se les ocurrió que podían estar rodeados de símbolos, que la embriaguez cultural que padecía el doctor había dado como resultado el pequeño museo del que se había rodeado. A través de los árboles sólo percibían figuras en sombras; más allá, una fuente gorgoteaba, el aire era fresco y olía a humedad. Cruzaron el frondoso jardín con paso vacilante, contemplados en silencio por un Metatrón de piedra, el más poderoso de todas las jerarquías celestiales, con sus seis veces seis alas e innumerables ojos guardando la casa sobre una pilastra.

Continuaron hacia delante, en dirección a la puerta de acceso, hasta que la oscuridad se los tragó por completo.

—¡Joderrr...!

—¿Qué pasa, Juanito?

—Que me he arañado con la puta rama.

—Habla más flojo...

Como un faro en las tinieblas, vieron el parpadeo de una luz roja a través de una ventana y eso les puso sobre aviso. Garrido buscó el cableado de la alarma que le llevó hasta el cobertizo. Una vez allí, con la caja de los contadores abierta, identificó y desconectó los cables que no pertenecían a la instalación eléctrica de la casa; uno de ellos comunicaba directamente con la empresa de seguridad, el otro ponía en funcionamiento una cámara oculta que había en el vestíbulo. Mientras tanto, Juanito aguardaba bajo la sombra del pórtico que precedía a la puerta, y cuando vio que la luz roja dejó de parpadear, se dedicó a la tarea de abrirla, repitiéndose una y otra vez que era una estupidez y una locura invadir ese lugar como ladrones. Empezaba a conocer a su compañero lo suficiente para sospechar que tal vez no hubiera llamado al timbre.

Transpusieron la puerta de doble hoja hasta el amplio vestíbulo, donde decidieron separarse. Juanito atravesó el salón repleto de piezas, sin prestarles atención a las figuras, sin regalarle una sola mirada al mapa portulano ni dejarse sorprender por la magnificencia de las cortinas de damasco. «Cosas, sólo son cosas y no valen todas juntas lo que una sonrisa».

Pasó de largo ante la imagen en bronce del escriba Enoc, en el interior de una pequeña alacena; en un dramático mármol tenía lugar la transformación de Uriel en Jacob, el primer ángel que se había convertido en hombre. Empujó la vidriera donde los severos querubines empuñaban sus flamígeras espadas, y se internó en el laberíntico corredor repleto de ángeles con el único sonido de su respiración y sus pasos. El foco de la linterna descubrió las pinturas, todo un universo de figuras aladas: ángeles poderosos, profundos y resplandecientes, incitantes y hermosos, ángeles desnudos, inocentes, fantasmagóricos y voluptuosos: allí convivían *La Anunciación* de Fra Angélico con el *Cupidón* de Bouguereau; los ángeles de Jean Fouquet con los de Caravaggio y Doré, los de Murillo y Rublev con los de Corzón, Papperitz y Liphart. Los ángeles de Bouguereau le parecieron tan vivos y voluptuosos, tan rebosantes de sensualidad que el resto de las pinturas quedaba en un segundo plano. Observó fascinado un díptico en el que una hueste de ángeles rebeldes arrojados del cielo se precipitaba en llamas hacia el abismo de la perdición, donde permanecerían para siempre rodeados de cadenas, bajo un fuego alimentado por azufre que ardía sin consumirse; el segundo tablero mostraba la batalla final de todos los ángeles, escuadras de ángeles luminosos batallaban contra ángeles de carne oscura y perdían. El último cuadro, que estaba sobre la puerta por la que se accedía al salón, parecía representar el rapto precipitado de una mujer por dos ángeles oscuros. Allí, rodeado de ángeles, lo entendió todo y supo que el CD de Judas Priest le había

llevado al lugar adecuado.

Sintió un cosquilleo en el brazo. Enfocó la linterna y vio una gotita de sangre recorriendo el antebrazo hasta el codo, allí donde se había clavado la rama. Se limpió la herida con la camiseta y se adentró en el salón de la torre, donde percibió un olor agri dulce y suave, no del todo desagradable. Tragó saliva. Con la respiración agitada y la linterna firmemente sujeta a la altura del hombro, recorrió los anaqueles de madera noble que cubrían las paredes, y sintió un sobresalto al contemplar y reconocer las fotografías de las niñas con sus alas de ángel, las mismas fotografías retocadas que habían introducido en el ordenador de Seler. Enfocó la linterna sobre la mesa de mármol y empezó a sentir miedo al comprender lo que allí había sucedido. Pudo seguir el recorrido de esa sensación desde las piernas hasta el estómago, formando un nudo en la garganta y extendiéndose por toda la cara hasta desbordarse en la nuca. Imaginó a una niña, con sus alas clavadas en la espalda, desangrándose sobre la mesa anegada, el oscuro reguero recorriendo las acanaladuras talladas y goteando hasta el suelo. Pero la superficie estaba impoluta, como si allí no hubiera pasado eso que imaginaba, o como si la hubieran limpiado a conciencia. «Por mucho que limpien, siempre quedan trazas de sangre», le había dicho Luzón.

Para asegurarse apagó la linterna, sacó la pequeña lámpara de Wood que le había pedido prestada al forense esa misma tarde junto al *spray* de luminol, con el que roció la mesa y observó el resultado. No cabía duda: el hierro presente en la sangre provocó la reacción y la superficie de mármol se iluminó casi por completo, un azul fluorescente destacando en la oscuridad. Una bella imagen representando el horror. Con el corazón desbocado bombeando en su pecho, rascó una mancha negruzca en una de las juntas de la gran mesa, que apestaba a incienso, y la introdujo en la bolsa de pruebas. Después, se dirigió hacia el fondo de la estancia, donde descubrió que la escultura del ángel se parecía demasiado a Cristina Garcés, para no ser ella misma adornada con plumas de cisne. Acarició la piel disecada, sin acabar de asimilar aquella locura, y comprendió que aquella niña, cuyo cadáver nunca había aparecido, se había convertido en uno de los exquisitos trabajos del coronel Ballester.

Tras el retablo encontró una puerta cerrada con llave que abrió con sumo cuidado, de manera que los goznes no emitieran ni el menor ruido. Le llevó hacia abajo, a un zulo rectangular que contenía una pequeña cama y un retrete con lavabo y ducha; era un lugar húmedo de paredes mugrientas, un sitio vacío repleto de ecos, con una toalla colgando de un clavo y un crucifijo como única decoración. «Aquí las encierran, a la espera del sacrificio», pensó. Hacia arriba, la escalera le condujo a una habitación estrecha con forma de media luna, adaptada al interior de la cúpula. Estaba decorada con un gusto empalagoso, muebles infantiles y sillitas de color pastel ocupadas por sonrientes perritos de peluche y focas de raso, barbies, hellokitties, una cocinita con su vajilla y montones de cuentos. Sobre la moqueta rosa y morada había un pequeño televisor verde como un caramelo. En la mesita de noche, junto a la cama con sábanas de seda amarilla, había un espejo de plástico. De nuevo se le agitaron los

nervios. La vidriera filtraba fugaces destellos que le daban un aire mágico a la estancia, una magia coloreada y transparente, desde donde se vislumbraba todo el salón, con su mesa preparada para el ritual asesino que transformaba a una niña radiante y viva en un ángel pálido y frío. Un juguete perverso, un adorno exclusivo. Al fondo, junto a la *Ofrenda a la diosa de los amores* de Tiziano, una puerta disimulada daba acceso a un pequeño cuarto. Abrió la puerta y avanzó lentamente, contemplando el sobrio y elegante mobiliario, el buró, el mueble bar, los cómodos sofás enfrentados al espejo de dirección única, que permitía observar lo que quiera que sucediera en la habitación con forma de media luna entre hombres y niñas, hechos que quedaban filmados por dos cámaras de vídeo digital disimuladas en las paredes. Todo eso ampliaba el negocio, permitiendo que alguien mirara, por un módico precio, lo que otro hacía por un precio más elevado, sin ser consciente de que estaba siendo grabado y observado.

En una estantería de bronce, sobre el *Éxtasis de santa Teresa*, se apoyaban las tres *Crónicas* del patriarca Enoc, la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino y las *Jerarquías Celestiales* de Dionisio el Areopagita; a su alrededor, ocupando toda la pared, había grabados con los representantes de las tres Tríadas: Serafines, Querubines y Tronos; Dominaciones, Virtudes y Potestades; Principados, Arcángeles y Ángeles. Preguntándose qué diablos podía significar todo aquello, Juanito contempló la imagen de santa Teresa afrontando una de sus espectaculares visiones, donde un ángel sonriente estaba a punto de atravesarle el corazón con una lanza dorada. De la misma manera que era incapaz de entender el punto provocado por el alcohol y las drogas, el inspector carecía de la profundidad necesaria para comprender los arrebatos místicos. Todo eso le era ajeno. Lo más parecido que había experimentado en su vida era la sensación que le producía la lectura de una buena novela policíaca o las poderosas y conmovedoras armonías de Guns N' Roses o Pearl Jam mientras se afeitaba.

Desanduvo el largo camino de las revelaciones y se encontró de nuevo en el patético museo del doctor. Pasó de largo ante el pabellón de trofeos sin prestarle demasiada atención; las ventanas de gablete y el suelo de mármol teselado daban un aire distinguido a ese lugar sombrío, esa guarida de lujo decorada con cabezas de animales. Marcó un número en su teléfono móvil, y, sin aguardar a que descolgaran, lo introdujo de nuevo en el bolsillo superior de su chaqueta. Desenfundó el arma, le quitó el seguro y la encaró a la altura de los ojos. Empuñando la pistola con ambas manos, empujó la puerta, que dejaba escapar una afilada hoja de luz. Entonces vio un bulto moviéndose tras un escritorio. Un bulto que parecía un hombre, un bulto murmurando algo, un bulto con un cigarro habano clavado en la cara.

El bulto habló:

—Pase y póngase cómodo, inspector.

Sentado ante una mesa de aromático cedro, con la pantalla del ordenador iluminando su rostro, el doctor Boada escanciaba Châteauneuf-du-Pape sobre una

copa de cristal que mantenía en el aire. Después, dejó el decantador sobre la mesa y contempló ensimismado la transparencia del vino.

—No se mueva, doctor Boada. —Juanito le apuntaba con su arma, directamente al pecho—. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga a partir de este momento puede ser utilizado en su contra; tiene derecho a un abogado...

—Por favor, no sea vulgar. Escuchar dos veces en una misma noche esa cháchara de funcionario sería demasiado. —El doctor, meditabundo y sombrío, aspiraba el aroma de su copa—. Este vino es excelente. Sírvaselo usted mismo.

—No, gracias.

Boada le obsequió una falsa sonrisa.

—Usted se lo pierde.

El despacho era agradable, amplio, con apariencia de comodidad y recogimiento. Sobre la chimenea, el lienzo la *Iniciación* de Charles Sellier atrajo su atención. Juanito contempló la borrosa figura rodeada de ángeles con instrumentos musicales, recreando una atmósfera particularmente misteriosa. En un rincón, presidido por una vitrina repleta de extraños objetos y libros de arte, tres sofás rodeaban una mesa circular de caoba sobre la que reposaban en estudiado desorden algunas revistas de pediatría, una guía del museo Metropolitano de Nueva York y el último ejemplar de *Epicur*. Con una copa en la mano, Paco Garrido lo hojeaba, aparentemente ajeno a la conversación.

—¿No piensa decirme de qué me acusa? —El doctor dedicó toda su atención a aspirar una bocanada de su Cohiba, implicando a los sentidos del gusto, el olfato, la vista y el tacto. El oído ya había tenido su ración de gloria cuando lo hizo rodar entre los dedos, presionando con delicadeza, para valorar mediante el sonido la frescura del habano—. Creo que no ha seguido correctamente el procedimiento.

—Secuestro, violación, asesinato... —Juanito tomó asiento frente a Boada, en una cómoda silla con respaldo de cuero—. También he visto el tinglado que tiene montado arriba, el de los mirones. Tiene usted un negocio con numerosas ramificaciones.

—Las necesarias para captar la atención de los timoratos e incitarlos a dar el siguiente paso. Una estrategia comercial, nada más.

—Pues la ambición le ha perdido, doctor —intervino Garrido desde el sofá—. Debería haber seguido haciéndose pajas delante del ordenador. Si no hubiera tentado a la suerte, nosotros no estaríamos aquí y, lo más importante, muchos niños seguirían vivos.

—Bueno, bueno, no dramaticemos. Parece que ahora sólo nos preocupa el obsesivo cuidado de nuestros niños. Antes de que Rousseau publicara *Emile*, la infancia no existía, la niñez era un estado meramente de transición y, por supuesto, deficiente. En ese libro se habla por primera vez de la infancia como de algo perfectamente diferenciado, con entidad propia, porque la naturaleza quiere que los niños sean niños antes de convertirse en adultos. Cada edad, cada estado de vida,

tiene su propia perfección, su propia madurez, y algún día no será necesario que nos escondamos para tener relaciones con ellos.

—Es usted un pionero, ¿eh, gordo? —Paco se reía—. Un precursor, como Galileo y Darwin.

Sin hacer caso de la burla del policía, el doctor bebió de su copa, sosteniéndole la mirada.

—Le estoy hablando de transgresión y liberación.

—Me está hablando de cosas que ni usted mismo se cree.

—Yo adoro a los niños.

—Por eso usted, que ama tanto a los niños, los secuestra, los viola y los asesina en nombre de la causa. —Garrido se secó una imaginaria lágrima—. Es realmente conmovedor imaginarlo frente al ordenador viendo fotos de niños con la boca abierta. Dígame la verdad, ¿cómo le excitan más los dodotis: con caquita o con pis?

—Esos sarcasmos de policía de mente estrecha no me afectan en absoluto, puede creerme. —El tono controlado en la voz del doctor actuaba como un bálsamo, aunque en su mirada no había calor y estaba cargada de desprecio—. En la época victoriana sentían especial predilección por los niños que aún no habían alcanzado la pubertad. La inocencia natural dota al niño de una belleza y un encanto angelicales. Es lo que mueve a los ángeles a llevárselos con ellos. Por eso yo no encuentro que sea trágica la prematura muerte de esas niñas, porque permanecerán siempre puras y felices allá donde estén.

—Es decir, que los padres tendrían que estarle agradecidos, ¿no es eso? —Garrido bebió de su copa—. Quiero entender, ayúdeme a entender, qué es lo que ha hecho que todo un prohombre, un caballero exquisito y culto como usted se haya vuelto majara.

A Juanito esa situación empezó a parecerle irreal. Buenas maneras, palabras corteses, ademanes educados y demás, entre certificados de seminarios y cursillos, placas y fotografías memorables: fotos en yate, fotos pescando, fotos cazando, fotos estrechando manos de hombres ilustres. «Este soy yo», proclamaban las paredes de la habitación, una persona distinguida, ni más ni menos. De seguir así, acabarían matándose educadamente. Paco le apuntaría con su pistola y le pediría por favor que no se moviera, para poder volarle de un tiro su presuntuosa cara. Juanito miraba a ese hombre de rostro bronceado y enorme papada y lo imaginó como una alimaña a punto de saltar sobre su víctima, sabiendo que tendría que morir momentos después para que él pudiera seguir satisfaciendo sus infames deseos. El pediatra sonrió, todo suavidad y armonía dentro de su traje de Brioni. Con exquisitos modales levantó ambas manos, ofreciendo a su audiencia las tentaciones del mundo.

—Vivir es un arte delicado. No sabe usted hasta qué punto somos esclavos de la belleza. —El doctor inclinó hacia delante su rostro ávido, la luz de la lámpara reflejándose en sus ojos—. Una niña es como cualquier mujer, sólo que la textura de su piel es más delicada, su aliento es dulce y su mirada limpia.

—Supongo que debo creerle, ya que usted es el experto. —Garrido bebió sorbiendo ruidosamente. Sus ojillos burlones se encontraban clavados en el doctor—. Y en su mirada limpia no aparece el reproche, que vería en esa mujer adulta con la que no sabría relacionarse.

—¿Ha visto alguna vez un ángel viejo? —En espera de la respuesta, le dio una chupada al Cohiba—. Pues yo no me imagino rodeado de decrepitas viejas, con sus dentaduras postizas moviéndoseles en la boca y haciendo ruiditos. En cambio, esas niñas...

Boada cerró los ojos y Juanito no pudo evitar ver la imagen del doctor, como un enorme escarabajo pesado y torpón. Sintió una repugnancia instintiva hacia él, una reacción física por su aspecto más que por sus comentarios.

—Esas niñas nos transportan a otros tiempos y hacen que nos olvidemos de la inminencia de la muerte. —Sonriendo, pensó en la pequeña Alba, en la incondicional confianza que había sentido por el payaso que la traicionó. «Eso es la inocencia»—. Con el siguiente caso usted se olvidará de este asunto. Pero a mí nadie podrá quitarme nunca mis recuerdos, y mis emociones seguirán siendo mías. Tal vez consigan encerrarme, pero a donde quiera que vaya formarán parte de mis sueños.

Después de apurar su copa, Garrido se levantó del sofá y se dirigió al escritorio de Boada.

—¿Sabe que en la cárcel hay que proteger a los pederastas? Si los dejamos junto a los otros reclusos terminan asesinándolos de forma cruel, con saña, no sé si me entiende. —Cogió el decantador y llenó la copa de nuevo, dejando que el líquido rebosara sobre la superficie de la mesa—. Huy, perdón, le he manchado su bonito escritorio.

—Lo que le molesta es que yo sea rico, ¿verdad? —Haciendo caso omiso de la provocación del policía, levantó su copa e hizo un silencioso brindis, sonriendo, como si no le importara que el vino cayera sobre la mesa—. Si fuera un piojoso muerto de hambre como usted, todo lo que hago quedaría justificado.

Paco le echó el vino sobre la cara.

—Lo siento de veras. Qué torpe soy.

—Un hombre incapaz de controlar sus emociones resulta siempre patético. Usted me recuerda a Alfredo Seler: anodino, sin carácter, alcohólico...

—En eso se equivoca. —Garrido volvió al sofá, intentando que no se notara que la palabra alcohólico le había tocado la fibra—. Me considero una persona exquisita, que toma y prueba todo lo que la vida le ofrece, como usted mismo. Al fin y al cabo estamos en el mundo para eso y para mucho más. Pero nuestros semejantes son tan limitados, ¿verdad? Gastan su vida en trabajos insulsos y estúpidas conversaciones sobre política y fútbol. —El policía suspiró—. Es tan frugal la existencia. —Paco estrelló su copa sobre el lienzo de Charles Sellier y apuntó a la cabeza de Boada con su arma. El doctor se echó hacia atrás, sobresaltado—. Me está costando horrores controlarme, aunque tengo que reconocer que hoy estoy disfrutando de lo lindo.

—Y pensar que al pobre Seler le echaron del colegio porque miraba con adoración a los niños —intervino Juanito—, porque los amaba y era cariñoso con ellos. Fue su chivo expiatorio, ¿no es cierto? Inocente como un niño, sufriendo en silencio su debilidad y su pasión.

—No tan inocente. A él le gustaba todo esto, y nunca se quejó mientras miraba lo que otros hacían. Incluso nos ayudó con nuestra última adquisición. Pero los remordimientos le traicionaron, y cuando usted irrumpió en la escena se volvió peligroso. —Juntó las yemas de los dedos—. Debe comprender que era la persona indicada para sacrificarse por los demás y yo le ayudé a purgar su conciencia. Seler no entendía que un hombre no puede dejar de ser lo que es.

—¿Cómo le mataron para no dejar marcas? ¿Le narcotizaron antes de colgarlo de la lámpara?

—No quiero robarle el placer de averiguarlo, ese placer al que Conan Doyle denominó la ciencia de la deducción. —El doctor Boada lo miró con indulgencia—. Como le decía, ese hombre estaba condenado por su propia pasión. No hay adicción más difícil de superar que una relación de amor. Pero no quiero hablar únicamente del amor, porque no podemos ignorar otras necesidades. No olvide que en mi negocio, afortunadamente, hay muchas personas que no se avergüenzan de ellas, y que están dispuestas a pagar grandes sumas de dinero por satisfacerlas.

Sobre la mesa estaba el compacto de Bach que le había regalado Seler, con la carátula mostrando el cuadro de Botticelli en el que aparecían tres ángeles. El doctor abrió la caja e introdujo el CD en la bandeja del pequeño equipo que había junto a su escritorio.

—¿Y los ángeles? ¿Qué tienen que ver en toda esta historia?

La misma música que Susana y Alicia habían escuchado durante el ritual inundó el despacho. *Esurientes* era deliciosa, y Juanito agradeció el sonido refrescante, la armonía de la flauta despejando su mente.

—Antes de que la Iglesia empezara a negarlos, no sólo gobernaban los planetas, las cuatro estaciones, los meses del año y los días de la semana, sino también las horas del día y de la noche. —Paco Garrido bostezó ruidosamente—. En el siglo XIV se hablaba de más de trescientos millones de ángeles. Siempre me pregunté adónde habrían ido a parar esos seres prodigiosos que inspiraron a tantos artistas. Y la respuesta es que ya estaban aquí, entre nosotros. —La chifladura del doctor era elaborada, como no podía ser menos en una persona tan cultivada. Juanito no le interrumpió, consciente de que no hay nada mejor que mantener la boca cerrada y parecer interesado cuando quieres sonsacar a alguien—. Siempre se ha dicho que existen nueve órdenes de ángeles, pero el *Génesis* hace referencia al décimo, el de los Vigías, una esencia aparte que se perdió para siempre cuando vieron a las Hijas del Hombre, las codiciaron y se desposaron con ellas. Estos ángeles sucumbieron y de su descendencia surgieron las nínfulas de las que habla Nabokov en su novela, ese tipo de niña procaz que a lo largo de la Historia ha tentado y seducido a numerosos

hombres.

—¿Lo dice en serio? ¿Realmente cree en todo eso?

—Lo que debemos y no debemos creer nos convierte en humanos; lo que queremos creer y hacer a pesar de todo nos iguala a los ángeles. Échele una mirada al cuadro del Bosco y comprenderá que la pieza central de *El jardín de las delicias*, la que muestra el mundo dominado por los pecados, representa el fin de las limitaciones.

—Perdone, pero no le sigo.

—Una niña es una criatura que posee la cualidad de estar por encima del bien y del mal, como los ángeles, ya que aún no ha sido encerrada tras la máscara humana. Si la enriquecemos con los atributos del erotismo, nos adentramos en otra dimensión: el Paraíso, donde todo puede ser sin ningún límite. Ese lugar donde es necesario cometer todos los actos para mantenernos en él. Para comprender eso, es necesario cobrar conciencia de que no habitamos un mundo, una ciudad, un determinado lugar: habitamos un cuerpo. Somos percepción, y nuestra mente recrea la realidad a medida que la experimenta. La vida social es una narración donde sólo sucede aquello que está previsto. Cuando está a punto de pasar algo que no debería suceder lo evitamos, intentamos por todos los medios que no ocurra.

—¿Y qué pasa cuando traspasamos esos límites, cuando pasamos por encima del bien y del mal y experimentamos lo que según usted es imprevisible?

—Pues que se amplía la realidad y nos embarga el conocimiento de que la vida es lo que uno desee hacer con ella. —El doctor suspiró—. Hay tantas otras cosas.

—¿Y eljardin.com es una de ellas?

—Veo que ha descubierto mi página web. Aunque parece tonto, es usted un policía muy sagaz.

—Sé que me halaga para encubrir sus meteduras de pata.

—Como alguien dijo una vez, no basta con alcanzar un deseo, es necesario estar siempre a la altura de él.

—¿Y qué se supone que quiere decir con eso, tarado? —preguntó Garrido—. ¿Se refiere a poder pagarlo?

—Exactamente. Satisfacer el deseo de mirar y experimentar cosas prohibidas tiene un precio, pero no es por eso que eljardin.com se encuentra en la red. Es para alimentar el deseo, para sondear y captar. —Su explicación debió de dejarlo plenamente satisfecho, porque se permitió una aparatosa fumada del puro—. ¿Ha reparado usted en la falta de responsabilidad de los adolescentes? No saben nada del mundo exterior, se reúnen en manadas y consumen su inocencia de manera inconsciente, entre borracheras y sonidos estridentes, anestesiados por el alcohol y las drogas. Puede verlos en los parques, fornicando como animales. Es como si quisieran librarse de esa inocencia a toda costa, como si se tratara de una enfermedad indeseable. ¿Qué hay de malo en que yo la transforme en arte, antes de que se pierda por completo?

—En dinero, querrá decir. Lo del arte es una excusa, un envoltorio falaz que ni usted mismo se traga.

—Yo soy plenamente consciente de su valor. Un valor que otros comparten.

—Eso lo convierte en tendero, no en artista.

—Viejos... —interrumpió Juanito.

—¿Cómo dice...?

—Un negocio para viejos enfermos y endiabladamente ricos. Ahí es donde encaja la terapia celular de Niehans. Gente desesperada, que padecen lo que su compinche Grijaldo llamó envejecimiento patológico, que pagarían lo que les pidieran por esos sueros de rejuvenecimiento elaborados con glándulas. Placebos.

—No deja de sorprenderme, inspector. Es increíble que con los pocos descuidos que hemos tenido haya sido capaz de llegar hasta aquí.

—No merezco todo el mérito, el mío es un trabajo de equipo. Dígame, ¿consigue todos sus clientes a través de la red?

—De ninguna manera. La Costa Cálida es el lugar con más clientes potenciales que pueda imaginar y los hospitales y ambulatorios las mejores oficinas de reclutamiento; ya sabe que la vejez es fuente de numerosas enfermedades e insatisfacciones.

Boada acarició la réplica de *Ángeles y diablos* que había sobre su escritorio, esa esfera diseñada por Escher para que doce ángeles blancos encajaran con precisión entre doce diablos negros. La mano saltó al teclado de su ordenador, introdujo unos datos y una imagen apareció en la pantalla. Su rostro se iluminó.

—Le presento a Nika. —El doctor sonreía, un poco bebido y un poco patoso; giró el monitor para que Juanito pudiera verla: la cara infantil con gorrito de baño y ojos rasgados, el pecho plano y el ombligo manchado de espuma, una niña a la que todo ese tipo de cosas le importaba un pimiento, que lo único que quería con toda seguridad era jugar, reír y ser feliz—. Lleva trabajando como estrella del erotismo desde los cinco años, y todavía hoy sigue en activo. Hace unos días la reencontré en internet, pero ya ha perdido el encanto que tenía cuando era niña. Fíjese en esta. Se llama Noemí y fueron sus propios padres quienes la introdujeron en el negocio. Es maravillosa, ¿no es cierto? Lewis Carroll decía que le encantaban los niños, siempre que fueran niñas. Dígame la verdad, ¿no le gustaría probar? Si lo desea, puedo prepararlo de manera que quede entre usted y yo. Sea sincero consigo mismo. Piense que en toda su vida no se le va a presentar una oportunidad como esta.

—¿Ha escuchado eso, comisario? —El inspector había sacado el teléfono móvil del bolsillo y hablaba con su superior—. La misma palabrería, cargada de tentaciones, que utilizó el domingo con Pablo y Susana para que bebieran el vino narcotizado. Es posible que en algún lugar de la casa haya alguna niña secuestrada. Con un poco de suerte tal vez logremos rescatar a Alicia.

—Habéis hecho un buen trabajo, Juanito. Ya están de camino unos cuantos zetas.

—Me inquieta el asunto ese de la orden de registro. Paco me aseguró que no

Penúltima verdad

Fue una noche larga para la Policía Judicial de Cartagena, para la Guardia Civil y la policía local de Santiago de la Ribera. Una noche larga y triste para Luzón, que se presentó en el lugar de los hechos y dictaminó la muerte de Francisco Garrido y Ernesto Boada. En la caja fuerte del doctor encontraron un archivador con cientos de fotografías de niños y su dirección postal, utilizados por Boada en los catálogos cifrados que ofrecía por *e-mail* a su selecta clientela, para que pudieran realizar sus encargos cómodamente y de forma segura. Aunque la página web de Ernesto Boada había sido visitada por miles de internautas, sólo setenta y seis poseían la contraseña que les permitía el acceso al material más selecto, cuyos nombres y número de Visa estaban detallados en una agenda que guardaba en el doble fondo de un cajón de su escritorio. Las transferencias bancarias de importantes sumas que habían sido efectuadas a su cuenta en los tres últimos años coincidían con las de numerosas desapariciones que habían tenido lugar en la región. Se confiscaron CD y discos duros, donde aparecían los hombres que participaron en fiestas privadas y rituales que culminaban con la muerte de un niño; mediante el chantaje se aseguraba la continuidad del negocio, al tiempo que los condenaba si él era descubierto. Ahora no había escapatoria posible para ellos, y aunque el resto de los socios del Lolita Club no estaban implicados, Anselmo Grijaldo y Julián Ballester fueron detenidos esa misma noche. Durante los interrogatorios salieron a la luz dos nuevos imputados: el conocido fotógrafo Andrés Cifuentes, que filmaba las sesiones y hacía de payaso, y su mujer, Magdalena Jaramillo, una arpía que se puso a chillar como una loca, y que tuvieron que sujetar entre tres agentes, porque se habían equivocado; ella no sabía nada de las niñas, aseguró, a pesar de que aún no le habían dicho el motivo de la detención, y de que en su portátil encontraron los catálogos digitales, las fotos manipuladas que introdujeron en el ordenador de Seler y el programa de retoque que utilizó para modificarlas. Todos formaban parte del entramado y tendrían que responder por ello.

Después de arrancar el papel pintado de las paredes y derribar algunos muros, de excavar en el jardín buscando trampillas disimuladas y puertas falsas, después de revisar con ultrasonidos y detectores de calor cada centímetro de la casa, una niña fue liberada de su prisión, una niña triste y asustada, en una habitación diminuta y recargada, pintada de rosa. Allí había permanecido encerrada desde su secuestro, porque Boada pospuso su sacrificio atrapado por el hechizo de su nínfula, su amor. El milagro de su belleza la salvó, pero la obligó a vivir una pesadilla que jamás olvidará. Marta, Martica, como la llamaron sus padres emocionalmente destrozados, confusa y desconcertada, aún se encontraba viva.

El excelente humor del forense no se manifestó esa noche durante su trabajo.

Reconoció a la niña extrañamente abstraído, preguntándose una y otra vez sobre los mecanismos que la mente infantil había conseguido activar para no caer en el pozo de la locura, para ser capaz de controlar su propio miedo, para asimilar y vivir el terror, y habló con sus padres apresuradamente, a pesar de que estaban eufóricos y querían saber y saber. Pero no podía contarles que la niña se volvería retraída, que temería a los adultos, que tendría que soportar su complejo de culpa, porque el egocentrismo de los niños hace que crean que siempre son ellos los responsables, y que cabía la posibilidad de que sus compañeros de colegio la insultaran, la humillaran y la dejaran de lado, como ya había sucedido en casos similares. Agotado, terminó su trabajo a las tres de la mañana. Era consciente de que esa noche le sería imposible dormir, de manera que decidió adelantar el trabajo del día siguiente. Sentía curiosidad por descubrir la sustancia que había utilizado ese médico para suicidarse.

Eran poco más de las cinco de la madrugada cuando el zumbido del teléfono sobresaltó a Juanito, que había pasado la noche como Luzón trabajando en el caso. Después de releerlo numerosas veces, el informe por fin estaba completo: dieciocho hojas desparramadas sobre la mesa.

—Inspector Proaza, al habla Luzón.

A Juanito le sorprendió el tono jovial y desenfadado del forense, que contrastaba con el ánimo de las últimas horas.

—Me alegra escucharle. Habría deseado invitarle a un café, pero he dado por hecho que estaría durmiendo.

—No he podido pegar ojo, así que he pasado la noche en la sala de autopsias. —Breve pausa de las utilizadas por Luzón para lograr un efecto—. En estos momentos me estoy tomando un café, aquí en el pasillo. De manera que si desea invitarme, mañana puede darme los cincuenta céntimos que me ha costado.

—Me parece justo.

De nuevo un silencio inusualmente largo. Uno de esos momentos en los que parece no suceder nada, a pesar de que el mundo continúa latiendo con su mudo reproche, produciendo acontecimientos que nos indican una y otra vez que creernos el centro de todas las cosas no es más que una vana y estúpida ilusión.

—Me han traído el cadáver de Alicia. —Pausa—. Debería verla, tan frágil, tan serena y silenciosa, que parece que estuviera dormida. La han encontrado en el taller de ese hombre, el taxidermista, acurrucada en el congelador industrial; aguardando paciente el momento de su transformación. —Silencio—. Habría sido un bello ángel, una estatua bonita y decorativa para esa gente sin alma. —Juanito la imaginó sobre el banco de trabajo de Ballester, en la misma posición que la ardilla, las manos del coronel seleccionando un bisturí para trabajar sobre ella—. Dentro de unas horas, estarán aquí sus padres para reconocerla y yo tendré que mantener el tipo y consolarlos, porque en esos momentos sólo me tendrán a mí. Todavía recuerdo al

padre de Susana. El hombre estaba destrozado, no paraba de llorar y de golpearse a sí mismo, como castigándose por lo que él consideraba una responsabilidad que no supo afrontar. Podrá sobrellevar la vida con la ayuda del alcohol, porque el Estado no considera imprescindible el apoyo psicológico a los padres de los niños asesinados, al que sí tiene derecho el criminal.

Juanito recordó a la señora Montón haciéndose culpable de lo que había sucedido, pensando que había actuado incorrectamente en algún momento, que había sido un descuido suyo el que había ocasionado la desgracia de su hija. Sintió un ligero escozor en los ojos; quince años de sequía para acabar convertido en un poli llorón.

—Olvidé preguntarle a Boada por qué unas niñas acaban convertidas en ángeles y otras en las alcantarillas.

—Yo creo que no a todos sus clientes les interesaba el *pack* completo. Supongo que algunos sólo buscan la experiencia, y en esos casos hacen acopio de glándulas para su otro negocio, el de la terapia celular. Pero puede preguntárselo usted mismo, mañana, si le apetece.

—¿Ya está otra vez con sus coñas?

A través del auricular, oyó el sonido de una nueva moneda al precipitarse por la ranura de la máquina.

—Nada de coñas, inspector. Este café no es para mí.

—¿Ah, no?

—Es la primera vez que invito a uno de mis cadáveres.

—Me está tomando el pelo, ¿verdad? —dijo, pero habría deseado aconsejarle que debía descansar, salir pitando de ese lugar deprimente, dejar de lado el trabajo y refugiarse en el sueño.

—¿Usted cree? Disculpe un momento, que se ha caído la cucharilla al suelo.

—Oiga, Luzón, ¿no cree que por hoy ya es suficiente? Debería darse un respiro.

—Se equivoca. Gracias a que no me he permitido descansar estamos ahora los dos, dispuestos a celebrar algo.

¿Celebrar? ¿Se había vuelto majara Luzón? «Es la tensión —se dijo—, la tensión acumulada le está afectando». Y él, como siempre, incapaz de dar el consejo adecuado, de consolar a un amigo.

—Quise empezar con la autopsia de Boada. Deseaba saber, ante todo, qué sustancia había utilizado para acabar con su vida. Curiosidad científica, sin nada de morbo, créame. Un médico sabe elegir lo mejor, lo más adecuado, aunque en eso de elegir lo más adecuado siempre ha habido discrepancias, quería saber la elección de ese hombre tan exquisito, algo que pudiera mezclarse con Châteauneuf-du-Pape sin alterar su sabor.

—¿Lo ha descubierto?

—Naturalmente que lo he descubierto: tetradotoxina. Me lo ha dicho él mismo.

—¿Cómo dice?

—Se que me ha escuchado perfectamente, pero le cuesta creerlo. Se está

preguntando ahora mismo si eso es posible y se está respondiendo que no, porque es más fácil pensar que estoy bromeando. Pero no se trata de un chiste macabro y puedo asegurarle que en estos momentos estamos festejando algo.

—Quiero creerle, de veras.

—Pues entonces escuche. Porque al escoger el cuerpo de Boada en lugar del de Garrido para la primera necropsia acerté de pleno sin saberlo. —Dio un rápido sorbo a su café y prosiguió—: Cuando tracé la línea de incisión primaria me sorprendió que la herida sangrara ligeramente, pero no le di importancia, porque a veces esas cosas ocurren; ni todas las personas ni todos los cadáveres son iguales, porque hasta los muertos tienen su personalidad. Ya sabe usted que antes de proceder a la evisceración es necesario abrir la caja torácica. Coloqué las tijeras sobre el esternón y corté. Se oyó el crujido habitual y me pareció oír un gemido, pero tampoco le di importancia, porque en una autopsia hay numerosos sonidos, succiones, goteos, chasquidos, incluso suspiros, cuando se ejerce una leve presión sobre los pulmones. Hummm..., este café está realmente delicioso, para ser de máquina.

—Siga, por favor. —Ahora Juanito estaba en las manos del forense, y habría dado cualquier cosa por conocer el final de la historia. Incluso habría ido hasta la sala de autopsias n.º 1, a esas horas de la noche, si Luzón se lo hubiera pedido.

—No me asaltó el olor de la descomposición, y usted sabe tan bien como yo que los muertos huelen mal, incluso antes de empezar a pudrirse. Eso de morir es una asquerosidad, una cochinado que les pasa siempre a los demás. Aparté las costillas con el retractor y el cadáver gritó. —Breve pausa—. Un grito formidable, si tenemos en cuenta que quien lo produjo llevaba unas horas muerto. Y no se trataba de un acto reflejo, porque ni siquiera le había tocado los pulmones, pero el doctor me gritó a la cara y me dio un susto de cojones.

—¿Todavía estaba vivo?

—«Todavía», no es la palabra adecuada: se encontraba con vida, porque la tetradotoxina bloquea el paso de las señales nerviosas, deteniendo por completo el movimiento de los iones de sodio en el interior de las células. Esto hace que el cuerpo entre en un profundo pero pasajero estado comatoso. Ernesto Boada había planeado minuciosamente su fuga, pero no contó con que le fuera a hacer la autopsia inmediatamente. De no haber sido por eso, de haber esperado a mañana, se habría despertado de madrugada en el depósito y habría conseguido escapar. Debe de tener suficientes medios y dinero para iniciar una nueva vida en cualquier otro lugar. Ahora eso ya no es posible.

—¿Ha muerto?

—De ninguna manera. Lo he cosido como mejor he podido, aunque le va a quedar una cicatriz un poco fea; lo de coser cadáveres siempre ha sido cosa de mi ayudante y a mí no se me da demasiado bien.

—¿Cómo es que usted no se dio cuenta en la casa de Boada de que aún estaba con vida?

—Porque *casi* no estaba vivo. Esta neurotoxina provoca un estado de carencia límite en el sistema nervioso autónomo.

—¿Y no hay otros síntomas?

—La muerte de un individuo no equivale a la interrupción instantánea de todos los fenómenos vitales, ya que se trata de un proceso de desintegración coordinada —respondió el forense—. Desde un punto de vista científico no existe el instante de la muerte, eso que se identifica con el cese de los latidos cardíacos o de los movimientos respiratorios.

—¿Me está diciendo que en el cadáver siempre quedan restos de vida?

—Es lo que se conoce como vida residual —añadió Luzón.

—Entiendo.

—En el lugar de los hechos suelo limitarme a las comprobaciones rutinarias y dejo el momento de las confirmaciones para la autopsia, porque las cosas en un porcentaje muy alto suelen ser lo que aparentan.

Silencio. Juanito no dijo nada, aunque pensaba cosas que no se atrevió a decir al forense.

—¿No estará pensando que yo sabía que Boada quería jugármela y que le hice la autopsia a propósito, aun sabiendo que estaba vivo?

—¡No, no, ni mucho menos! —El inspector se encogió de hombros—. Por mí que se vaya al diablo. ¿Y Garrido? ¿Qué ha pasado con Garrido?

—Está despertándose —respondió—. Me temo que mañana va a tener resaca. Me disponía a llevarle un café, cuando he decidido llamarle. He pensado que le gustaría saberlo. A propósito, ¿ha leído *Lolita*?

—No, pero va a ser la siguiente novela que lea, a ver si dejan ya de preguntarme de una puñetera vez todos lo mismo.

—Es que me parece que Boada ha asumido inconscientemente la personalidad de Quilty, con quien se sentía más o menos identificado, y ha matado a Seler para vengarse de Humbert. Ya hablaremos del tema, aunque ahora que lo he dicho me parece una solemne tontería. Qué gilipollez acabo de decir: vicios de la juventud, cuando escribía reseñas para la revista de la facultad. En fin, debe disculparme porque mis pacientes me reclaman.

Por un momento Juanito quedó ensimismado, repleto de emociones de todo tipo, agotado y eufórico al mismo tiempo. ¿Le había vacilado el forense o era real lo que acababa de oír? De inmediato desechó la idea, porque Luzón no podía bromear con algo así. Pensó en Boada, quien luciría a partir de ese momento una enorme cicatriz de cadáver. A pesar de todo, sabía que no lo iba a pasar mal en la cárcel. Ese hombre abominable y lleno de misterios, con una interesante vida interior y unas aficiones insólitas, despertará el interés y la morbosidad de la gente. Los psicólogos lo considerarán digno de análisis y los periódicos intentarán descubrir su personalidad,

sus experiencias infantiles y sus traumas; pasará a formar parte de los proyectos y estudios de numerosos criminólogos y perfiladores, y disfrutará enormemente con la observación de los expertos y la curiosidad de la policía, incluido él mismo, que ya estaba pensando en utilizar el caso para su tesis. En cambio, a sus víctimas nadie les prestará demasiada atención, porque lo único notable que hicieron en su vida fue cruzarse en el camino del doctor. Cuando se desvanezca el interés que despierta su caso, quedarán olvidadas en el cementerio, y sus padres tendrán que aprender a vivir con su dolor y su mediocridad. Esas personas corrientes se encerrarán en su miedo, se volverán desconfiadas y sufrirán continuos desajustes emocionales y depresiones. En fin, algo vulgar.

Juanito se levantó de la silla, deambuló torpemente por la habitación y volvió a sentarse. Miró el arañazo que se había hecho en el siniestro jardín del doctor: la costra seca y un parchón de Betadine señalando su primera herida de guerra. Su trabajo había terminado y ese era el momento para descansar, ahora que el caso pasaba a los jueces, quienes tendrían que determinar jurídicamente si se trataba de una pequeña banda de gente perversa o de una organización criminal de traficantes de niños, si había atenuantes o agravantes, si patatín o patatán. Había llegado el momento de las palabras. El momento en que los periódicos y la televisión convertirán el espanto en noticia, en emotivos fragmentos de realidad consumible que dispararán los índices de audiencia. Hablarán los psicólogos, los jueces y los abogados, analizando y explicando las motivaciones de esa monstruosidad que, por obra y gracia de los eufemismos y la terminología legal, quedaba arrojada por palabras más ambiguas como enfermo, encausado o cliente. Palabras. El dolor de los padres. Palabras. El terror de las víctimas. Palabras. Delincuente sexual, supuesto asesino. Palabras.

Apoyó la cabeza sobre la mesa, pero el sueño se negó a acudir. Pensó en llamar a Virginia, para contárselo todo y dejarse consolar, pero no le pareció buena idea abrumarla a esas horas con sus problemas. Cuánto la echaba de menos. Aunque por mucho que deseara escuchar su voz, no iba a hacerle la putada de cambiar sus sueños por pesadillas. En lugar de eso, abrió el portátil, se metió en Gmail y le escribió: «te quiero», así, con minúsculas. Para que al encender al día siguiente el ordenador, supiera que había pensado en ella. Estuvo a punto de darle a «Enviar», pero en el último momento no se decidió. Tampoco mandó el *e-mail* a la papelera.

Juanito contempló su informe, junto a la lata de Coca-Cola, su bloc de notas, el lápiz, el sacapuntas de Iron Maiden, la nueva novela de Ed McBain y su pistola de reglamento, pensando que, después de las últimas revelaciones, tendría que rehacerlo de nuevo. «Pero no ahora —se dijo—, no en este instante». Su placa descansaba sobre el libro de *Lolita*, el mismo ejemplar que don Álvaro Laíz le había regalado. Se deleitó con la llamativa portada, en la que una adolescente con gafas rojas y cristales en forma de corazón le miraba fijamente mientras chupaba una piruleta. Apresuradamente pasó la primera página, después la siguiente y, saltándose el

prólogo, empezó a leer:

Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Pecado mío, alma mía. Lo-li-ta...

Madrid - Lo Pagán (2001-2012).

Banda sonora de la novela

- CAPÍTULO 1:
 1. *Choeur Magnificat anima mea Dominum* (J. S. Bach)
- CAPÍTULO 2:
 1. «Breaking the Law» (Judas Priest)
 2. «The Hellion/Electric Eye» (Judas Priest)
- CAPÍTULO 4:
 1. «Be Quick or Be Dead» (Iron Maiden)
 2. «Wased Years» (Iron Maiden)
- CAPÍTULO 5:
 1. «Children of the Korn» (Korn)
- CAPÍTULO 6:
 1. «Los carros de Babylon» (Morodo)
- CAPÍTULO 7:
 1. *Verano-Allegro non molto* (A. Vivaldi)
- CAPÍTULO 8:
 1. «November Rain» (Guns N' Roses)
- CAPÍTULO 9:
 1. «Abrázame» (Doctor Deseo)
- CAPÍTULO 10:
 1. *Et exultavit spiritus meus* (J. S. Bach)
 2. *Et misericordia eius* (J. S. Bach)
- CAPÍTULO 11:
 1. «Turbo Lover» (Judas Priest)
- CAPÍTULO 12:
 1. «Until It Sleeps» (Metallica)
 2. «Given to Fly» (Pearl Jam)
 3. «Huyendo del gris que mata» (Doctor Deseo)
- CAPÍTULO 14:
 1. «The Fallen Angel» (Iron Maiden)
 2. *Alles, was von Gott geboren* (J. S. Bach)
- CAPÍTULO 16:
 1. «Say Just Words» (Paradise Lost)
- CAPÍTULO 17:
 1. «Más de cien mentiras» (Joaquín Sabina)
 2. «Viernes» (Manolo García)
- CAPÍTULO 18:

1. *Esurientes* (J. S. Bach)



RAFAEL ESTRADA. Es un escritor y dibujante español. Empezó dibujando tiras de humor para *La Codorniz* y *Segundamano*. Como dibujante de cómics ha colaborado con *Comix Internacional*, *Cimoc*, *1984*, *Rambla*, *Zona-84*, *El Ecologista*, *Creepy*, *Makoki* y *Heavy Metal*.

Actualmente se dedica a la literatura y la ilustración de libros. Ha dado cursos en el CAP de Getafe y la Universidad de Oviedo e impartido clases de dibujo y pintura durante más de 10 años en los colegios Francisco Arranz y Joan Miró.

Algunos de sus trabajos han sido publicados en Alemania, la antigua Yugoslavia, Francia, Italia, Grecia, Portugal, Ecuador, Venezuela, Chile, Turquía, Corea y EE. UU.

Ángeles de sangre (2012), es su brillante debut en la novela negra, con el que ha resultado ganador del I Premio Megustaescribir.com.